



O'Higgins

BERNARDO  
O'HIGGINS

# CONTENIDO

7	PRESENTACIÓN
	Comandancia en Jefe del Ejército

11	PRÓLOGO
	Cristián Zegers Ariztía

	CAPÍTULO I
17	O'HIGGINS, LA PERSONA
	Álvaro Góngora Escobedo
	CAPÍTULO II
71	O'HIGGINS, EL SOLDADO
	Roberto Arancibia Clavel
	CAPÍTULO III
52	O'HIGGINS, EL GOBERNANTE
	Rafael Sagredo Baeza
	CAPÍTULO IV
99	O'HIGGINS EN PERÚ
	Scarlett O'Phelan Godoy
	CAPÍTULO V
123	O'HIGGINS, EL PERSONAJE
	Cristián Guerrero Lira
153	BIBLIOGRAFÍA

# PRESENTACIÓN

## Comandancia en Jefe del Ejército

200 años han pasado desde aquellas gloriosas campañas de 1817 y 1818 que se vieron coronadas con la libertad de Chile. Por eso, en el marco de este bicentenario y a través de las elocuentes páginas de este libro, nos parece de toda justicia rendir un homenaje al Libertador Capitán General Bernardo O'Higgins Riquelme, protagonista de nuestro proceso emancipador.

Seguir la huella de O'Higgins es un desafío que asombra al descubrir los no siempre conocidos y fascinantes episodios de su vida. Es difícil encontrar personajes históricos que con tanta frecuencia se hayan enfrentado a la adversidad, como le ocurrió al prócer desde su infancia. La soledad, la lejanía, la incompreensión, la carencia de recursos y la ausencia de afectos, templaron el carácter del joven Bernardo, permitiéndole cultivar la perseverancia y el amor por Chile como sello distintivo de su existencia.

En carta a Martín de Pueyrredón, en el año 1823, le decía:

Conservo solo mi honra, la memoria del bien que alcancé a hacer, y no me agita pasión alguna; antes de vencer a mis enemigos, aprendí a vencerme a mí mismo.

¡Aprendí a vencerme a mí mismo! A esa lucha constante contra los avatares de su vida, sumó su ineludible decisión para tomar las armas en defensa de la libertad; a lo que agregó su férrea voluntad contra las circunstancias políticas que amenazaban la estabilidad de la naciente República. A menudo se olvida que, durante todo el transcurso de su gobierno, el país continuaba en estado de guerra.

Parece aquí plausible la tesis de Mario Góngora —en referencia al influjo del Estado para delinear a la Nación—, pues fue O'Higgins quien visionariamente se esforzó por imprimir a los chilenos un sentimiento de identidad nacional. Entre otras acciones, lo hizo a través de aquel decreto que nos designaba como “chilenos”, dejando, en el caso de unos, ser españoles de América, y respecto a los aborígenes, acogiéndolos exactamente en la misma condición de los primeros.

En efecto, hoy al analizar las sobresalientes actuaciones y desempeños de O'Higgins, podemos percatarnos que su figura y obra lo elevaron a la condición de Padre de la patria, lo que es verificable a través de trascendentes hechos que causan nuestra mayor admiración. Dentro de ellos, nitidamente resalta su liderazgo y valentía sobretodo en El Roble y Chacabuco; su pronta subordinación al Brigadier Carrera para enfrentar juntos al invasor; su fecunda obra fundacional como Director Supremo de Chile; su grandeza al autoimponerse limitaciones al poder casi omnímodo del que estaba investido; y su muestra de grandeza al abdicar a la alta dignidad nacional que ostentaba con el objeto de evitar una lucha fratricida.

Estas son algunas de las conductas y cometidos del Libertador que nos asombran hasta nuestros días y que lo muestran como un modelo de ciudadano y de soldado. ¡Un patriota a cabalidad!

No se ha pretendido convertir estas páginas en una alabanza. No hace falta. En Chile no somos dados a levantar referentes ni ídolos; y en el caso de O'Higgins, con frecuencia se hurga en sus falencias y debilidades. Como todo hombre, fue un ser



Abdicación de O'Higgins (Sobrerrelieve del Monumento fúnebre de Bernardo O'Higgins)

Rinaldo Renaldi | 1869 | Mármol de Carrara

Cripta de Bernardo O'Higgins, Plaza de la Ciudadanía, Santiago de Chile

humano con imperfecciones, pero, aun así, no caben dudas acerca de sus múltiples renunciaciones y privaciones en aras de dejar a sus compatriotas la herencia de un Estado libre y respetado en los más lejanos confines.

Por esta razón, al cumplirse doscientos años de gloriosas gestas, nos resulta inevitable evocar su brillante y decidida participación durante las campañas de la Patria Vieja, como su protagonismo en la consolidación de la independencia, conseguida después de cruzar la cordillera de Los Andes y de participar en las decisivas batallas de Chacabuco y Maipú, todo ello en comunidad de ideales con el esfuerzo trasandino liderado por el general José de San Martín.

Asimismo, válido es recordar la visionaria iniciativa del Director Supremo O'Higgins de fundar la Academia Militar, *alma mater* de los oficiales. Hoy, en su patio principal es posible observar la estatua erigida en su honor que está fundida en el bronce de sus virtudes más nobles, exhibiendo en una de las paredes del frontis del Instituto el lema:

para ser Oficial, no se exigen más pruebas de nobleza, que las verdaderas que forman el mérito, la virtud y el patriotismo.

Es así que, conmemorando aquellas victoriosas campañas, el Ejército de Chile cumple con la importante tarea de honrar la memoria del prócer, del forjador de la patria, elaborando una

publicación sobre su vida y obra, abarcando sus dimensiones como agricultor, soldado y gobernante, fomentando con ello el conocimiento de su persona, como de la notable contribución que convirtieron a Chile en un país independiente, libre y soberano.

El patriotismo, sacrificio, entrega y coraje sin límites, son valores que marcaron la existencia del General O'Higgins y que se exaltan como un legado perenne expresado en su célebre frase:

¡vivir con honor o morir con gloria!

COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO

# PRÓLOGO

## Cristián Zegers Ariztía

La personalidad compleja —y para Chile trascendental— de O’Higgins ha incentivado una prolífica historiografía, liderada por Benjamín Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui y Jaime Eyzaguirre. Es paradójico, sin embargo, que luego de tantas monografías sobre su ejecutoria pública, y de las que han abordado las caras más herméticas de su existencia privada, marcada por incertidumbres traumáticas, aún hoy sea difícil extraer conclusiones convergentes de un enorme caudal analítico y documental.

Al respecto, los interesantes estudios de esta obra serán en adelante ineludibles. Con el buen soporte de su escogida iconografía y elegante presentación, se pone al día una aproximación moderna y ecuánime al héroe, padre de la patria y libertador de Chile. Los especialistas convocados por Álvaro Góngora jerarquizan los hechos con ánimo justo e iluminan rasgos entre sí complementarios de aquellos eventos —claves en O’Higgins— que subsisten como aspectos no bien dilucidados de la gesta emancipadora. Los autores se alejan de tonos dogmáticos y el tratamiento de las cuestiones espinosas deja un diálogo abierto a otras interpretaciones.

Como factor unitario del libro, sin duda sobresale el trazo más fuerte e influyente de Bernardo: su temprano patriotismo independentista, inspirado por Miranda en Londres y sellado por él con un cariz republicano irreductible. El mismo que tantas veces habría de contrastar con las pertinaces ensoñaciones monárquicas de los caudillos libertadores. Recordemos, por ejemplo, que solo en 1846 San Martín (carta a Pinto) admitió que “se puede ser republicano hablando español”. Pero a esas alturas —genio de Portales mediante— Chile ya podía mostrar varios gobiernos progresistas y consolidados en el marco de la ley.

La percepción generalizada de los chilenos sobre O’Higgins se volcó desde el comienzo a sus hazañas militares. En un segundo plano quedaron, pues, los cimientos institucionales, militares, culturales y de sagaz política exterior del nuevo Estado, impulsados por él. Transmitido de generación en generación, el sentimiento colectivo se centró en lo que era más susceptible de grabarse en el bronce del tributo popular. Así, desde la instrucción básica se atesoraron las grandes frases del héroe y sus luchas temerarias. Se lo identificó a fuego con El Roble; con el cerco audazmente roto en Rancagua; con el liderazgo inspirado para embestir en solitario, con una sola división, el total de la fuerza española en Chacabuco. Y, al fin, todo se expresó en el tipo de síntesis evocadora del lienzo de Subercaseaux: el jefe indismayable en Cancha Rayada, capaz de llegar al finiquito de Maipú, pese a sus graves heridas de bala, con su propia legión de más de mil voluntarios recién reclutados.

Mérito del libro es mostrarnos del O’Higgins soldado una visión más completa que aquella condición rudamente valiente, patentizada en el “poncho rojo” que lo vestía en las batallas-esca-ramuzas de la Patria Vieja. Estas páginas lo relevan, en cambio, como notable organizador de recursos militares. Con su gente de Las Canteras, desde que deviene en segundo comandante de los Lanceros de la Frontera, no cesa de desarrollar acciones que incrementan la incipiente fuerza militar criolla. Su ascendiente personal conquista la confianza de los subordinados, y aun en los incidentes menores —la retoma de Linares, por ejemplo— apreciamos la misma eficaz combinación de intrepidez con golpe estratégico.

Su liderazgo templado permite mantener cohesionado al ejército en retirada luego de la invasión española, aplicando al paso



la difícil instrucción de “tierra arrasada”. El patriotismo encendido que mana de él le facilita a O’Higgins la coordinación esperanzada, como segundo al mando de San Martín, del Ejército de los Andes. Y ya de nuevo en Chile, responsable político pleno, vendrá el titánico esfuerzo de engrosar y disciplinar las fuerzas que se baten y triunfan en Maipú, para abocarse de inmediato a la organización de la primera Escuadra Nacional y a la costosísima expedición libertadora del Perú, que pudo ser inabordable al caer la colaboración argentina, pero que él logró sostener de modo inquebrantable.

Autodidacta en su formación militar, se interesó seriamente en el arte profesional de la guerra. En la biblioteca londinense de Miranda, en los libros e instrucciones que recibía de Mackenna —entre ellos el tratado del Mariscal de Saxe— y en su propia observación atenta de las tropas virreinales en Lima, fue forjando aquel método bien perceptible en la detallada planificación de la invasión desde Mendoza, sólida en geografía y cuidadosa en los datos de inteligencia recogidos en suelo chileno. La clara concepción del poderío militar como factor disuasivo permanente de Chile, le inspiró a O’Higgins sus atinadas resoluciones para tener establecimientos de formación de oficiales militares, organizar un Estado Mayor y abrir la academia de guardiamarinas, aunque finalmente las penurias económicas recortaran estas fundaciones señeras.

Pero, ¿llegó a ser la militar su vocación íntima? Por casi tres lustros fue O’Higgins un militar genuino, sacrificado hombre de armas, que jamás eludió lo más duro de las campañas con el pretexto de sus deberes políticos. No es en absoluto menor el hecho de que él confiese como el mayor dolor de su vida la degradación de sus honores militares, y que sea su mayor alegría, en vísperas de fallecer, haber conseguido la rehabilitación de esos grados. Pero si nos

atenemos a los enfoques de esta obra, en él concurre siempre una sugestión absorbente hacia múltiples y a veces distractivos intereses, en los que cuesta encontrar una orientación principal, la que desde luego no es, al menos primariamente, la política y la ambición desmedida de poder ilimitado —algo que nunca tuvo—.

El repertorio de asuntos que lo atraen resulta variadísimo para la mentalidad de su medio y su época. Desde el conocimiento infantil del mapudungún a aquella pasión botánica de juventud —en jornadas periódicas en el Kew Gardens—, hasta sus brotes de formación inglesa en artes, técnicas e idiomas, a los que agregó por su cuenta muchas horas de lecturas consagradas a la historia de Molina o *La Araucana* de Ercilla, entre otros. Instalado en la función de Gobierno, vemos cómo no desdeña O’Higgins ocuparse del detalle de la refacción del palacio, ni de la plantación de árboles para el Paseo de la Alameda (a veces con inspección diaria) y de cuanto afán modernizador se le puso por delante; por ejemplo, la construcción del Canal de Maipo.

Sin embargo, hay en él un rasgo constante: su talento muy especial y reconocible de agricultor. En pocos años, Las Canteras, la herencia del padre que nunca quiso verlo, se convirtió en sus manos en una explotación modelo para la época, y similar emprendimiento, hasta donde pudo encararlo en circunstancias financieras más limitadas, llevó a cabo en sus tierras peruanas de Montalbán.

Este estudio global de O’Higgins enfoca bien las luces sobre el general, y también se ocupa, cómo no, de las inevitables sombras que pesaron decisivamente en la gestación de su caída del mando, en 1823, con el desenlace de una abdicación dignísima. Nos puede sorprender hoy su encandilamiento nefasto con Rodríguez Aldea, y la equivocación algo menor con el torcido Monteagudo. Pero el

gobernante, que era maduro al cometer estos errores, también se dejó avasallar por los manejos secretos de la Logia Lautarina —de lo cual llegó a quejarse él mismo en su correspondencia—, y sucumbió asimismo a inexplicables odiosidades, y no solo respecto de la aristocracia dirigente, a la que detestaba —probablemente, como un efecto retardado de algunos traumas de su biografía—.

El carácter de O’Higgins, en efecto, se forjó en la adversidad y en la incompreensión del padre siempre ausente, que modelaba rígidamente su formación, sin siquiera contestar una sola de sus cartas. Pese a ello, su naturaleza fue recta y confiada —hasta el punto de amar siempre a su progenitor—, de talante bondadoso y carente de malicia, pero de psicología proclive a naufragar ante la astucia ajena —y que lo digan, si no, sus relaciones con Rosario Puga—. Lo que sí parece evidente es que en su alma los desengaños de personas cobraban un alto precio de obstinado rencor posterior.

De esta última especie es su animadversión a los Carrera, gratuitamente extendida al padre, don Ignacio —una víctima absoluta del trágico historial de sus hijos—, y con poca razón, asimismo, en el caso tan discutido de Manuel Rodríguez. No podemos olvidar, con todo, las muchas veces anteriores que Bernardo confió en don José Miguel, y la forma desprendida en que se puso a sus órdenes al hacerse tan frágil la independencia recién iniciada. Pero lo cierto, lo que queda en el trazo de su figura, es que, al igual como fue misericordioso incluso con muchos que conspiraron directamente contra él, resultó implacable su encono contra el bando carrerista, que se volvió irreversible luego de creer asesinado a su mentor militar Mackenna en un duelo en Argentina.

Este libro también entrega perspectivas novedosas de la obra gubernativa del prócer. Hoy podemos saber, por cálculos técnicos

muy recientes, la magnitud en que cayó el ingreso de los chilenos como consecuencia de las devastaciones propias de la guerra emancipadora, y podemos estimar los sufrimientos que ello provocó. El Gobierno de O’Higgins soportó en verdad seis años de adversidades: terremotos (1819 y 1820), graves correrías de Benavides (1821), hambruna en Concepción, y todo ello en el cuadro de un erario del todo exhausto por las cargas extraordinarias, y de una población resentida, especialmente los acusados de “sarracenos”, sometidos a requisiciones periódicas.

Sin embargo, no corresponde al carácter del prócer quejarse en exceso de estos avatares, en los que, desde luego, perdió todo cuanto había mejorado en su propio peculio y reducto agrícola de Las Canteras. Lo que más lo afectaba no era la suerte de los bienes materiales —elocuente es el testimonio de María Graham acerca de la austeridad con que vivía en su quinta de las afueras de la capital—, sino la ingratitud de sus connacionales, especialmente las maniobras soterradas que le indignaban particularmente. Pero, ¿fue tan fundado este reproche? Hay más antecedentes en favor de una negativa a esta pregunta.

Por de pronto, en el momento del mayor repudio —su caída—, la pluma de Mariano Egaña impuso para él un calificativo único de “padre” de la patria naciente. En buena síntesis, Góngora dice que en ese momento crucial y amargo “se sentía consolado de dejar a Chile independiente, pero desagradado por no haber consolidado las instituciones”. Lo concreto es que se lo libró del juicio de residencia, y Freire, que lo reemplazó, reconoció que el país lo contaba “entre sus hijos distinguidos”. Y por si fuera poco, tenemos su expresiva amistad con dos mandatarios tan decisivos como Prieto y Bulnes, antiguos subordinados. Así, pues, los múltiples malos entendidos

**Condecoración Legión al Mérito en grado de Oficial**

Orfobre no identificado | 1817 | Oro labrado y esmalte | 5,5 x 4,2 cm | Colección Museo Histórico Nacional



Bernardo O'Higgins Riquelme

José Gil de Castro | 1821 | Óleo sobre madera | 44 x 34,6 cm  
Colección Museo Nacional de Bellas Artes

que subyacieron en la relación a veces tormentosa entre el exiliado en Perú y la coyuntura chilena —Blanco hasta pretendió declararlo fuera de la ley—, se aclaran muchísimo en la narración ordenada de estos vínculos y desencuentros, que a la postre impidieron su retorno físico a Chile mientras este era posible.

En cuanto al Gobierno, firmemente demócrata y partidario al comienzo de un régimen representativo, O'Higgins se resignó gradualmente, por razones prácticas, al imperio de una dictadura militar. Pero los poderes ilimitados que había recibido para encabezar la guerra no se justificaban una vez asegurada la independencia, lo que tardó en advertir. Creyó que dos proyectos constitucionales sucesivos podían conformar a los resistentes. El de 1818, inspirado en la Constitución de Cádiz de 1812, recogía la división de los poderes, desarrollaba algunas garantías individuales y morigeraba ciertas penas. Pero era tarde: su base de apoyo había mermado hasta la irrelevancia, y nada satisfacía, ni siquiera el final intento de una amnistía.

O'Higgins no se dejó absorber del todo por las ingentes tareas de organizar el Estado y asegurar su independencia. Su espíritu modernizador lo impulsó siempre a innovar en los más diversos campos. Original es su método para seleccionar en terreno, mediante comisiones peregrinas, los elencos de los gobiernos locales. Deja libre de todo gravamen la importación de libros, los que el Correo transporta gratuitamente junto con los periódicos. Y es muy sugestivo el análisis que se hace en esta obra de su política económica, que muestra, como en tantas ocasiones posteriores, el enfrentamiento crítico entre libertad y proteccionismo. El comercio extranjero, dirá uno de sus secretarios de Estado, “no podrá dejar de confesar que somos liberales en todo lo que no tienda a arruinar-nos”. En medio de la desazón por la miseria reinante, destaca su

preocupación por no aumentar las cargas sobre el erario, y la decisión de someter la aprobación de estas al Poder Legislativo, el que tiene la facultad de “examinar la inversión de los gastos públicos”. Con todo, el balance económico es desolador, por la caída dramática de los ingresos y el incremento sin freno del contrabando.

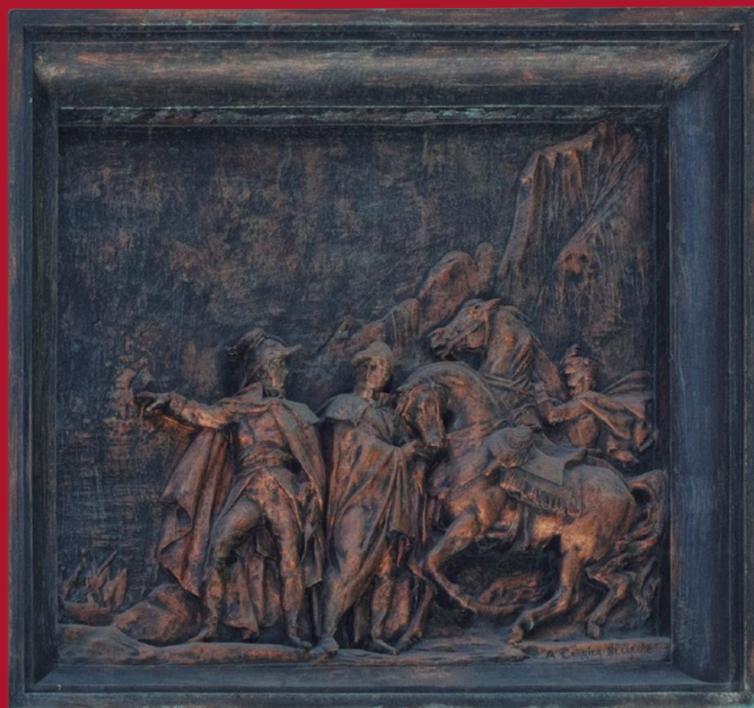
Imposible no citar al menos, como una mención final del interesante capítulo de penetración cultural, que el Gobierno de O'Higgins crea un “tribunal de educación” para cancelar asuetos que hacen perder hasta la mitad del año —y han transcurrido nada menos que dos siglos desde aquello—; encarga contratar profesores extranjeros en Europa con el designio de estudiar el patrimonio de los recursos naturales, y dota a la Biblioteca Nacional con diversos fondos, incluida la biblioteca jesuita, intentándose incluso comprar la de su mentor, Francisco de Miranda.

Valga esta mirada sumariamente descriptiva de esta obra, llamada a actualizar nuestra reflexión sobre una personalidad y una influencia esenciales en nuestros orígenes republicanos.

# CAPÍTULO I

## O'HIGGINS, LA PERSONA

Álvaro Góngora Escobedo\*



\*Álvaro Góngora Escobedo, Licenciado en Historia por la Universidad Católica de Valparaíso, Doctorado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile, miembro de número de la Academia Chilena de la Historia, columnista de El Mercurio. Es Decano de la Facultad de Humanidades y Comunicación de la Universidad Finis Terrae, donde ejerce docencia desde 1988. Es autor y coautor de artículos y libros, entre los que cabe mencionar: *La prostitución en Santiago. 1813-1931. Visión de las elites* (1998), *Chile 1541-2000. Una interpretación de su historia política* (2000) y *Domingo Santa María González (1824-1889), estudio y compilación de fuentes* (2015).

*“Yo, señor, no sé qué delito haya cometido para semejante castigo —repulsa paterna y suspensión de financiamiento—, ni sé en que haya sido ingrato, pues en toda mi vida he procurado con todo ahínco el dar gusto a vuestra excelencia... ¡una puñalada no me fuera tan dolorosa!”*  
Carta de Bernardo a Ambrosio O'Higgins, Virrey del Perú, 8 de enero de 1801

Su vida transcurrió bajo un manto incierto durante su niñez y juventud. Fue una sucesión de etapas irregulares, sin lógica ninguna o sin que lograra entenderlas, por lo general solitario. Así tuvo que adecuarse a ambientes, paisajes y ritmos cotidianos muy distintos y cada vez aprender a convivir con gente diferente. Quizás, siendo hombre maduro pudo haber comprendido el sentido que tuvo este azaroso período. Un pasado sobre el cual se conocen referencias parciales y fue más bien hermético respecto de su intimidad con personas ajenas a un círculo doméstico, de manera que solo es posible realizar una cierta aproximación a su personalidad.

### INFANCIA Y JUVENTUD

De partida comenzó secreta. El 20 de agosto de 1778 nació en una casa ubicada en las afueras de la ciudad de Chillán, en la localidad del Pal Pal, donde su madre encinta había estado recluida. Era la casa de Juana Olate, una sirvienta de la familia de Simón Riquelme, padre de Isabel Riquelme Meza. No se sabe cuánto tiempo permaneció allí oculto y tampoco cuánto tuvo compañía materna. Es conocido, en cambio, que por instrucciones de su progenitor, Ambrosio O'Higgins, sigilosamente fue trasladado a la ciudad de Talca para quedar al cuidado de un matrimonio amigo, formado por Juan Albano Pereira y Bartolina de la Cruz, un comerciante de origen portugués bastante mayor, de prestigio y fortuna. Llegó de meses y solo a los cuatro años fue bautizado irregularmente como Bernardo Riquelme, pero sin registrar el nombre ni locación de su madre, como se acostumbraba hacerlo en casos de hijos ilegítimos. Fue para resguardar la honra, se dijo. Sin embargo, anexa a

la partida de bautismo o al pie, se menciona el apellido Higgins, el de su padre entonces, seguido de la palabra, soltero. Figuran como padrinos Juan y Bartolina. De ellos recibió las mismas atenciones y educación otorgada a los numerosos hijos Albano —era viudo de dos esposas—, entre los que se contaba Casimiro, posiblemente de edad similar, con quien tendría gran afinidad desde entonces. Siendo adulto escribiría su primera biografía.

Su pasar tanto en la casa solariega de la ciudad como en la hacienda fue muy grato, hasta donde podía serlo. Al menos su destreza para montar y manejar el caballo comenzó a adquirirla en paseos por el campo junto a Casimiro. Y quién lo iba a creer, nuevamente, en forma intempestiva, tuvo que abandonar el hogar, todavía infante, para retornar a Chillán por indicaciones de su padre, destinado a comenzar estudios formales en el Seminario de Naturales que regentaban los padres franciscanos.

Ambrosio había llegado a Chile en 1761, siendo mayor de edad, ocupándose como funcionario delineador o asistente del ingeniero John Garland, quien trabajaba en las fortificaciones de Valdivia y reparación de caminos. Pero migró hacia actividades militares, ganando prestigio en los levantamientos indígenas, estudiando sus estrategias de ataque y proponiendo formar una compañía de infantería montada, los Dragones de la Frontera, que permitió anular definitivamente las ofensivas mapuches. Por su exitoso desempeño fue ascendido a Teniente Coronel y recorrió todas las poblaciones entre Maule y Valdivia. En esa tarea frecuentó la casa de don Simón Riquelme. Un par de años después fue nombrado Comandante de la Frontera y llegaría a las alturas del escalafón, alcanzando el grado de Brigadier General. Su carrera administrativa se inició como gobernador interino de Concepción y más adelante intendente, corriendo

1787. Por una solicitud suya, ante autoridades españolas, fue ascendido a la Gobernación y Capitanía General de Chile. Nueve años ostentó el cargo, que lo distinguió como administrador eximio, al punto que fue nombrado Virrey del Perú, puesto que asumió en 1796, la mayor distinción que un funcionario de la Corona podía ejercer en América. Se trataba de una gran distinción, pero muy difícil, dada la gravitación de Lima en América. Era una jurisdicción importante en términos políticos, sociales y comerciales. Su elite social era cerrada, prejuiciada y recelosa de los extranjeros. Ambrosio lo sabía y se hizo llamar barón de Ballenary, resucitando el título de ascendencia paterna y accediendo luego al título de Marqués de Osorno, concedido por el Rey por su labor en Chile. Y un detalle no menor, agregó a su apellido una O, quedando O'Higgins, seña que lo identificaba como miembro de un clan irlandés. Hasta una fortuna le cayó del cielo, gracias a su compatriota, John Garland, con quien había cultivado gran amistad. A la sazón, era soltero y sin prole, de manera que testó a favor del Virrey una suma considerable, que invirtió en la hacienda Las Canteras, cercana al río Laja y la ciudad de Los Ángeles, una estancia en Cauquenes y la isla Quiriquina, en la costa de Concepción, que la destinó a ganadería.

Pasaba por hombre inteligente, culto, trabajador, dotado de capacidades necesarias para organizar y dirigir, amén de habilidad para saber destacar socialmente sus méritos y congraciarse con gente de la corte. Tuvo gran acogida entre las autoridades y pudo hacer una

carrera militar y civil meteórica. Es que no disimuló su ambición, de manera que estaba empeñado en proyectar su prestigio y poder. Claro que como Gobernador de Chile su gestión fue espléndida y trascendió a su época. Por su carácter, en cambio, no fue tan recordado. Era rígido, obstinado, de modos un tanto bruscos y escasa simpatía. Su figura era corpulenta y de estatura mediana, de aspecto claramente nórdico, tez blanca y sanguínea, al punto que se le motejaba en sordina “camarón”.

Se calcula que cuando Isabel fue madre de Bernardo, Ambrosio era treinta años mayor, y ella muy joven y atractiva. La razón más plausible por la cual no contrajo matrimonio, si alguna vez tuvo esa intención, fue por no arriesgar su carrera funcionaria. A las autoridades españolas en América les estaba prohibido establecer vínculos con personas de la jurisdicción a la que estaban adscritas. Casarse era posible, pero después de contar con la debida licencia real. De haber ocurrido la alianza, hubiese sido destinado a otro territorio continental, cuestión que de seguro afectaría su brillante carrera en pleno desarrollo. Si prometió alguna vez desposarla —nadie lo negó, hasta Bernardo de adulto intentó una explicación—, no cumplió y cargó la falta en su conciencia hasta el final de sus días. Lo cual explica la preocupación que mantuvo a distancia por el hijo desconocido.

Sin embargo, para el niño Bernardo fue una vida de sobresaltos. Conste que, acostumbrado al ambiente y estudios familiares entre los Albano, debió soportar un traslado abrupto, sin explicación,



desde Talca a Chillán, donde permanecería internado. Sus compañeros fueron mayormente hijos de caciques mapuches, portadores de una lengua, costumbres y modo de vida distintos. Se entiende, porque la misión original del establecimiento era precisamente la educación y evangelización de aquellos alumnos. Con todo, amén de ser el único en la zona, era un establecimiento cuyos profesores y docencia le dieron prestigio y captó la atención de familias españolas locales que terminaron por matricular a sus hijos. Tuvo profesores españoles leales al Rey, que dejaron recuerdos inolvidables, como el sacerdote rector Francisco Ramírez, y los frailes Gil Calvo y Juan Ramón.

Durante años convivió en un ambiente que sería muy importante en su vida, porque además de lectura, escritura, aritmética, gramática y teología, aprendió mapudungún, en cierto grado para comunicarse, y trabó amistad con algunos compañeros mapuches, hijos de caciques, como los hermanos Lantaño, y con chillanejos como José Antonio Rodríguez Aldea. La familiaridad diaria con los llamados araucanos dejó una huella sentimental arraigada; se trataba de un pueblo aguerrido, que rememoraba a sus próceres Caupolicán, Lautaro y Lientur. Tendió posteriormente a identificarse con su cultura, al punto que bastantes años más tarde, estando exiliado en Perú, le comentó a Simón Bolívar su pasado en la independencia, reconociéndose como soldado araucano. También, la amistad con Rodríguez Aldea fue invariable y avanzando el tiempo se reencontrarían.

Nadie sabe cómo, pero su madre estuvo al tanto de la presencia del hijo en el colegio de Chillán y, obviamente, quiso conocerlo y abrazarlo. Extraño y misterioso encuentro. Su parentesco con Isabel Riquelme era supuestamente ignorado, excepto por el matrimonio talquino, un amigo íntimo y asesor jurídico de Ambrosio, Juan Martínez de Rozas, quien conoció accidentalmente la historia de Bernardo cuando se alojó unos días en casa de Albano, y Tomás Delphin, el brazo derecho del Brigadier General, quien fue apoderado del niño recién matriculado en el seminario. Pero los sacerdotes conocían el apellido y como se supondrá, el secreto corrió como reguero de pólvora. Solo don Ambrosio sabía cuán peligroso era difundirlo mucho.

Isabel había contraído matrimonio años antes con Félix Rodríguez, del cual nació su media hermana Rosa Rodríguez Riquelme, emparentada con su amigo Rodríguez Aldea. Para el momento de esta primera visita, Rosa era huérfana de padre. La escena resulta difícil de concebir y quién sabe lo ocurrido en los posteriores encuentros. Había conocido dos imágenes maternas hasta el momento, Juana y Bartolina. ¿Tenía noticias acerca de una supuesta madre auténtica? Debemos suponerlo, las noticias en pueblo chico corren rápido, Talca incluida. Su edad le permitía darse cuenta y más de alguien tiene que haberle insinuado algún cuento creíble. Pensemos en Casimiro Albano por ejemplo, que sabía de su llegada súbita a la casa. Imposible no comentar el suceso entre ambos. Por lo demás, hay gente capaz de guardar un secreto hasta el fin, pero la mayoría no es tan reservada.

#### Retrato de Ambrosio O'Higgins

Ignacio Andía y Varela |  
Acuarela sobre cartón |  
16,6 x 13,3 cm | Colección  
Museo Histórico Nacional



**Retrato de Isabel Riquelme**

José Gil de Castro |  
1819 | Óleo sobre tela |  
104 x 78 cm |  
Colección Museo Histórico  
Nacional

En fin, el asunto es que Bernardo tuvo idea sobre una madre de verdad: las caricias, las palabras, la mirada, la historia contada por ella misma fue lo que terminó por convencerlo. Las preguntas del hijo hacia ella fueron el problema. No puede haber guardado un silencio absurdo, tan conformista. Además, conoció a una media hermana. ¿Por qué su madre le hacía conocer, de pronto, una hermana? ¿Qué había pasado en el intertanto? Para Rosa, muy pequeña, comprender el instante y saber que tenía el hermanito que estaba de cuerpo presente, pudo ser mágico y confuso para su capacidad. Con todo, quienes supieron del episodio señalan que fue el origen de una amistad y cariño indisoluble entre Rosa y Bernardo.

Hay quienes lo describen hacia esa época como un niño de cara redonda, tez muy blanca y sonrosada, de pelo castaño rojizo y ojos azules. Muy dedicado a los estudios y medio serio o reservado, casi taciturno, sin afición a las travesuras propias de la edad. De buen trato con sus profesores y compañeros, aunque no estuvo exento de arrebatos, actitudes más sanguíneas, que se prolongaban por un tiempo para volver lentamente al retraimiento y sosiego que surgía más fácilmente cuando se involucraba en una actividad de gran exigencia o sensación de plenitud. Siendo de tales características, ¿pasó desapercibido cuando estuvo en Talca o el seminario de Chillán entre mapuches y criollos? Imposible, ¿qué decían a sus espaldas los niños? “Huinca” llamaban sus padres a los blancos. Era claramente un extranjero.

Fue una estadía intensa en el seminario, como se entiende, pero también por conocer el territorio donde nació. De hecho, los profesores del seminario salían en verano con sus alumnos a recorrerlo, comentando los episodios bélicos pasados entre españoles y mapuches en aquellos parajes. Aprendió las características y virtudes de la

flora y fauna, la ubicación geográfica de los lugares visitados respecto de los puntos cardinales. Hacia el Poniente —pudieron comentar— estaba la ciudad de Concepción, ¿agregaron que ahí residía un señor que se llamaba Ambrosio y algo más? Bernardo asimilaba todo lo que veía y escuchaba.

Mas una noche cualquiera llegaron hombres a caballo, trayendo una carta que contenía indicaciones secretas, señalando al rector que debía entregar al niño a los portadores de la misma, en el más absoluto silencio. Solo Tomás Delphin, encargado de la operación, sabía el objetivo. Debía ser conducido a Talcahuano para ser embarcado en una nave que lo trasladaría al puerto peruano del Callao y luego a Lima. El mismo lo esperaba en el puerto chileno y lo acompañaría. Eran sus instrucciones y así cumplió. El intendente O’Higgins quizás tomo la determinación, ya fuese porque quería mejorar la educación de su hijo, como porque se había enterado que su madre estaba embarazada de un tal Manuel Puga, que la dejó pese a la promesa matrimonial, o bien porque visitaba el seminario con frecuencia.

Fue todo de noche y terrible el trayecto a Talcahuano, al igual que lo días siguientes, embarcado sin saber qué pasaba. Obvio, le dijeron dónde se dirigía y algo del propósito, pero nada preciso. ¿Cómo era Lima y qué debía hacer en esa ciudad? Algo preguntó y escuchó de los tripulantes que conoció y también de Tomás, su tutor y compañero. Nuevo colegio, otro ambiente, muchos desconocidos a su paso y quizás nuevos amigos. Una aventura dura. ¿Quién lo había dispuesto? De seguro supuso era el incógnito padre que velaba por él, con buena intención. Meditación benévola en la soledad de su cabina.

Llegó a Lima y se enteró que habitaría la casa de Juan Ignacio Blake, irlandés y comerciante de fuste, un amigo especial de



**Nicolás de la Cruz y Bahamonde**

Autor desconocido | Publicado en *Historia de Talca : 1742-1942* de Gustavo Opazo Maturana. Santiago : 1942 | Colección Biblioteca Nacional

Delphin, a quien mostró la misiva del Gobernador de Chile, donde le encargaba cuidara al muchacho como si fuera su hijo, tal como pidió a Albano. Bernardo, de trece años, pudo no darse cuenta qué pasaba realmente, porque al poco tiempo fue matriculado de interno en el Colegio del Príncipe, cuya función era formar hijos de caciques incas, considerados en la ciudad parte de la elite aborígen. No fue mucho el tiempo el que pasó en ese establecimiento, al punto que en menos de un año fue trasladado al Convictorio Carolino, muy superior al Colegio del Príncipe y el seminario de Chillán; reunía a los hijos de la aristocracia del virreinato. Un colegio rígido, de uniforme con insignia del Rey y para ingresar se exigía legitimidad de nacimiento. Prueba que don Ambrosio tenía redes influyentes.

Ocurrió algo sorpresivo. Todo indicaba que el Convictorio era un centro de estudio conservador, de doctrina regalista, imposible pensar algo distinto. Sin embargo, nada menos que su máxima autoridad, Toribio Rodríguez de Mendoza, clérigo, licenciado en leyes, todo un reputado académico, adhería intelectualmente al ideario ilustrado y los estudiantes pudieron conocer bajo su alero algunas expresiones de la modernidad, incluso fomentando la importancia de las raíces culturales nativas, igual que las españolas. Rodríguez tuvo vida para conocer los movimientos independentistas con los cuales simpatizó en forma entusiasta. Por su parte, Bernardo, vivió una experiencia académica importante: estudió ciencias, religión, teología, filosofía, ramas del derecho natural, civil, de gentes, canó-

nigo, metafísica, lógica, ética. En fin, las lecturas y conversaciones que nutrieron su pensamiento. Además, fue parte de un grupo de estudiantes peruanos que más tarde figuraron entre los promotores de la gesta separatista, entre ellos Bernardo Torre Tagle.

Durante cuatro años permaneció en la ciudad de los virreyes, ciudad por donde corrientemente circulaban tropas de caballería e infantería de distintos lugares del Perú, uniformados de manera diversa, con pertrechos de guerra de diferentes facturas, toda vez que las fuerzas militares virreinales eran cuantiosas. Tenía edad suficiente como para reflexionar en su trayectoria de vida. Estudiaba en uno de los principales colegios, conoció una ciudad que le pareció magnífica, se educaba con profesores de excelencia y compartía las aulas con hijos de una elite única en América. Nunca antes había tenido la oportunidad de compartir con algún sector dirigente en forma holgada y cotidiana. Su cultura y relaciones sociales habían sido a todas luces más estrechas. Esa estadía limeña de seguro fue otra cosa. Pero en la intimidad, ¿qué pensó sobre su vida?, ¿conjugó la palabra felicidad en algún tiempo verbal? Todo hace pensar que, sabiéndose hijo de padre y madre, había tenido escasísimos instantes de cariño familiar. Solo eso. Porque su progenitor era un ser extraño, una ficción o idea fugaz sobrenatural. No conocía ni siquiera su figura, pero le sabía su benefactor, a quien respetaba y obedecía silente, como solo se obedece por fe. ¿Y qué decir cuando se enteró que su madre fue abandonada, sin acercarse a ella en ningún momento después de su nacimiento?



**Clarence House, Richmond**

Oscura realidad. Misteriosa. No obstante, se sintió protegido a distancia por su padre, hombre poderoso, pero frío sentimentalmente. Imposible que un niño o joven no sienta la necesidad vital de ser amado, acurrucado, besado por padre y madre, sentir ternura. La protección y esa sensación de seguridad cuando es de cuerpo presente resultan trascendentes para la maduración emocional posterior y suele estar acompañada con el sentido de autoridad tutelar. Una gama de percepciones que forman la personalidad en régimen normal, pero no en el de Bernardo. ¿Sufrió el síntoma de abandono? Desde muy chico vieron un velo de tristeza en su rostro. Cuando dejó Lima, tenía diecisiete años.

Su padre había escrito a Blake solicitándole hiciera gestiones para enviar a Bernardo a Cádiz. La educación que recibía en Lima era buena, pero los motivos de Ambrosio para resolver que los continuara en Europa o bien que adquiriera conocimientos trabajando en una de las tantas casas comerciales del puerto español, no están claros. Es posible que la decisión haya estado inspirada en una razón distinta. Coincide la medida con su designación como Virrey del Perú, que implicaba el traslado precisamente a la ciudad donde se encontraba Bernardo. En fin, hizo un largo viaje por la vía del Cabo de Hornos cruzando el Atlántico. Lo esperaba Nicolás de la Cruz y Bahamonde, yerno de Juan Albano y amigo del Virrey, quien quedaría a su cargo.

No estuvo mucho tiempo en Cádiz, porque Nicolás, siguiendo indicaciones desde Lima, consideró provechoso que estudiara en

Londres, en un colegio católico. Le pareció que aprender inglés, los variados conocimientos que adquiriría, el culto y moderno ambiente inglés, serían mejor desde todo punto de vista. Después de esa experiencia, siendo más maduro, podría elegir una actividad, ya fuese el comercio u otra. De modo que encargó a su contacto en Londres —un tal Romero—, que ubicara a unos relojeros y comerciantes en herramientas para que asumieran la responsabilidad de ser apoderados del muchacho. Se trataba de Spencer y Perkins, que tenían su tienda en pleno Londres.

Inglaterra para entonces era un país en tensión. Las noticias provenientes del continente eran preocupantes, eran tiempos de revoluciones liberales antimonárquicas. Napoleón se erguía como líder desafiante. La guerra era parte del imaginario; antes Inglaterra lo había hecho contra España y seguiría contra Francia. Por tanto, el ánimo bélico era cotidiano, tanto como el militarismo. Uniformes y mentalidad guerrera era lo que se percibía para cualquier extranjero que llegara.

Y Londres, una ciudad muy activa, en todo sentido. Había crecido en población y superficie. Su comercio exterior era floreciente, la industria, la banca, fueron rubros que atrajeron hombres de negocios y obreros, ciertamente. Su infraestructura urbana mejoró, como también sus edificaciones, casas pareadas, calles, avenidas y plazas. Por ella deambulaba mucha gente, se observaba hacimiento, pobreza en ciertos sectores, al punto que hubo quie-

nes emigraron hacia la periferia formando pequeñas ciudadelas como Kiew y Richmond. Todo este panorama quedaría en la mente de Bernardo, incluso los últimos lugares llegaron a ser familiares.

Porque llegó a Richmond, al colegio católico regentado por Mr. Timoty Eeles. No hay noticias del personaje, pero sí del colegio, que era sencillo, con capilla, salas pequeñas y residencia para pocos alumnos. Una gran casa, donde vivía además la familia Eeles. Richmond era un suburbio situado a más de trece kilómetros de Londres, al suroeste. Suburbio, pero agradable, fino, con parques y residencias de gran talla, un palacio del siglo XVI y un puente construido años antes del nacimiento de nuestro protagonista, que cruzaba el río Támesis.

Era un joven de diecisiete años, retraído ante este escenario, pero todo dice que se adaptó, primero al colegio, que siendo inglés, tenía un régimen riguroso de estudio y convivencia. En cuanto a los conocimientos, logró asimilarlos, sin duda, según se deduce de la carta escrita al padre distante y desconocido. Comunicó sus progresos en inglés, francés, latín, geografía, lectura de mapas, historia antigua y moderna, dibujo, música —especialmente en ejecución de clavecín— y esgrima. Se vanaglorió de haber adquirido dominios en estas dos últimas. También en un ambiente cosmopolita pudo desenvolverse bastante bien. Solo caminando por Richmond o Londres ya era suficiente para ver gente muy diversa, jóvenes de distintas nacionalidades europeas, sobre todo. Otras actividades al margen de la academia le permitieron conocer formas culturales y estilos de vida inmensamente distintos a los vistos por Bernardo. Se cuenta que recorriendo los numerosos parques y lagunas que rodean el pueblo pudo interactuar casualmente con personas de cierto rango y cultura. Su aspecto y compostura personal le ayudaron a tener tal experiencia. Así, fue invitado al jardín botánico del Palacio Real de

Kew Gardens para que paseara con toda libertad, lo que realizó con frecuencia, interesado en adquirir conocimientos científicos sobre las diversas especies del mundo que se mantenían y estudiaban.

Es posible, pero improbable, que haya tenido un fugaz romance con la hija de Mr. Eeles, Charlotte, como se conjeturó muy posteriormente. Nada que haya confesado Bernardo, y de haber sido cierto, todo indica que no tuvo mayor significación para él. La sospecha surge supuestamente por cartas que le habría enviado a ella desde el balneario de Margate durante el verano de 1798, ubicado en la desembocadura del río Támesis, al suroeste de Londres. Su tranquila estadía en Margate lo dedicó a la lectura. Su interés era grande por obras referidas a Chile y leyó por entonces la *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile* de Juan Ignacio Molina y *La Araucana* de Alonso Ercilla.

Pero densos nubarrones amenazaron su estadía. Solicitó recursos a sus apoderados en Londres, pero le fueron negados argumentando que gastaba en diversiones. Esta acusación le causó indignación. No obstante, siendo prudente entró en tratativas con el relojero Perkins, pero este reaccionó de peor manera, insultándolo, quejándose engañosamente que no había recibido mensualidades desde Cádiz y que Romero le adeudaba dinero, hasta que terminó por echarlo de su casa. Todas las razones e intentos de conciliación expresados por Bernardo fueron inútiles. Solo consiguió unas cuantas libras para mantenimiento mínimo por un mes. Se quejó de la situación en reiteradas cartas a Nicolás de la Cruz y con escasas esperanzas también a su padre. Pasó penurias, pero demostró resolución y entereza; sabía que reclamaba lo justo y que los recursos no podían escasear, porque el monto que su extraño progenitor le enviaba era más que suficiente. Lo que más lamentaba en sus misi-



Miranda en La Carraca

Arturo Michelena | 1896 | Óleo sobre tela | 196,6 x 245,5 cm  
Colección Galería de Arte Nacional, Caracas



vas fue haber perdido sus maestros. Necesitaba una suma que le alcanzase para unos cinco meses y así terminar sus estudios, con eso se conformaba. Tuvo que refugiarse en la casa de un conocido, para luego vivir de allegado en la de un italiano, ya en Londres, donde se había tenido que trasladar, para lidiar con los relojeros, recibiendo algunas guineas de comerciantes irlandeses que se apiadaron al verlo solo y distante de su tierra, conducta que lo sorprendió gratamente, por ser el único chileno que habían conocido.

Hasta que se cruzó con Francisco Miranda, un personaje que cobraría enorme importancia para el joven. Era venezolano, de familia aristocrática, de buena educación y gran mundo. Había servido en los ejércitos reales en Luisiana, donde conoció a Washington, y viajó extensamente por Europa trabando amistad con personalidades y empapándose de ideas liberales. Se integró a los ejércitos franceses y conoció los avatares de la revolución de 1789. Durante este recorrido, había comenzado a enhebrar sus planes de libertad para la América española, hasta llegar a planificar una invasión al continente de gran envergadura, para lo cual necesitaba financiamiento que decidió comenzar a buscar en Inglaterra, mientras enviaba emisarios a Estados Unidos, Colombia y otros países. Estando en París había reunido a representantes de pueblos hispanoamericanos en una organización que presidió, la Gran Reunión Americana, con el afán de conseguir el apoyo para la empresa independentista.

En Londres fundó la Logia Americana, congregando a jóvenes sudamericanos que residían en Inglaterra. ¿Cómo Bernardo llegó a conocerlo? Es un misterio, pero consta que fue invitado a cenar acompañando al general Miranda a la casa de Mr. John Turnbull, de la importante casa comercial Turnbull y Forbes Co, y también que concurrió en otras oportunidades a la casa del venezolano donde existía

una buena biblioteca que reunía obras referidas al arte de la guerra y materias políticas de autores ilustrados. Había un tiempo para que los jóvenes asistentes pudieran escuchar del dueño de casa, las reflexiones políticas y bélicas sobre la independencia de Estados Unidos y la Revolución Francesa. Él, único chileno, compartió con quienes en años posteriores serían figuras del proceso independentista de sus respectivas naciones. Una gran experiencia que se prolongó por casi un año, porque amén de ser acogido en circunstancias difíciles, tuvo la oportunidad de relacionarse con personalidades de un ambiente social e intelectual de categoría, dado los contactos de Miranda.

Cabe poca duda que fue su pupilo predilecto. Al dejar Inglaterra, aquel le entregó una extensa carta donde expresaba su aprecio e instruía para que supiera actuar con sabiduría y precaución en la empresa independentista que podría emprender en Chile. Esta misiva la guardó celosamente en el forro de su sombrero y releyó en ocasiones. Miranda fue una personalidad que marcó su vida, un protector que lo formó e introdujo en el mundo de la alta política, lo valoró como persona y hasta le trazó un proyecto de vida. Existe un diálogo imaginario que escribió el discípulo, donde se refiere al maestro como padre, prometiéndole luchar contra los opresores de su pueblo. Hacia el final de la ficción, Miranda se congratulaba con la decisión llamándolo hijo mío. Años después, en 1811, Bernardo —ya utilizando el apellido O'Higgins— confesó que el objeto esencial de su pensamiento era la libertad, cuya inspiración debía al general Miranda. Declaró ser resuelto recluta de su doctrina.

Claro que las dotes del joven debieron ser especiales, como para haber captado el interés y cariño del prestigiado militar y también la consideración de la gama de autoridades, intelectuales, políticos y comerciantes con los cuales se relacionó. El Bernardo

**Retrato de Rosa Rodríguez Riquelme**  
Autor desconocido | s/f |  
Óleo sobre tela |  
84 x 72,5 cm |  
Colección Museo Histórico Nacional

que retornaba era distinto. Portador de conocimientos modernos, adquiridos en un país que era potencia mundial en diversos sentidos, y de una cultura cosmopolita, con manejo de idiomas, competencias artísticas y habilidades personales que había descubierto poseer, tuvo noción de una cierta identidad propia. Con todo, los duros momentos vividos por casi cuatro años en tierra extraña, en soledad muchas veces, sintiéndose miserable, luchando contra su timidez y orgullo, escribiendo por ayuda monetaria y sintiéndose acogido de buena voluntad, sirvieron para templar en buena medida su carácter, aunque él no fuera completamente consciente de su progreso. Solo corriendo los años, como era natural, pudo aquilatar el beneficio de esa trayectoria reconociéndolo epistolariamente.

Sin embargo, respecto de su futuro profesional no dio muestra de tenerlo claro. Escribió cartas comunicando a su padre que deseaba incorporarse a una academia militar de navegación, como la carrera por la cual más se inclinaba, al tanto que decía a de la Cruz estar considerando dedicarse al comercio al llegar a América, aunque su apoderado había determinado inscribirlo en el ejército. Ninguna de las opciones resultó. De ellas, solo rechazó de plano integrar la milicia española. El tema se aplazó, porque habiendo finalmente recibido respuesta desde Cádiz y algunos recursos, pudo salir de Inglaterra rumbo a España. Pero el convulsionado panorama bélico protagonizado por ambas naciones, con severos combates en alta mar, lo desviaron a Portugal, donde pasó cerca de un mes, antes de llegar a destino.

Su estadía en el puerto español se prolongó por dos años, colaborando en la actividad comercial que desarrollaba don Nicolás. Nada muy atractivo laboral o cotidianamente, sino más bien llevó una existencia monótona, soportando grandes estrecheces. No sintió demostración de aprecio del transitorio protector y creyéndose más

bien una carga, se aventuró a viajar a Chile en forma muy modesta, según el mismo relata, aprovechando un convoy hispano con destino a Buenos Aires. Un desastre. Fue alcanzado por naves inglesas que redujeron una parte, apresando su tripulación, Bernardo con ella. Una vez liberado, se dirigió prácticamente caminando y con lo puesto a Cádiz. En el trayecto conoció a Tomás O'Higgins, un primo que no conocía, pero providencial, quien lo ayudó para seguir su retorno. Una vez en Cádiz, contrajo la epidemia que deambulaba entonces por la península: la fiebre amarilla. Estuvo muy grave, al extremo de ser desahuciado. Salvó gracias a los auxilios de un anciano irlandés conocido de Ambrosio. Ninguna atención significativa recibió de su benefactor de la Cruz.

La estadía había sido triste, depresiva se puede decir. Escribió a su madre cariñosamente, pidiéndole le respondiera. A su padre desesperadamente, con humildad y adoración, llamándolo por primera vez como su progenitor, pero pidiéndole a reglón seguido excusas por haber usado ese encabezamiento, para continuar tratándolo de Su Excelencia. Agradece la educación recibida, pero le reprocha discretamente no haber tenido nunca la fortuna de una respuesta a sus diferentes misivas. Es posible que su padre, si las leyó, no haya contestado por guardar el secreto. Secreto jamás revelado por Bernardo, como aseguró en la misma carta. El silencio eterno de su padre no pudo entenderlo; le fue inexplicable porque habíase dado cuenta, tanto en Inglaterra como España, que la verdad sobre el parentesco era conocida, al menos entre los irlandeses que encontró a su paso y le tendieron la mano. Más inexplicable le resultó escuchar de Nicolás de la Cruz que su padre había instruido no solo suspender el sustento sino abandonarlo, echarlo de la casa. Como prueba le leyó la carta del Virrey, donde lo acusaba



Retrato del Virrey Ambrosio O'Higgins

Autor desconocido | ca. 1870 | Copia de un original perdido | Óleo sobre madera | 85 x 69,5 cm |  
Colección Museo Histórico Nacional

**Réplica de Morrión, usado por un soldado del Ejército Libertador**

Taller no identificado | 1817 | Cuero teñido; hilo metálico, tela, cinta | 30 x 15 cm de aprox. | Colección Museo del Carmen de Maipú



de incapaz de seguir una carrera y de ser ingrato con la preocupación demostrada hacia él. Entre turbado, abatido y avergonzado, hizo sus descargos epistolarmente, negando haber cometido alguna acción que pudiera irritar al padre, exponiendo una serie de antecedentes que corroboraban sus afirmaciones. Le escribió dolido, humillado, demandando su perdón.

¿Cuál era la razón del rechazo paterno? Muy posteriormente supo que habían llegado a los oídos de don Ambrosio, por vía de comerciantes irlandeses, su estrecha relación con Francisco Miranda, enemigo jurado de la Corona. Pero cuando envió la carta todavía la situación era desconocida en la corte real. Ella solo vino a saberse después y no fue por alguna actividad descuidada que cometió Bernardo, sino por una autoridad española en Chile, el gobernador Avilés, interesado en destronarlo del Virreinato. Cuando eso ocurrió, Ambrosio estaba enfermo de gravedad y no conocería su destitución. Se enteró de toda la situación, de su equivocada presunción que implicaba al hijo y, antes de fallecer en marzo de 1801, comprendió que había procedido injustamente. Decidió testar dejándole la mayor parte de su caudal y reconociéndolo como su hijo Bernardo O'Higgins.

Entretanto, siguió en Cádiz ignorante de lo ocurrido en Lima, pasando una vida modesta y angustiada a juzgar por la correspondencia enviada a su madre y padre, la cual destilaba dolor, amargura y desconsuelo al sentirse abandonado, imaginando los peores presa-

gios. Ambrosio no leyó ninguna de esas cartas, como tampoco llegó a saber que su heredero había sostenido reuniones secretas con miembros de la Gran Reunión América de la península, a las cuales asistió para comunicar los planes acordados en Londres con Miranda. Fue bastante reservado, solo lo hizo con algunos miembros y trabó amistad aún con menos. Se sabe del argentino Juan Florencio Terrada Fretes, quien lo puso en contacto con su tío Juan Pablo Fretes, clérigo trasandino que fue destinado a la Catedral de Santiago, y además con el chileno José Cortés Madariaga. También de este período data el encuentro que tuvo con José de San Martín.

### EL SOLDADO

Despuntaba el año 1802, había cambiado de improviso su suerte con la herencia. Consiguió un préstamo y pudo embarcarse finalmente rumbo a Chile, arribando a Valparaíso en septiembre. Llegaba un joven de aspecto maduro, de estatura mediana sin ser esbelto, de formas proporcionadas, ancho de espaldas, cabellera castaño rojiza y rizada, barba idéntica, ojos azules, de rostro varonil y de ceño medio fruncido. Se sabía poseedor de la hacienda Las Canteras en los Ángeles, varios miles de cabezas de ganado y otras propiedades menores. Se reencontró con su madre y media hermana en Chillán y no pudo tomar posesión de la hacienda sino después de casi dos

años, soportando lentos trámites que se ventilaban en Lima. Tiempo que ocupó también, infructuosamente, en gestiones para recuperar el título paterno de barón de Ballenary.

Podría creerse que los planes revolucionarios eran prioridad por su compromiso declarado a Miranda, pero todo dice que su máxima preocupación del momento fue asentarse en su patria, en lo propio. Es explicable. Había vagado sin lugar seguro, sin cariño, habiendo sentido la debilidad y creyéndose improductivo con los años que tenía y ante la figura paterna que rondaba en su mente. Padre que admiró con devoción, idealizándolo, como se hace con un ser superior al cual se considera magnánimo y vigilante. Le debía todo, así lo declaró. La imagen que se forjó a esa edad y sin saber casi nada, era la de un hombre que escaló a las alturas por sus propios méritos. Un ejemplo que quizás lo motivó a ser pujante, aguerrido frente a la vida, combatir contra la adversidad, progresar y realizar progresos visibles, tangibles. Años después de pisar su tierra, comentó a un amigo que antes de vencer a los enemigos se había vencido a sí mismo.

Mas la eterna ausencia paterna experimentada durante años cruciales, es posible haya inscrito en su personalidad un sentido de inestabilidad, de vacilación ante el futuro, ante la eventualidad de tener que tomar decisiones sin contar con la venia del padre o de algún superior. De hecho, en sus cartas se lee más de una vez, que la mayor preocupación era agradecerlo, responder a sus expectativas. No

tuvo el placer de escucharlo. Ese sentimiento de incertidumbre pudo impedirle llegar a descubrir qué quería en realidad hacer con su vida, al menos hasta cuando regresó al país. ¿Cómo se agrada a un padre que no se conoce? De hecho, habiendo recibido la hacienda se dedicó a la agricultura, sintiéndose a gusto, considerándose muy apto para ejercer esas tareas. El entusiasmo se apreció al poco tiempo. Las cercas, las bodegas que se levantaron, las plantaciones de frutales y viñas, la producción de vino y aguardiente, papas, trigo y pastos para el ganado vacuno, equino y bovino, que se contaba por miles. Contrató ingleses como inquilinos y utilizó en las faenas maquinaria y herramientas conocidas en Europa. Se construyó una casa de proporciones como hacendado y tuvo residencia en Los Ángeles y Chillán, la que fue de sus abuelos. Llevó una vida cómoda y hasta ostentosa. Recorrió territorios indígenas y explorados cada cierto tiempo por piquetes de Dragones de la Frontera. Moviéndose entre Chillán y Concepción, pudo relacionarse con hombres de distintas edades, jóvenes la mayoría, en tertulias que dieron paso a declaraciones sobre convicciones políticas que compartían. Se apodaron “Los Duendes Patriotas”.

Bastó que el país se viera convulsionado con la crisis de la Monarquía española a causa de la invasión de Napoleón, para que en Santiago se formara una Junta de Gobierno en 1810, que hizo surgir intenciones separatistas en más de algún conocido suyo. Al menos Juan Martínez de Rozas, empoderado vocal del organismo



**Retrato de Juan Mackenna**

Narcisse Desmadryl | 1854 | Grabado | Colección Biblioteca Nacional



**Primer Congreso Nacional de Chile**

Nicanor González Méndez Y Fernando Laroche | 1905 | Óleo sobre tela adosado al muro | 600 x 530 cm | Sala de Sesiones del Senado en Santiago

que actuaba en tal sentido al correr 1811. O'Higgins se mantuvo atento y junto a Pedro José Benavente, quien comandaba el regimiento Dragones de la Frontera, optaron por organizar milicias de caballería en la Isla Laja, tarea para la cual no estaba preparado. Pidió consejos a Juan Mackenna, coronel de ingenieros y gobernador entonces de Valparaíso, el militar más calificado del momento y al cual don Ambrosio había traído a Chile. Este le escribió largas cartas, con reglas y conocimientos esenciales para un soldado, instrucciones para el uso de armas y caballería, indicaciones para ejercer liderazgo, desenvolverse ante una compañía, para llegar a ser capaz de controlar un regimiento. El tono fue paterno, instándolo a demostrar arrojo en el momento oportuno, sentido del honor, a cargar la bayoneta cuando fuese practicable y siempre antes de la carga enemiga. Terminó enviando libros que Bernardo estudió con dedicación. Fueron lecciones que recibió con gratitud y humildad. Mackenna sería en adelante una figura gravitante, un superior.

Los acontecimientos políticos se complicaron en extremo. Hubo graves rivalidades entre los dirigentes del proceso en marcha. El momento álgido se produjo con la irrupción de José Miguel Carrera y sus hermanos, quien se tomó el poder generando una lucha inútil. Desplazó a Martínez de Rosas del Gobierno, enardeciendo los ánimos entre sus seguidores de Concepción. José Miguel había llegado hacía meses desde España, con prestancia de militar hecho y derecho, y asumiendo evidentes afanes independentistas.

Bernardo, que había recibido el nombramiento de Teniente Coronel de milicias, se mantuvo distante, sin tomar partido, a pesar de su afinidad con Martínez. Lo ocurrido le pareció que conspiraba contra la causa y se empeñó en cumplir instrucciones a cargo del regimiento Lanceros de la Frontera.

Comenzaba 1813, y mientras se encontraba en Las Canteras, recibió la noticia del desembarco en la bahía de San Vicente del brigadier español Antonio Parejas, comandando dos mil hombres. Fue el inicio de un episodio que cambiaría su vida, iniciándolo con una formación militar muy a medias, aunque con un entusiasmo desbordante y disposición al combate. Su amigo de niñez, Casimiro Albano, entonces sacerdote, nunca lo había visto más contento. Se puso a las órdenes de José Miguel Carrera, quien le encomendó enrolar hombres de los pueblos del Sur, asunto que cumplió exitosamente, haciéndose acreedor a un nuevo nombramiento como Coronel de Ejército.

Un rasgo que sería en adelante muy propio fue liderar desatacamientos, penetrando territorios enemigos para reclutar mayor contingente. Iba a la vanguardia y se distinguía desde lejos —como que si llevara estandarte—, porque usaba un poncho rojo durante esas correrías iniciales. En los alrededores de su hacienda y hasta en los fuertes de la alta frontera, obtuvo de ellos mosquetes, balas, pólvora y cañones. Era inquieto por naturaleza, yendo y viniendo para reorganizar sus tropas, recoger ganado, caballos, monturas y adies-



**DON MARIANO OSORIO.**  
 JENRAL DE ARTILLERIA MEDIOCRE MILITAR, MAJISTRADO BIEN INTENCIONADO PERO DÉBIL. SU VICTORIA DE RANCAHUA LE DIÓ EL MANDO DEL PAIS I SU DERROTA DE MAIPO LE CAUSÓ LA MUERTE. PUES FALLECIÓ EN PANAMA DE PESAR I DE DEOLENCIAS AL RESGRESAR A ESPAÑA EN 1819



**DON FRANCISCO MARCO DEL PONT.**  
 UN ESPANOL ATERRIMADO QUE HABA ESTADO EN EL EJERCITO DE ZARAGOZA. PERO DESDE SU BASTION GENERAL DE CHILE AL INFLUJO DE SU HERMANO DON JUAN JOSÉ MARCO UNO DE LOS JEFES DEL PARTIDO ABSOLUTISTA EN ESPAÑA FUE COBARDI. GRACIAS A SU MALDAD Y SU DESENCANTAMIENTO POR CONSEJOS DE UN ERABILE MANDO CONSTRUIÓ ESTA FORTALEZA EN LA CHA Y FUE SU RETRATO COMO ULTIMO DE LOS GOBERNADORES DE ESPAÑA EN 1810.

trar jinetes, invirtiendo muchas veces recursos de su peculio. Fue efectivo, demostró un coraje y fortaleza para el combate en diferentes asaltos y jornadas más largas. Sin darse cuenta, progresaba como militar, sintiéndose a gusto, haciéndolo por amor a la patria, como confesó íntimamente a su madre, y también al ver la convicción de quienes luchaban a su lado. No se doblegó ante las inclemencias del clima o condiciones del terreno donde se librara el enfrentamiento armado o donde los pillaba la noche; dormía donde fuera, con la tropa y sobre el barro si era necesario.

A veces fue impaciente sin reparar en riesgos, como ocurrió en el vado de El Roble. En medio de la refriega, recogió el arma de un soldado recién fallecido y arremetió contra el enemigo gritando a sus compañeros que lo siguieran. Avanzó junto a un grupo enardecido, cayeron unos, él mismo fue herido en el muslo, pudiendo continuar luego que un alférez detuvo la sangre amarrando la herida con su pañuelo. En menos de una hora estaba festejando la victoria con el grito conjunto de “¡Viva la Patria!”. La proeza corrió llegando a los oídos del General en Jefe, José Miguel Carrera, quien lo recibió llamándolo benemérito, intrépido, digno coronel, que debía ser estimado como el primer soldado del ejército. Recibió de buen tono el homenaje de su superior. Lo respetaba como autoridad y por compartir objetivos, pero al mismo tiempo ya podía reconocer su carácter y distinguía sus debilidades, objeciones que mantuvo en reserva. Quienes lo acompañaron en asalto de El Roble, recordaron haberlo

escuchado gritar al momento de cargar: “O vivir con honor o morir con gloria”. Frase que repetiría desde entonces al entrar en batalla.

Acciones similares se le conocieron otras veces. La resolución para atacar antes que el enemigo —¿recordaba a Mackenna?—, sorprender, quebrar la resistencia, cortar el avance del adversario. Sin embargo, hubo ocasiones que excedió su intrepidez. Fue el mismo Mackenna y otro coronel en distintas situaciones que debieron vencerlo que abortara la embestida por correr inminente riesgo de sacrificar la tropa o caballería. Acto que repitió al año siguiente, en 1814, en la refriega de las Tres Acequias, cerca de Santiago. Adelantó al batallón y con un escaso contingente realizó una desatinada incursión que significó la pérdida de soldados, heridos, prisioneros y la captura de su equipaje de montura. Se recriminó verdaderamente, reconoció el error cometido, pero fue un acto pasajero. No asimiló suficientemente la actitud o bien se trataba de una conducta, un impulso, que no la controlaba racionalmente.

Volvió a obrar del mismo modo en 1817, en circunstancias distintas, pero con mejor augurio. Regresaba a Chile desde Mendoza, comandando una división del Ejército de Los Andes bajo el mando del general José de San Martín, cuando se aprontaban a enfrentar al enemigo apostado en la cuesta de Chacabuco. Tuvo órdenes de no comprometer el movimiento debiendo esperar la división del oficial argentino Miguel Soler, que venía retrasada, pero al momento que bajó al valle para desplegar sus fuerzas con la finalidad de esperarlo

**Retrato del Gobernador Mariano Osorio**

Virginia Bourgeois | ca. 1873 | Óleo sobre tela | 127 x 96 cm | Colección Museo Histórico Nacional

**Retrato del Gobernador Francisco Casimiro Marcó del Pont**

Virginia Bourgeois | ca. 1873 | Óleo sobre tela | 127 x 96 cm | Colección Museo Histórico Nacional



Bernardo O'Higgins, durante la batalla de Rancagua  
Pedro Subercaseaux | 1920 | Óleo sobre tela | 137 x 96 cm |  
Colección Club Hípico

en mejor pie, observó que el enemigo ejecutaba maniobras para el ataque. No podía retroceder ni mantenerse en la posición que se encontraba, de manera que temerariamente decidió atacar, con el consecuente peligro de ser abatido, dada la superioridad de las fuerzas realistas, pero pudo salir airoso gracias a las tropas de Soler que se sumaron al combate. Este lo increpó fuertemente por haber precipitado las acciones; en cambio, San Martín encontró que fue imposible evitar el enfrentamiento y lo felicitó por el triunfo logrado.

En verdad, su especialidad era el campo abierto. Fue hombre de acción y demostraba tener habilidades para esos trances. Quienes fueron testigos de su resolución para cargar de frente, a la cabeza del escuadrón y sin temer la lucha ruda, llegaron a creerle cuando decía que estaba dispuesto a dar la vida. Por el contrario, el encierro lo anulaba, instalarse a la espera del enemigo lo desesperaba, no sabía ser efectivo en tales eventos. Lo padeció cuando el Gobierno lo nombró General en Jefe del Ejército en reemplazo de José Miguel Carrera, por determinación de la Junta de Gobierno de entonces. En principio, no estuvo de acuerdo con la decisión, porque el tema urgente era liberarse de los invasores, un asunto militar más que político. Mackenna —cuya opinión negativa sobre los Carrera no escondía—, nuevamente jugó un papel. Se empeñó insistentemente en que tomara el mando, porque había constatado que gozaba de buena aceptación entre los soldados. Misma actitud de vecinos de prestigio de Santiago y Concepción, por lo que terminó por acatar la decisión, sin especial entusiasmo, máxime por el estado lamentable en que se encontraba la fuerza armada. Debí trasladarse a Concepción y no estuvo a gusto atendiendo asuntos administrativos, gestionando recursos, ordenando realizar trabajos de fortificaciones y recibiendo indicaciones de autoridades centrales que a veces

consideró impropias, en fin, lidiando más de una vez con tenientes y oficiales.

Ninguna ayuda recibió desde Santiago por un buen tiempo y desgraciadamente José Miguel y Juan José Carrera aún permanecían en la ciudad con ánimo indispuesto, entorpeciendo las acciones y sin apuro, a pesar que habían recibido órdenes perentorias de abandonar la ciudad. O'Higgins estuvo visiblemente molesto. Le insinuaron los tomara prisioneros, pero dudó o se resistió, bien por su carácter más conciliador o vacilante, evitando aparecer como vengativo ante el general caído. Avanzaba enero de 1814.

Había desembarcado a unos cuantos kilómetros, en la bahía de Arauco, el brigadier Gabino Gáinza al mando de un ejército muy superior, por su equipamiento más que por el número. Bernardo optó por dejar la localidad, dirigiéndose rumbo a Talca con su división maltrecha; esperaba encontrarse con las fuerzas de Mackenna para entrar en batalla. Marchaba obligadamente con lentitud, desanimado, sintiéndose impotente por su escaso poder de fuego, hasta que pudo reunirse con su respetado amigo en el Membrillar. Este último había resistido victorioso un ataque de Gáinza y O'Higgins fue de opinión de moverse hacia el sur para atacar a los realistas debilitados, pero otra vez Mackenna —a quien hacía caso— argumentó a favor de retirarse al norte, hacia el Maule y más tarde a Santiago.

En julio de 1814 arribó a Talcahuano Mariano Osorio, con un ejército prácticamente profesional y pudo avanzar sin grades tropiezos hasta Chillán, Talca y San Fernando. O'Higgins fue partidario de concentrar las tropas en la ciudad de Rancagua, idea que fue acogida por José Miguel Carrera, quien había recuperado el mando militar por medio de otro golpe de Estado. Conviniere que él irrumpiría sorpresivamente desde el norte, sorprendiendo al

enemigo. De este modo, O'Higgins luchó largas horas en Rancagua contra un enemigo con poder de fuego muy superior, sin posibilidad de movimiento para enfrentarlas. En el instante del peor asedio por diferentes flancos, en medio de la plaza de la ciudad, sus instrucciones eran inútiles. Observó desde una torre infructuosamente ver la polvareda que provocarían las fuerzas de Carrera, comprendiendo que así no era posible resistir más. Con todo, rechazó de plano la oferta de rendición de Osorio, decidiendo salir a matacaballo con destino a Santiago, dando por descontado que la restauración absolutista era inminente.

Su fortaleza, valentía, rigor, espíritu de sacrificio, obediencia militar y liderazgo, fueron apreciados por la tropa. Se le profesó respeto, aunque varias veces supo imponer disciplina estricta. Todos fueron rasgos que admiraron quienes lo conocieron, sus superiores, por cierto, y hasta adversarios. Por ejemplo, Gaínza lo expresó en su diario, al igual que José Miguel Carrera o James Hilliar, el comodoro estadounidense que medió en el conflicto trayendo desde Lima la propuesta de un pacto, del cual resultó el inútil Tratado de Lircay. Todos hablaron de su corrección, llaneza, de un hombre con principios, de honor, que actuaba de buena fe. Para qué decir José de San Martín; no se conocían y desde el primer instante se entendieron, congeniaron y llegaron a ser buenos amigos. El general argentino le confió en dos oportunidades el mando de las fuerzas acantonadas en los alrededores de la ciudad de Mendoza, incluso le encargó la organización del campamento El Plumerillo y la formación del contingente que integraría el Ejército de Los Andes. Recibió el grado de Brigadier de parte de las autoridades y sintió satisfacción de participar de un ejército verdaderamente profesional. Cuando se trasladó por un tiempo a Buenos Aires, fue bien recibido por personalidades

políticas y militares, no obstante haber pasado estrecheces económicas y vivido en condiciones modestas, al punto que su madre y hermana tuvieron que dedicarse a liar y vender cigarrillos. Con todo, reencontró a amigos de juventud, como Terrada, Fretes y una serie de chilenos exiliados. Su correspondencia es testimonio de tales atributos y de otros, como el buen uso del lenguaje, comprensión rápida de difíciles problemas, raciocinio para sintetizar ideas e interés por el estudio de estrategia militar, que siempre hizo, en ratos de tranquilidad como en medio de la lucha.

Fue obediente con sus superiores, a veces demasiado, y cedió ante argumentos razonables, pero en ciertos casos no disimuló su malestar ante actitudes pusilánimes que no se condecían con la causa en juego para el país, como cuando se dirigió al Jefe de Gobierno Francisco de la Lastra demandando diera órdenes de desconocer el Tratado de Lircay y reiniciar la guerra, mientras que en otras oportunidades, extrañamente, se contuvo en exceso. Antes de Rancagua, la relación con los Carrera era pésima y podía haberlos enfrentado, pero se contuvo, no quiso o no se atrevió, fue hasta conciliador, transigió con facilidad. Cierto, no era bueno para demostrar sus sentimientos. Sin embargo, lo hizo en Mendoza con los mismos personajes, exteriorizó su rabia, denunciándolos epistolarmente, cuando varios emigrados también hacían lo propio, Mackenna el primero. Su rabia llegó al cenit cuando se enteró que su maestro en asuntos militares, estando en Buenos Aires, había muerto en duelo con Luis Carrera.

¿Hubo militares a los cuales admiró en vida? Se pueden contar con los dedos de una mano. Miranda, por cierto, amén de ser inspirador de su ideario, pero con seguridad Mackenna y San Martín. Por el trato, el tono que reflejan sus cartas, se deduce el respeto y aprecio que les profesó. Los miraba hacia arriba. ¿Se consideró un buen mili-



Bernardo O'Higgins

José Gil de Castro | 1822 | Óleo sobre tela | 60 x 49 cm

Exhibido en el Salón Azul, Palacio de La Moneda

Colección Museo Histórico Nacional



tar? Los triunfos y las consideraciones que tantos les manifestaron pudieron hacerlo creer que poseía dotes suficientes, pero en su fuero interno es muy posible reconociera sus debilidades: los conocimientos, una buena formación profesional, una carrera. Nunca supo al respecto que pensó San Martín. Este dijo posteriormente que como soldado era bravo hasta el extremo, pero sus conocimientos militares eran limitados. Ciertamente, en esta materia fue autodidacta, lo que puede considerarse meritorio, pero no excepcional en la época. El caso de su padre fue similar.

### EL GOBERNANTE

A escasos años de haber retornado de Europa, siendo agricultor, fue elegido Procurador del Cabildo de Chillán, sin mayor figuración. Y cuando la Junta de Gobierno en 1811 convocó a elecciones para formar el Congreso Nacional, los vecinos de Los Ángeles lo escogieron como diputado, sin que demostrara gran entusiasmo, no obstante su interés en el proyecto separatista. En el hemicycle fue distinguido por su oratoria y corrección, además de su preocupación por las fuerzas militares dispuestas en el sur, pero luego dio señales de estar a contrapelo por el ambiente que se formó, demasiadas rivalidades entre grupos, actitudes personalistas inconducentes. Enfermó de reumatismo y se ausentó por meses, hasta que solicitó permiso para dejar

el cargo, retirándose a Las Canteras. Prefirió mejorar la salud en las termas cordilleranas de Talca, junto a su madre y hermana. Dijo estar hastiado de esa política y difícilmente pudo aspirar a retornar a ella en el futuro, de no haber mediado una serie de acontecimientos, muy posiblemente habría continuado como hacendado, incluso había declarado a Mackenna que no aspiraba a cargo o distinción alguna, que no estaba en sus planes, pero las vueltas de la vida dijeron otra cosa.

Días antes de entrar en batalla en Chacabuco, supo que las autoridades argentinas estaban de acuerdo que luego de vencer al enemigo, él asumiría la dirección suprema de Chile con absoluta independencia. Su reacción fue neutra, porque sus mayores expectativas, incluso emocionales, estaban puestas en la acción en desarrollo. Se había prometido vengar la humillación sufrida en Rancagua. Lo consiguió y entró victorioso en Santiago junto al general argentino. Acto seguido, el Cabildo ofreció el mando a San Martín y este lo declinó en O'Higgins. Cuando se promulgó la designación, no estaba presente, se lo fueron a comunicar y aceptó, asumiendo el cargo de Jefe Supremo, como un deber, una responsabilidad que se le había asignado.

Su pauta de actividades fue extremadamente variada y difícil. Claro, su mayor preocupación fue que los combates continuaban en torno a Concepción, Talcahuano y Arauco, porque las fuerzas enemigas se habían reagrupado. El oficial chileno Ramón Freire

y el argentino Gregorio Las Heras demandaban recursos y fuerzas para tomar Talcahuano y O'Higgins determinó trasladarse a la zona, porque quiso instalarse en la primera línea junto a sus oficiales. En esa ocasión se dio cuenta del estado del país en guerra, míseros chilenos en las localidades que cruzaba, gente que vivía en la barbarie. Mas cuando llegó a Concepción en medio de un invierno feroz, todo le pareció terrible y además sin haber alcanzado resultados significativos. Con todo, adoptó medidas de Gobierno a distancia y, cuando supo del desembarco en Talcahuano nuevamente de Osorio, con un potente contingente, resolvió replegarse hacia el norte. Al detenerse en Talca y haciendo gala de osadía, resolvió firmar el "Acta de Independencia de Chile", proclamándolo estado libre y soberano, cuando nada estaba seguro. Osorio avanzaba hacia Santiago y un mal pensamiento se agolpó en su mente cuando en Cancha Rayada el ejército patriota fue sorprendido, sufriendo una derrota parcial. Recordó el escenario de 1814. Pero en su fuero interno la suerte estaba echada, había trazado un destino para Chile.

Era un hombre de gran fortaleza y resolución, al punto que habiendo sido herido de bala, en el húmero diestro, durante el enfrentamiento de Cancha Rayada, con gran pérdida de sangre, dolor y fiebre que lo atormentó en exceso, se las arregló para llegar a Santiago, y cuando San Martín se trasladó a Maipú, al sitio donde el ejército se opondría a Osorio, no resistió quedarse impávido en su lecho santiaguino mientras se jugaba el destino soñado. Llegó al sitio con el brazo

vendado cuando casi todo había concluido y al distinguir a lo lejos la figura del argentino, dio rienda suelta a su emoción llamándolo salvador de Chile. Se abrazaron ambos generales. Había transcurrido más de un año desde que asumió el Gobierno y el país lograba su independencia definitiva.

En el intertanto, mientras estuvo en campaña, se había mantenido comunicado con autoridades delegadas en Santiago, respondiendo consultas y adoptando decisiones, y por supuesto con su madre y hermana. Esta actitud fue casi religiosa. Donde estuviese les escribía a menudo, contándoles las circunstancias que vivía sin preocuparlas, aunque más de alguna vez se refirió a las penurias que pasaba en los campamentos y batallas. Ellas habían ocupado la residencia de Gobierno, ubicada en la esquina norponiente de la Plaza de Armas, en mayo de 1817, antes que él marchara a Concepción. No estaba en buenas condiciones por el abrupto abandono y saqueo posterior, pero estaba habitable. Cuando retornó en 1818, se preocupó de remodelarla a su gusto. Sentido adquirido en Inglaterra. Construir, hacer refacciones le entusiasmaba. Lo practicó en Las Canteras y ahora lo pudo hacer en el Palacio. Cambió puertas, ventanas, puso postigos, celosías, chapas, amplió piezas y readecuó patios, hizo instalar faroles y lámparas. El exterior se pintó y mejoró la techumbre de tejas. Respecto del interior, constantemente estuvo preocupado por completar el mobiliario y decoración de todas las habitaciones, oficinas y salones, incluyendo las dependencias de la guardia y sirvientes.

### Medalla de la Jura de la Independencia de Chile

Francisco de Borja Venegas, grabador | 1818  
| Plata acuñada | 3,6 cm |  
Colección Museo Histórico Nacional

Desde sillas hasta un piano que encargó a Europa, pasando por catres y alfombras. Al respecto, recibió donaciones de vecinos o por decisión del Cabildo y también de extranjeros que lo visitaron, aunque gastó de sus propios ingresos, que nunca fueron cuantiosos, como el coche que adquirió para uso de su madre y hermana.

Entendió, y seguramente su experiencia en Europa en este sentido fue útil, que la dignidad del cargo exigía residir en un ambiente que estuviera a la altura. Allí recibió a numerosos extranjeros que llegaron a Chile ininterrumpidamente desde 1819 y fue su centro de operaciones hasta 1823, cuando dimitió como Director Supremo. Su compañía fueron su madre y hermana, que reinaban en Palacio y trataban a una servidumbre fiel, más tres niños. Dos niñas, una huérfana llamada Petronila, pariente de Isabel, y una indiecita pehuenche. El niño era Pedro Demetrio, hijo de Bernardo y María Rosario Puga Vidaurre, a quien había conocido durante su estadía en Concepción. Era joven y separada hacía años, esbelta, de tez blanca y rosada, de cabello rojizo. Mantuvieron una relación de la cual nació el niño a mediados de 1818; fue bautizado en Santiago como Pedro Demetrio Jara —apellido prestado por el párroco— y se mantuvo en estricto secreto por tiempo indefinido en casa de la madre de Rosario a pocas cuadras del Palacio. Cuando tuvo de tres años, Bernardo lo trasladó a vivir a su residencia. Rosario había contraído matrimonio. Podrían haber sido más los parientes, porque Bernardo tenía otra media hermana, Nieves, hija de un tercer matrimonio de Isabel. Casó joven y no se relacionaron.

Quienes lo conocieron o trataron —visitantes extranjeros y amigos—, dejaron trazos de su forma de ser y comportamiento. Vivió en forma austera, llana, su oratoria no era rebuscada, sino directa, corta, porque sintetizaba bien sus ideas. Se refieren a él como un hombre agradable, jovial, amable, honesto, bondadoso, sincero y confiado. Varios notaron que la política no le atraía, al menos se quejó en los primeros años del insostenible peso de la administración. Con todo, actuó en esta materia posiblemente siguiendo el estilo de su padre, con espíritu práctico, abocándose a ejecutar proyectos concretos.

Cuando asumió el mando, sus tareas eran bastante claras. La primera, asegurar la independencia lograda y para eso se concentró en organizar la Expedición Libertadora que se dirigiría al Perú para derrotar en forma definitiva al amenazante bastión realista. Meta que alcanzó mediando 1821. Lo siguiente era establecer un orden institucional que diera gobernabilidad al país y creara los fundamentos de la república. Y en este sentido, procedió con cierta racionalidad ilustrada, pero renegando de la tradición hispano colonial. No solo fue práctico, sino en ocasiones hasta pragmático, porque su intención fue conseguir objetivos sin atenerse a estrictas formulas doctrinarias.

El sector social dirigente guardó soterradamente animosidad en su contra, por algunas medidas adoptadas y por su evidente afán igualitario de considerar a todos los chilenos como simples ciudada-

nos. Es cierto que O'Higgins los trató con indiferencia, también se daba cuenta que hacia él había demostraciones hipócritas y sabía que entre la correspondencia que circulaba lo llamaban “huacho”. Sin embargo, más grave fue en este sentido que lo sindicaran como débil o muy permeable a ciertas influencias. Quienes lo conocieron más cercanamente advirtieron este rasgo, dijeron que era bondadoso, pero débil, demasiado complaciente para habérselas con maquinaciones de quienes lo rodeaban; que tendía a confiar en la sinceridad de otros, por rectitud de sus propias intenciones; que era susceptible a influencias personales, en fin; que se dejaba llevar por el juicio de amigos íntimos.

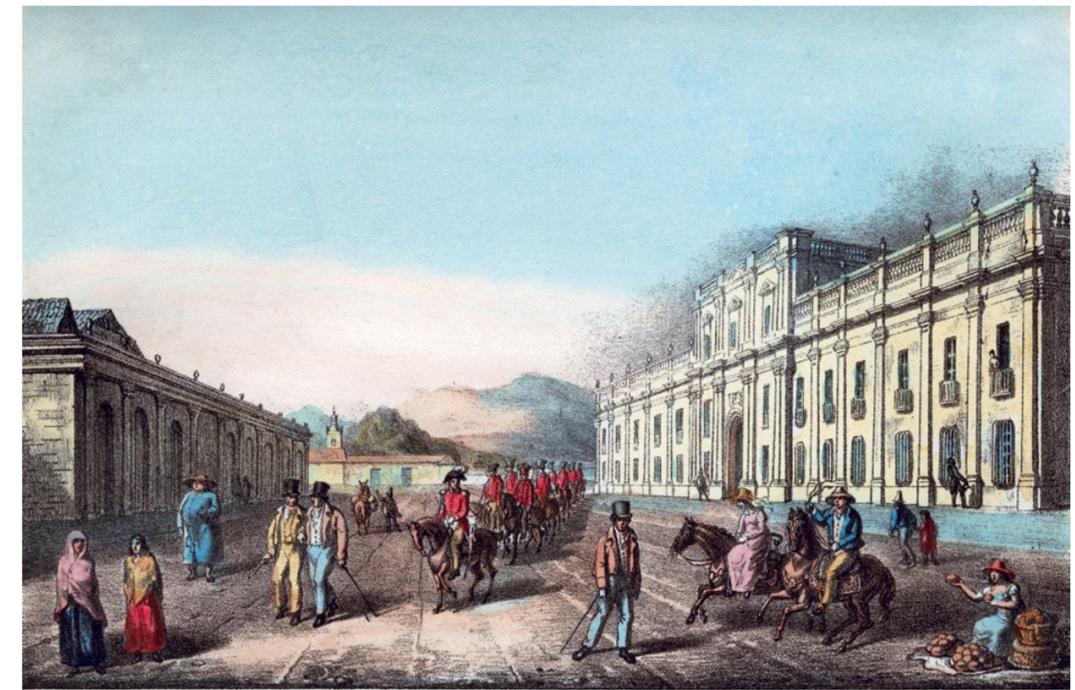
La clase dirigente siempre miró con recelo la gravitación que sobre él ejerció una sociedad secreta, la Logia Lautarina, que existía en Buenos Aires y que llegó a Chile mediante San Martín, quien formó una filial. Militaron en ella argentinos (Las Heras, Quintana, Guido y otros) y chilenos (Zañartu, Zenteno, de la Cruz), ministros de O'Higgins. Se habían jurado la independencia y apoyarse lealmente en la causa. Hasta ahí bien, solo que para cumplir con ese objetivo, una cláusula estipulaba que las decisiones adoptadas en ese círculo eran mandato ineludible.

Y ocurrió que esta sociedad implicó al Director Supremo en la muerte de Juan José y Luis Carrera, también con la de Manuel Rodríguez. Ciertamente, O'Higgins después de Rancagua se distanció definitivamente de los Carrera, quienes también comenzaron

a conspirar contra el proyecto independentista que lideraba con San Martín, pero estuvo lejos de querer aplicar medida tan letal. Con Rodríguez tuvo problemas, porque era un revoltoso decidido, pero a lo más quiso expatriarlo. No obstante, la elite santiaguina pensaba lo contrario, amén de que Carrera era apellido reputado. Fue su “espada de Damocles”, porque como Jefe Supremo se enteró de lo ocurrido y, siendo contrario al procedimiento, no tomó medidas que hicieran justicia. También pareció inexplicable que dejara en su ausencia, cuando marchó al sur, a un argentino —Hilarión de la Quintana— en vez de un chileno al mando y que entregara la Hacienda Pública a José Rodríguez Aldea, para los notables de Santiago un hombre de oscuro pasado, presuntuoso y de mal trato.

Todo se complicó más por la desmedrada condición del país y, para desgracia, Chile había sido azotado por dos terremotos con epicentro en Copiapó (1819) y Valparaíso (1820), que tuvieron efectos desastrosos para la economía y demandaban auxilios urgentes de las autoridades centrales. O'Higgins no tenía cómo hacerse cargo, porque el erario nacional no lo permitía. El Senado instituido desde 1818 —a esas alturas un frente decididamente opositor— reclamaba facultades para intervenir en la marcha del Gobierno.

En estas circunstancias, el Director Supremo resolvió modificar el sistema político, convocando una convención preparatoria de una nueva carta fundamental, pero cometiendo la imprudencia de intervenir en la elección de sus integrantes, lo que generó malestar.



**La Casa de Moneda de Santiago**

Dibujo de Juan Diego Paroissien | Grabado por George Schart | Impreso por Rowney & Forster | 1824 | Litografía coloreada | 17 × 24,5 cm | Publicado en *Travels into Chile over the Andes in the years 1820-1821* | Colección Museo Histórico Nacional

Pero lo que encendió los ánimos hasta lo indecible no fue la nueva Constitución (1822)—redacción encargada a Rodríguez Aldea—, por cuanto en aspectos importantes era bastante moderada. La causa fue que la Convención, contraviniendo toda norma y en forma excepcional, eligió como Director Supremo a O’Higgins, con el agravante que los mecanismos electorales establecidos para la elección y reelección le aseguraban un nuevo período de seis años y todavía podían extenderse hasta diez.

Se lo sindicó de tirano, de déspota, cuyo interés era permanecer en el poder. Todas parecen acusaciones muy fuertes, arrojadas sobre un hombre que tenía sentido del honor y había demostrado desprendimiento de su vida hasta el extremo, por conquistar la independencia del país. A todas luces fue un liberal y su liberalismo se exteriorizó de diferentes formas, pero cierto es también que hacia 1822 se encontraba viviendo un momento excepcional en términos políticos y, aunque alguna vez señaló a Mackenna no ambicionar cargo de privilegio, es posible haya cambiado de opinión al sentir la seducción del poder. Es indudable que luchó por la independencia pensando en la República, pero cuando asumió el Gobierno comprendió que Chile no estaba en condiciones de experimentar un sistema político plenamente representativo y ejerció el poder de modo autoritario. No era el único, por lo demás, Juan Egaña, Camilo Henríquez y Diego Portales habían llegado a la misma conclusión por esas fechas.

Lo que se juzgó como personalismo gubernamental o autoritarismo, llevó a la clase dirigente a manifestarse públicamente contra

O’Higgins, demandando mayor participación. Hacia diciembre de 1822, su amigo y camarada del Ejército de Los Andes, Ramón Freire, como intendente de Concepción se levantó en armas dispuesto a marchar sobre Santiago y declaró la desobediencia al Gobierno central. La provincia de Coquimbo se unió al movimiento. Semanas después, un Cabildo abierto que reunía a “la flor y nata” santiaguina y algún otro representante provincial, pidieron la renuncia. Al enterarse, se resistió, desconociéndoles legitimidad, creyendo que tenía respaldo suficiente, y de hecho, todavía contaba con mando de tropa en algunos batallones y guardia de honor. También pudo constatar que ciertos oficiales le desobedecían, reaccionando con ira, al punto que descontrolado degradó a un comandante en el mismo lugar que se encontraban, a gritos. Pero finalmente se allanó a concurrir a la reunión, demostró serenidad y firmeza para exponer sus argumentos. Señaló que abdicaría en forma libre, sin ser destituido. Entendió que, manteniendo una posición en forma estricta, podía desencadenar una guerra civil. Dimitió a favor de una junta de Gobierno provisional. Su discurso de despedida fue vibrante. Se sentía consolado de dejar a Chile independiente, pero desagradado por no haber consolidado las instituciones. Miró a la asamblea y demandó se presentaran sus acusadores. Los desafió exponiendo su pecho y, quienes ignoraban su carácter, se impresionaron al verlo actuar. Pasó de la calma en sus palabras hasta llegar a irritarse por el recelo que había demostrado la asamblea, habló fuerte. Terminaron aplaudiéndolo y hasta se retiró escoltado.



## PERÚ

Con todo, seguía teniendo oscuros y disimulados enemigos que se propusieron someterlo a juicio de residencia, viviendo una desagradable espera en Valparaíso para recibir el pasaporte. Se quejó públicamente de tales desaires e intrigas y comprendió que nada podía esperar de su patria en esas circunstancias. Por fin, logró el documento con ayuda de amigos. Promediando 1823 abandonó Chile rumbo al Perú. Lo acompañaron su madre, hermana, Demetrio, la sobrina Petronila Riquelme y la indiecita Patricia. Entre ellos figuraba el irlandés John Thomas Nowland, un caballero con quien tuvo una amistad que se estrechó enormemente, porque compartieron las vicisitudes experimentadas en el exilio, al punto que John Thomas se encargó de llevar un diario y fue de gran ayuda para O’Higgins.

Fue recibido con honores militares por su compañero de colegio Bernardo de Torre Tagle, recién ascendido a Presidente, quien le otorgó el grado de Gran Mariscal del Perú. Además, le habían sido donadas las haciendas de Montalbán y Cuiba en Cañete, requisadas a realistas, valle situado al sur de Lima. Desde entonces fue apreciado por hombres públicos y generales independentistas como Simón Bolívar, Antonio Sucre y Andrés de Santa Cruz, entre otros, tanto que en medio de un brindis Bolívar lo llamó genio de

América. Siguió sintiéndose distinguido en diferentes ocasiones y formas, pero no jugó ningún papel relevante en la guerra que se libraba en Perú contra regimientos realistas. Suplicó a Bolívar colaborar como simple voluntario e hizo sacrificios para incorporarse a la línea de batalla, solicitando algún destino útil. Desde Trujillo, acompañado de una pequeña comitiva —lo sabemos gracias a los apuntes del viaje, que llevó Thomas—, lo siguió por largos kilómetros, cruzando pueblos, ciudades, soportó una geografía y clima feroz. Antes de partir había contraído malaria y tendría una recaída durante la marcha, pero llegó tarde a la victoria de Junín y tampoco participó en la de Ayacucho. A la hora de los festejos, estando la plana mayor, se presentó de civil y dirigiéndose a Bolívar alzó la voz para decir que no existía más el General O’Higgins y que en adelante lo consideraran un simple ciudadano, agregando que su misión en América estaba concluida.

El gesto refleja el sentimiento que portaba. ¿De frustración? Era un hombre adulto, maduro, inteligente, con una trayectoria accidentada, pero ejemplar, tenía experiencia y pudo darse cuenta que Bolívar, quien tuvo muestras de aprecio hacia él, no le asignó cargo en su ejército, no obstante habérselo dado a entender epistolarmente. El tema no debió haberle sido indiferente y es imposible saber cuánto sintió no haber participado de la gesta que celebraban: el fin del poder monárquico en América. ¿Por qué anhelaba estar en el teatro de operaciones, en la refriega, sable en mano? Porque ese

**La Escuadra y Convoy pasando el Boquerón de San Gallan**

Charles Wood | 1824 |  
Acuarela sobre papel | 28  
× 81 cm | Colección Museo  
Histórico Nacional



era el personaje, el héroe que lo había llevado a la gloria, a la cúspide, su auténtica identidad. La política, en cambio, le fue desagradable.

Pero continuó pendiente del panorama político chileno, con cierto disimulo, porque estaba dolido. Sus amigos lo mantuvieron al corriente de cuanto ocurría y hasta en ocasiones dio muestras de entusiasmo por integrar alguna acción que lo retornara a su Chile, como cuando Bolívar propuso un plan de formar una expedición para invadir Chiloé. Los chilenos en Perú vieron la posibilidad de restituirlo como autoridad, pero terminó retractándose. De todas formas, el plan no se realizó. Mas la intentona se supo en Chile y creyeron que efectivamente estaba involucrado en ella. Freire, enfurecido, decretó la anulación de sus grados militares y los derechos para cobrar sueldo. Al poco tiempo, Manuel Blanco Encalada, habiendo asumido la Presidencia de la República luego de la abdicación de Freire, públicamente lo sindicó de traidor e insultó a granel.

En algún momento, Bernardo hizo planes de volver a Chile, de visita o para quedarse, no se sabe, también interesado en recuperar sus grados militares y los sueldos adeudados. Cuando José Joaquín Prieto llegó al Gobierno en 1831, comenzó un diálogo epistolar con la nueva autoridad. Le contaba los proyectos que tenía para Las Canteras, las nuevas maquinarias agrícolas, semillas, cultivos modernos y otros emprendimientos. Nada sucedió. A juicio del mandatario, no existían las condiciones para dictaminar su regreso y tampoco para recuperar los grados militares. A decir verdad, todavía tenía opositores fuertes en Chile. En esos tiempos, pasaba por dificultades económicas en su hacienda Montalbán y los sueldos adeudados le eran muy necesarios. Lo más que pudo ofrecerle Prieto fue cursarle un pasaporte para ingresar al país sin proble-

mas, para que él, estando en Chile, gestionara ante el Congreso la recuperación de sus grados. Un ofrecimiento que no esperaba, ¿una invitación para exponerse ante quienes eran sus detractores? Lo consideró indigno.

Su larga residencia en Perú se prestó para que lo implicaran en otro proyecto militar, concebido esta vez por Andrés de Santa Cruz, quien se propuso componer la Confederación Perú Boliviana. Pero O'Higgins rechazó de plano involucrarse, pese a que la idea de Perú y Bolivia unidos no le resultaba descabellada. Su posición era pacífica y, consecuentemente, encontró un rotundo despropósito que su país le declarara la guerra a la Confederación. Festejó al enterarse que Blanco Encalada, al mando de la escuadra chilena, con intenciones de destruirla, había fracasado. Más alegre se puso cuando Blanco y Santa Cruz firmaron un tratado de paz; llegó al extremo de felicitar al comandante chileno, olvidando sus insultos públicos.

Sabemos que Chile insistió en liquidar la Confederación y encomendó la tarea a Manuel Bulnes, quien rápidamente tomó Lima. O'Higgins se ofreció de mediador para evitar un enfrentamiento que suponía sangriento, pero fue inútil, Bulnes derrotó las fuerzas confederadas en Yungay en 1839. No cabía a esas alturas manifestarse. La amistad que trabó con el general Bulnes, su cordialidad, pudo neutralizarlo. Muy probablemente, su situación era compleja, no tenía una posición claramente asumida frente a los hechos, se sentía tanto chileno como peruano y los años, tenía sesenta y cinco, lo hacían mirar la vida con mayor templanza. No era el intrépido soldado y también se daba cuenta que su importancia y la admiración que le habían profesado se diluía. La amistad de Bulnes fue un paliativo. Este escuchaba atentamente las hazañas que le contaba en tono paternal. El general lo entendía, apreció su

**El eximio señor Don Bernardo O'Higgins. Director Supremo y Capitán General de la República de Chile**

Grabado de F. Thénard | 1862 | Encargado por Demetrio O'Higgins | Colección Privada



#### Bernardo O'Higgins

Escultor quiteño no identificado, seguidor de Manuel Chilim Caspicara | ca. 1825 | Madera tallada, policromada, encarnada y estofada | 15 x 19 x 14 cm | Colección privada

#### Simón Bolívar

Escultor quiteño no identificado, seguidor de Manuel Chilim Caspicara | ca. 1825 | Madera tallada, policromada, encarnada y estofada | 15 x 18 x 12 cm | Colección privada

sabiduría, aprendía de los relatos, le tomó cariño; en sus cartas a chilenos lo llamaba el “viejito O'Higgins”.

No le quedaba más que su vida privada. Las décadas de su estadía en Perú las había pasado entre Lima o Callao y en la hacienda Montalbán. Cuiaba la arrendó desde un comienzo y pronto contrató un administrador para Montalbán. Su compañero Thomas fue gran colaborador, tenía conocimientos y aptitudes para trabajar en la hacienda. Era de magníficas proporciones y calidad, con casa patronal de dimensiones, cómoda. Poseía una plantación de caña de azúcar que complementó con la fabricación de ron y aguardiente, pisco dicen algunos autores. Montalbán pasó a ser un refugio cada vez más importante, pasaba en ella los malos momentos, que no fueron pocos. Recibió visitantes de Chile en varias ocasiones y, a decir verdad, este ambiente fue lo más significativo que ocurrió en su vida durante los últimos años. Todo lo externo que experimentó no fue tan dulce. Honores tuvo, mas no lo reconfortaron verdaderamente. La fama que ostentó fue oscureciéndose. En verdad, en el último tiempo había sido una pieza de ajedrez para políticos y generales.

En Montalbán su vida cotidiana fue de esfuerzo en sus comienzos. Estudió cuanto pudo sobre la caña de azúcar y su producción, y pareció soldado en la trinchera de siembras y cosechas, dirigiendo sus campesinos, por lo general esclavos que estaban adscritos a la hacienda y a quienes procuró tratarlos del mejor modo. Isabel y Rosa pasaron a ser la “doñas” de una hacienda que tenía

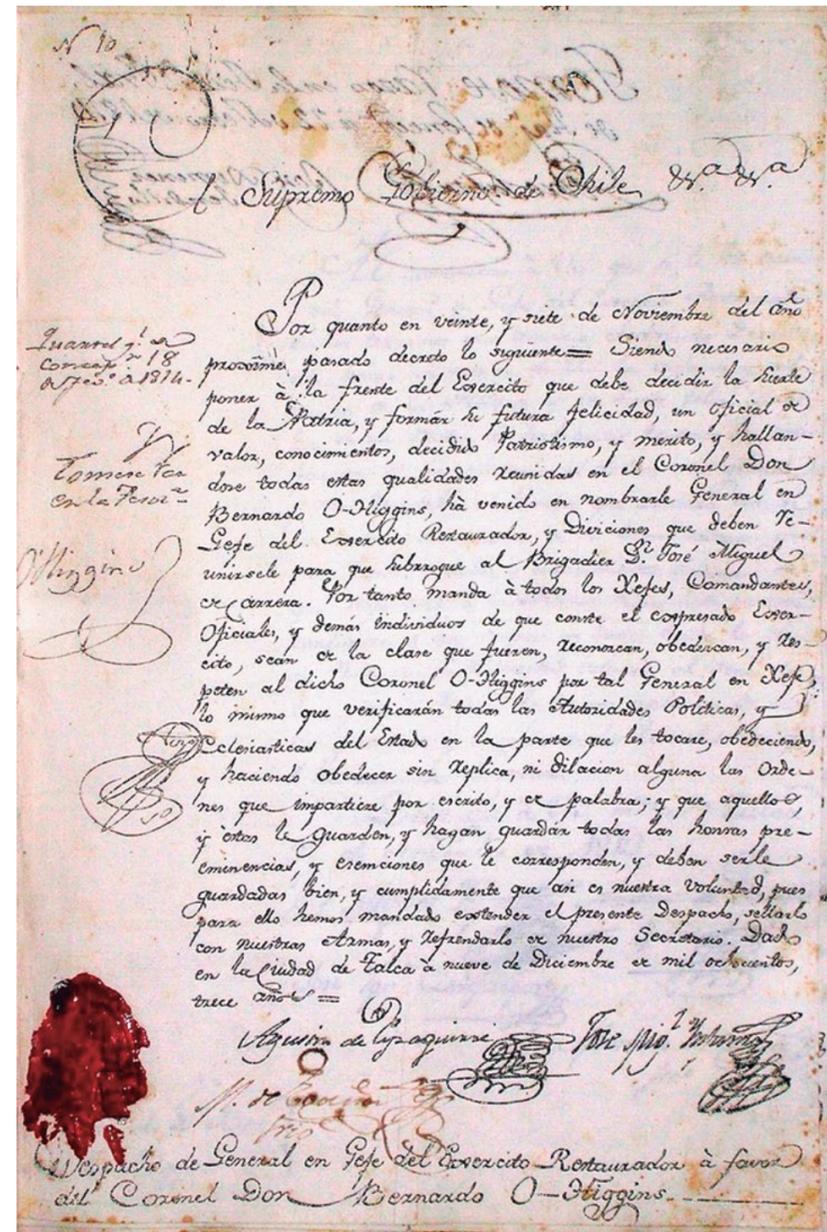


todas las instalaciones necesarias, dotada de hospital y puerto cercano. Ellas se encargaron de la servidumbre, del orden doméstico en general y de organizar los festejos para los trabajadores. Bernardo, que había subido de peso, estaba muy canoso, prolongó las horas que pasaba en su escritorio redactando correspondencia comercial y asuntos políticos. Claro que sus cartas hacia el final fueron dirigidas a personas escogidas, por quienes profesaba gran amistad, entre ellos al inolvidable Casimiro Albano. Recibía y se entretenía en largas tertulias, una práctica desde los tiempos de Director Supremo y donde decían sus contertulios, mostraba su lado simpático. Sufría dolencias varias, irritación de los ojos (conjuntivitis), dolores en los huesos, sobre todo en el brazo, problemas dentales, fuertes cefaleas. Con los años, estos malestares se harían un tanto continuos. En todo caso, era una vida tranquila, también se trasladaba con su familia en épocas estivales tanto a Lima como al Callao, donde arrendaba casa y podía encontrarse con el grupo de exiliados antiguos y nuevos, según fuese la situación de Chile.

Desde 1837, su madre comenzó a enfermar de cuidado y O'Higgins se quedaba en la hacienda. Ella era anciana y las atenciones médicas representaron un alto costo para su desmedrado estado financiero. Dos años después sobrevino la agonía y permaneció a su lado hasta la muerte. Su dolor fue intenso. Bulnes lo acompañó, estaba recién llegado desde Yungay. Después de los funerales, Bernardo se sintió muy enfermo a consecuencia de las secuelas de la malaria. Pasó en cama por varias semanas, siendo su compañía

Rosa y los sirvientes, más una que otra visita. Alguna vez confesó a un amigo que no creía existiera alguien que amara más a su madre. Cuando Demetrio cumplió diez años, lo introdujo en labores de la hacienda y más tarde acompañó a Rosa en la tienda que había abierto en el Callao y también en Lima, donde comerciaba ron. Sabemos que escasamente expresaba sentimientos y sorprende que no lo hiciera nunca con su hijo Demetrio, con quien fue distante. El apellido del muchacho siempre fue Jara y no se sentaba a la mesa cuando había visitas. Si un comensal preguntaba por él, siempre pronunciaba una excusa. Más de alguna vez debe haber recordado su experiencia. También en otras debió rememorar al padre ausente. Al respecto, solo se conoce que intentó recopilar información sobre Ambrosio, se supone con el objeto de escribir una reseña biográfica. Pero sus sentimientos auténticos hacia su padre fueron un misterio.

Bulnes le dio una alegría. El héroe de Yungay solicitó al Gobierno de Chile la restitución del rango militar que poseía y las rentas adeudadas. Prieto velozmente redactó el decreto. Aún más, el aprecio que Bulnes sentía por el venerable anciano lo dispuso a comprar la hacienda Las Canteras en un monto muy apropiado. Una forma simple, pero admirable de reconocer al héroe de la independencia en su vejez. Los soldados del regimiento glorioso, antes de partir a Chile, concurrieron a la residencia donde se alojaba en Callao a brindarle una serenata. Entonces se recluyó en Montalbán.

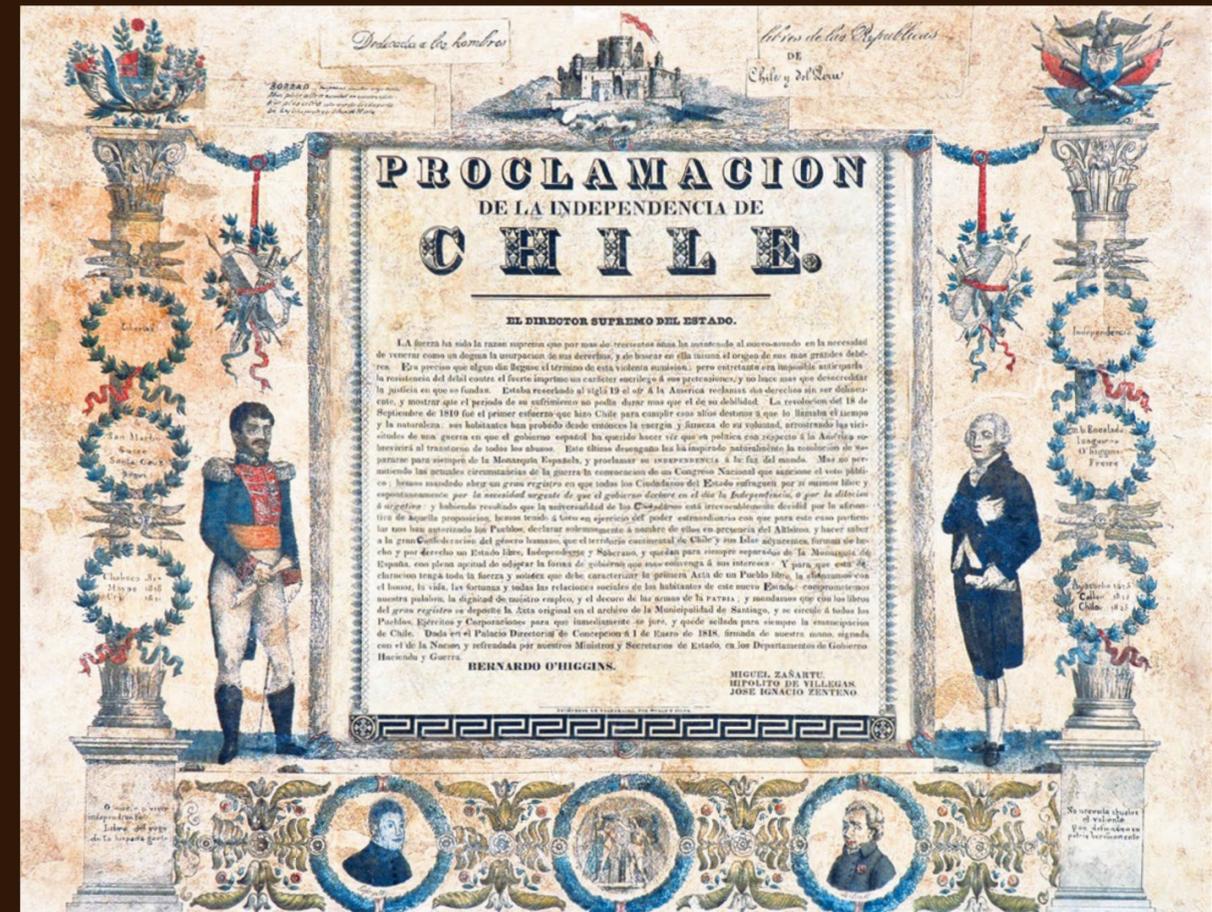


#### Nombramiento de Bernardo O'Higgins como General en Jefe del Ejército

1813 | Colección Museo Histórico y Militar

Su salud no lo acompañaba y para más desgracia tuvo un ataque cardíaco mientras paseaba a caballo junto a un familiar. Fue trasladado a Lima, porque siguieron episodios similares. El diagnóstico médico señaló hipertrofia cardíaca, indicándole que reposara lo más posible. Se cansaba caminando un breve trecho, no obstante, asistía a misa regularmente. Entre medio, maldecía que en Chile tramitaran tanto el envío de su sueldo, pero también anhelaba volver a su patria para contemplar las obras iniciadas en su Gobierno: la Alameda, por ejemplo, y asistir a los sitios donde sangre patriota se había derramado. En fin, quería proponer al Gobierno un proyecto que venía pensando hace años: fundar una colonia en el estrecho de Magallanes, dotándola de remolcadores para tirar o rescatar naves. Los años 1841 y 1842 estuvo a punto de embarcarse, pero la salud se lo impidió, nuevo ataque de malaria, fatiga de pecho, dolor al corazón, del brazo, hinchazón de piernas, algún otro mal. El asunto es que definitivamente descartó el viaje y volvió a Montalbán, donde continuó mascullando el proyecto, escribiendo a Bulnes y al Ministro de Relaciones Exteriores. Todo dice que Bulnes, para entonces Presidente de la República, lo tomó en serio, porque instruyó diligencias para concretar el proyecto.

Nuevamente llegó a Lima por prescripción médica, su vida se apagaba. Se despidió epistolarmente de amigos como Casimiro, John Thomas, que lo había acompañado en Perú durante sus travesías y ahora estaba en Valparaíso, y también de adversarios como Manuel Blanco Encalada. Ante notario nombró albacea a su hermana Rosa y le donó todo el ganado, dejando a su vez un documento donde se estipulaban todos los bienes y propiedades que dejaba en Chile. Por fin, se enteró que se había promulgado la ley que restablecía sus grados militares e instruía pagarle los sueldos correspondientes. Ese día tuvo un leve gesto de alegría momentánea y quiso sentarse, pero volvió a su lecho y quedó quieto, con los ojos cerrados, cuando de pronto exclamó: “¡Magallanes!”. Tomó un hábito franciscano y dijo que era el uniforme que le enviaba Dios. Así falleció. Perú le rindió honores de Jefe de Estado.



Proclamación de la Independencia de Chile

Wells y Silva Impresores, Valparaíso | ca. 1840 | Litografía sobre papel | 45,5 × 60,5 cm | Colección Museo Histórico Nacional

## CAPÍTULO II

# O'HIGGINS, EL SOLDADO

Roberto Arancibia Clavel\*



\*Roberto Arancibia Clavel, General de División (r), obtuvo el Magister en Ciencias Políticas y el Doctorado en Historia en la Pontificia Universidad Católica. Es académico del Magister en Historia Militar y Pensamiento Estratégico en la Academia de Guerra del Ejército, docente del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de Chile y de la Escuela Militar y miembro de número del Instituto O'Higginiano. Autor de *Tras la huella de Bernardo Riquelme en Inglaterra* (1995), *La influencia del Ejército Chileno en América Latina 1900-1950* (2002) e *Introducción al Estudio de la Historia Militar* (2015).

*“Compatriotas y amigos.  
Renazca en vosotros el sagrado fuego de la libertad.  
Me restituyo por fin al suelo patrio... La dulce patria,  
el hermoso Chile vuelve a ocupar el rango de nación...  
Corred hacia nosotros a participar de la gloria de nuestros  
hermanos... Chilenos, yo os juro morir o libertaros”.*  
Proclama del Brigadier Bernardo O'Higgins,  
Putendo, 7 de febrero de 1817.

**Muchas son las facetas de este** prócer de la nación chilena durante el proceso de la independencia. Una de ellas es la del soldado que dirige a sus tropas en combate y luego la del general con visión estratégica para consolidar la emancipación de Chile y la de América. Su formación y participación en los diferentes combates durante la Patria Vieja y la Nueva es lo que se aborda en este capítulo.

O'Higgins jamás estudió en una escuela militar ni en una academia de estado mayor. Su formación la adquirió en la escuela de la vida, en las circunstancias que le deparó el destino, las cuales le permitieron alcanzar el sitial que hoy ostenta como soldado, general y libertador de Chile.

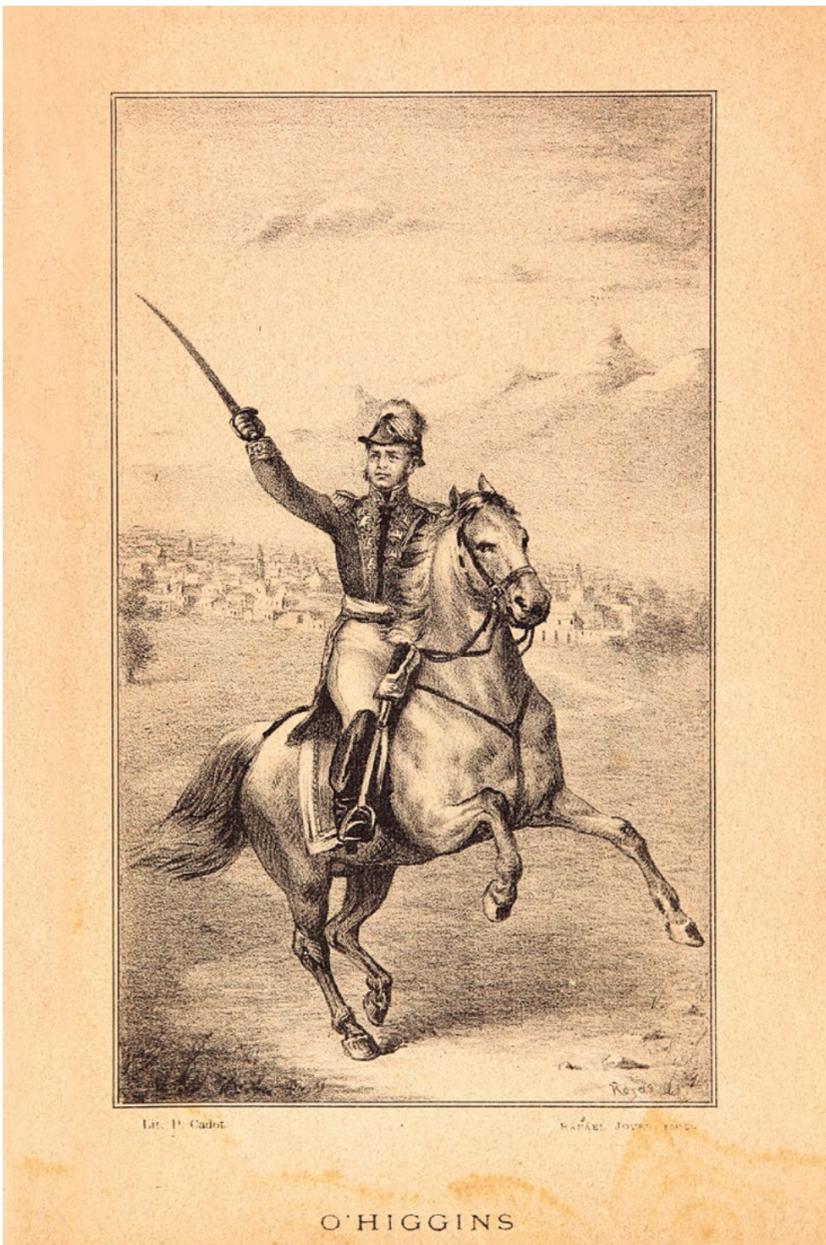
### SU FORMACIÓN MILITAR

Cuando estaba en Cádiz, regresando de su estadía en Inglaterra, se tienen los primeros antecedentes sobre su inclinación por la carrera de las armas. En una carta a su padre, le manifiesta: “me considero a lo menos de veintiún años, y aún no he emprendido carrera alguna, ni veo semejanza de ello. Me voy a incorporar a una academia militar de navegación, si puedo conseguirlo, para aprender esta carrera como a la que más me inclino”, señalando más adelante que se hallaba apto para ella, considerando las ventajas y el honor que resultaba de la carrera militar. Varias menciones al respecto se pueden encontrar en su correspondencia, aunque los empeños al respecto resultaron infructuosos, debido a su condición de hijo natural.

Escribiendo a su madre, con motivo del primer intento de regresar a Chile, describe el ambiente que vive al decirle: “Le pido que me encomiende a Dios, como yo la encomiendo a usted

en todas mis oraciones, pues los peligros que tengo que pasar son bien grandes, pues los mares están llenos de corsarios y buques de guerra ingleses. No obstante, nuestra embarcación va bien armada”. Comentario premonitorio de lo que se puede considerar como su primera participación en una acción de guerra, que relató a su padre con todo detalle. Embarcado en la fragata mercante *La Confianza*, parte de un convoy de varios navíos españoles de vuelta a Chile en abril de 1800, fueron objeto de un sorpresivo ataque por buques ingleses. “A las tres de la mañana, estando durmiendo, me vinieron a despertar dándome noticia que se divisaban algunas velas por la popa; apenas me había medio vestido, cuando nos tiró un cañonazo con bala que nos pasó por encima de la vela mayor haciéndonos muy poco daño”. Que en menos de diez minutos se les fue encima una fragata inglesa y dos buques más, obligándolos a amainar la navegación y enfrentar a los agresores. Cuenta que los buques rodearon la fragata española y que desde la inglesa —mientras veían caer tiros de cañón cerca de la nave— se solicitó en inglés un parlamento y que de no aceptar la echarían a pique. El joven chileno tomó un altavoz e inició la conversación con el enemigo, quedando en cubierta solamente el Comandante del buque y él, toda la marinería se había refugiado en el depósito de municiones. La fragata española, que no era de guerra, finalmente se rindió. Al día siguiente, el combate entre los restantes integrantes del convoy y sus atacantes continuó con sensibles bajas para los españoles. Agrega Bernardo que le robaron todo lo que tenía, desembarcándolo en Gibraltar, desde donde se trasladó a pie hacia Algeciras, medio desmayado de hambre, calor y cansancio.

Pasaron dos años más para que pudiera regresar a su patria, donde conocería nuevos desafíos que lo impulsarían a integrarse a la



#### O'Higgins

Dibujo de Luis Fernando Rojas | Litografía de Pedro Cadot | ca. 1870 | Publicado en *Vida del jeneral don Bernardo O'Higgins: (su dictadura, su ostracismo)* de Miguel Luis Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna, 1882 | Colección Biblioteca Nacional

vida militar. En Chile se encontró con el ambiente que tantas veces había comentado con Miranda en Londres y con otros jóvenes americanos en Cádiz. Los criollos resentían cada vez más la injerencia de los peninsulares, de manera que viviendo en Chillán y luego en la hacienda Las Canteras en Los Ángeles, se incorporó en forma entusiasta a una organización clandestina en Concepción llamada “Los Duendes Patriotas”, destinada a buscar fórmulas para lograr la independencia del país. Se dio cuenta que una revolución sin ejército era imposible, lo que se hizo evidente en su pensamiento al formarse la Primera Junta de Gobierno en 1810, ante la cual fue nombrado como sub delegado de “La Laja”. Ya antes de esa fecha, se había puesto en contacto con el Comandante del Regimiento Dragones de la Frontera, Pedro José Benavente, persona de confianza, a quien le hizo presente la urgente necesidad de organizar una fuerza militar en el sur, ofreciéndose para hacerlo en el sector de la Isla de La Laja. Benavente acogió la idea y allí se tiene al joven terrateniente levantando un censo en la zona, que le permitió proponer la organización de dos regimientos de milicias de caballería con inquilinos de Las Canteras y de los alrededores. Además, propuso formar un regimiento de infantería con las milicias de Los Ángeles.

El vocal de la nueva Junta de Gobierno, Juan Martínez de Rozas, lo nombró Teniente Coronel de Milicias de La Laja y le confió la segunda comandancia del Regimiento Lanceros de la Frontera, movilizado prácticamente con todos los inquilinos de su hacienda. Esta fue su primera destinación y nombramiento militar. O'Higgins estaba muy consciente de su falta de preparación; sabía perfectamente que sus estudios, su habilidad como jinete, sus experiencias en Europa y su primera acción de combate en el mar, como su reciente nombramiento de comandante de milicias, no eran sufi-

cientes para poder liderar una fuerza militar. De allí, entonces, que buscó consejo en uno de los militares más distinguidos y preparados de la época, también de origen irlandés, que vivía en Chile, el coronel Juan Mackenna O'Reilly. A través de la correspondencia que intercambiaron puede conocerse sus inquietudes y los sabios consejos de quien sería su maestro.

En carta fechada en enero de 1811, el Teniente Coronel de Milicias le confesaba a Mackenna que se encontraba a la cabeza de un grupo de valientes y adictos que no lo venderían, ni le harían traición, ni lo abandonarían, estando él dispuesto a morir al frente de ellos, si el destino no le dejara otra alternativa, confesando que no habría mejor manera para terminar su carrera de la vida. Agregaba:

No creáis que tengo la necia vanidad de aspirar al rol de un gran jefe militar. Nada de eso: conozco suficiente la historia para lisonjearme con tan ilusorias perspectivas. Estoy convencido de que los talentos que constituyen a los grandes generales como a los grandes poetas, deben nacer con nosotros, y conozco, además, cuán raros son esos talentos, y estoy penetrado bastante de que carezco de ellos para abrigar esperanza quimérica de ser un día un gran general, razón por la que, a medida que conozco mi deficiencia, deba hacer mayores esfuerzos para remediarla en lo posible.

Es impresionante este rasgo de humildad de O'Higgins al abrir su corazón. Más adelante lo convence de su vocación de sacrificio por la libertad de Chile y le insiste que recurre a él porque sabe de su deficiencia en asuntos militares y por la gran necesidad que tiene de los consejos e instrucciones de un oficial de su reconocida competencia y conocimiento.

El joven le cuenta al Coronel de sus desvelos en Los Ángeles para organizar las nuevas fuerzas de caballería e infantería, la desilusión ante el hecho de no haber sido nombrado Comandante del regimiento levantado con sus inquilinos, lo que finalmente supera cuando se convence que el nombramiento que había recibido era el adecuado.

La respuesta de Mackenna no tardó en llegar, aceptando el desafío de ser el instructor militar de O'Higgins y enviándole una serie de muy útiles consejos producto de sus experiencias en combate. Parte diciéndole que el primer paso para progresar es estar convencido de tal necesidad, entendiendo que el joven oficial lo tiene muy claro. Lo alerta ante la vanidad y la presunción de los uniformes y las charreteras, las que no bastan para mandar un regimiento. Agrega que la preparación de los oficiales es fundamental, como lo pudo comprobar en las campañas en las que participó contra los franceses en 1793, 1794 y 1795, donde tuvo empleos de estado mayor que lo pusieron en condiciones favorables para juzgar tanto a los soldados como a los oficiales. Por lo tanto, insistía Mackenna, no bastaba el talento sino que el estudio y el entrenamiento sistemático, como actividades fundamentales. De allí lo importante de conocer el terreno y de descubrir los secretos del adversario. Le insiste que el espíritu de trabajo es una de las cualidades más indispensables para ser un buen general, recordándole el gran ejemplo de su padre en cuanto a honradez inflexible, trabajo infatigable, firmeza inmovible, sugiriendo que estudiara la vida de don Ambrosio, donde encontraría lecciones militares muy útiles y apropiadas a la realidad que vivía, siendo para él un brillante ejemplo. Lo urge a ponerse al día, por haberse saltado muchos escalones de la carrera, instándolo a buscar un sargento experimentado que le enseñe el uso de

la carabina, de la espada y la lanza. Una vez que se haga diestro, podrá recién reunir a sus jinetes y practicar en conjunto partiendo por las más pequeñas unidades hasta hacerlo con el regimiento. Le insiste, además, que debe conocer todos los detalles del servicio y así convencer a sus soldados que tiene la destreza necesaria para legitimar el mando. Le aconseja cómo elegir a los oficiales y soldados con prácticas recomendaciones, sin copiar recetas extranjeras sino adaptando la teoría a la realidad de la geografía chilena, especialmente en cuanto al entrenamiento de la caballería, infantería y artillería. Finalmente, Mackenna le enfatiza lo referido a la convicción por la causa: “esta es útil y necesaria porque mientras más importante se cree un deber, más fácil será cumplirlo bien y más se desarrolla el sentimiento del honor, resorte poderosísimo para mantener la acción del soldado y hacerlo desempeñarse valientemente”. Junto a las cartas, Mackenna le envió interesantes tratados militares, entre los que destaca el del Mariscal de Saxe (Mauricio de Sajonia), el mismo que utilizó extensamente Napoleón y que es considerado hoy como un clásico para el estudio de la estrategia y los principios de la guerra. No cabe la menor duda que estos consejos fueron seguidos por el joven oficial que iniciaba su carrera militar, lo que demostraría más adelante, en los combates en las cuales le tocó participar.

#### O'HIGGINS EN COMBATE DURANTE LA PATRIA VIEJA

Las primeras acciones militares las conocerá durante la crisis interna provocada por el Motín de Figueroa en Santiago y la rivalidad entre la capital y Concepción, que generó incluso movilización de tropas por ambas provincias, a pocos meses de la instalación de la Primera Junta de Gobierno. El coronel Tomás de Figueroa, en abril de 1811, se levantó en armas para evitar la elección de los diputados al nuevo Congreso. La asonada fue controlada rápidamente y O'Higgins viajó especialmente a Santiago para conocer los alcances del alzamiento y para jurar como representante de Los Ángeles. En el Congreso, propone reponer las plazas de tropas de la Frontera, correspondientes a los soldados del Cuerpo de Dragones, enviados a Buenos Aires como refuerzo ante el peligro de una invasión desde Europa.

La llegada de José Miguel Carrera a Chile en este período generó una serie de insurrecciones que afectaron las relaciones entre la capital y Concepción. La rivalidad siguió creciendo, motivando un alzamiento de la oficialidad del Batallón de Infantería de la Frontera, firmándose un acta en contra de la autoridad de Santiago. Ante ello, Santiago envió tropas para controlar la situación en Concepción en marzo de 1812. La reacción de Concepción no se hizo esperar, nombrándose Teniente Coronel de Ejército a Bernardo O'Higgins, con la misión de recolectar fondos para el pago de las tropas y otras necesidades de la provincia, junto con disponerse importantes aprestos militares en toda la zona. Fue nombrado comandante de un batallón y en pocos días había reunido cerca de dos mil hombres. La tensión continuó y las tropas de ambos bandos se acercaron a las riberas del río Maule. O'Higgins desde Los Ángeles le escribe a su madre a Las Canteras: “Acabo de llegar de Concepción con Don Juan de

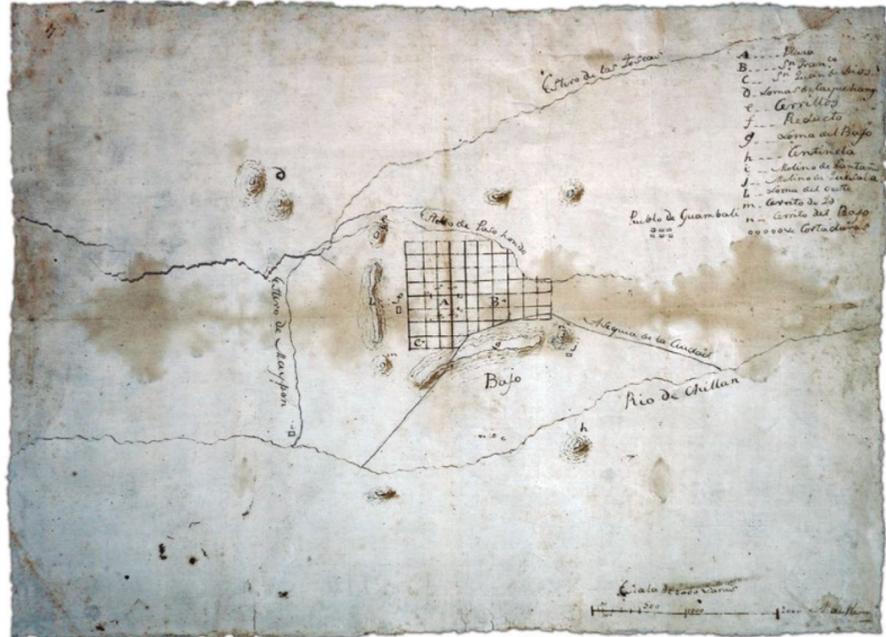


Batalla El Roble (Sobrerrelieve ubicado en la base del Monumento al Libertador Bernardo O'Higgins)

Albert-Ernest Carrier Belleuse | 1872 | Bronce  
Plaza de la Ciudadanía | Santiago de Chile

**Plano de la ciudad de Chillán indicando las posiciones militares en 1813**

Juan Mackenna | 1813 | Plano | Colección Archivo Nacional

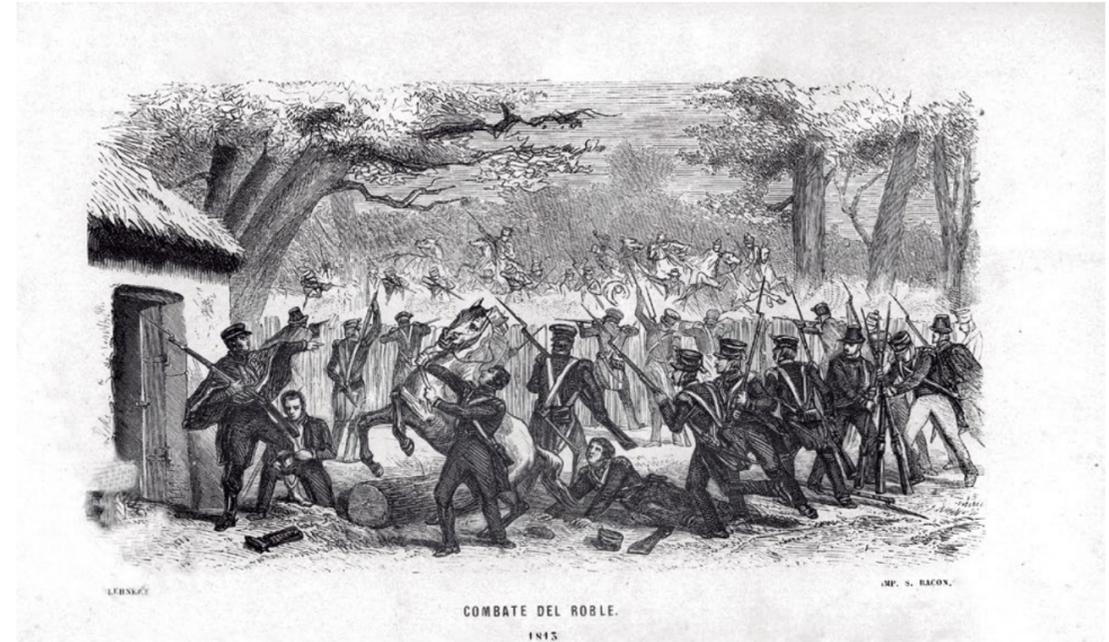


Dios Mendiburu, venimos a acuartelar en esta plaza nuestros regimientos”. En la misma carta le detalla los movimientos de tropas desde Concepción y Santiago, y agrega: “Los coligües, que encargué a usted para lanzas, espero ya estarán cortados y si no lo están que se hagan cortar con la mayor brevedad”. En mayo de 1812, le escribe a su madre: “Lo único que se ha conseguido de nuestra expedición fue obligar a las tropas de Santiago se retirasen y dejasen nuestra frontera libre y sosegada, como en efecto lo han hecho, no dejando en Talca ningún soldado ni armas. Ya deberán haber llegado a Chile (sic)”. Desilusionado por las intrigas políticas, O’Higgins se retira a su hacienda para dedicarse de lleno a sus actividades agrícolas.

Pasan algunos meses, y a fines de marzo de 1813 el territorio es invadido por un ejército realista al mando del brigadier Antonio Pareja, logrando que Concepción y Los Ángeles se plieguen a sus fuerzas. O’Higgins se traslada rápidamente al norte, colocándose a disposición de Carrera, que ya se encontraba en Talca para enfrentar a los realistas. Se presenta como voluntario y se le encarga la misión de detener un escuadrón realista que había ocupado Linares. Con trece dragones, nueve húsares y treinta y seis soldados, rodea al enemigo, consiguiendo apresar a su comandante y a sus solda-

dos. En el parte que da cuenta relata: “Es pues de más explicar el entusiasmo, espíritu y valor con que esta división avanzó al enemigo con el mayor orden gritando ¡Viva la Patria, Viva la Libertad!”. Por esta acción, O’Higgins fue ascendido a Coronel de Ejército en abril de 1813. Las fuerzas realistas continuaron su avance hacia el norte, ante lo cual O’Higgins recibe la misión de defender los pasos del río Maule con una fuerza de quinientos soldados de caballería. Los realistas avanzaron hasta el río, pero luego retrocedieron refugiándose en Chillán, ciudad a la que establecieron como base de operaciones. Participa entonces en el hostigamiento a estas fuerzas al mando de dos brigadas de caballería. Los realistas se defienden en San Carlos y el nuevo coronel muestra su arrojo en combate, como lo detalla el coronel Mackenna: “El coronel O’Higgins avanzó con la mayor intrepidez”. Añadiendo que gracias al movimiento rápido de su caballería, aunque no se verificó el ataque, se impuso al enemigo y se le impidió salir del cuadro.

Los realistas quedaron encerrados en Chillán y Carrera dispuso la reocupación de Concepción y de Los Ángeles, actividad que encomendó al coronel O’Higgins, quien, adelantándose a los suyos, con solo dos soldados, apresó de improviso al centinela que



estaba en la puerta del fuerte y se apoderó sin resistencia del cuarto en el que estaban las armas de los soldados de guardia, mientras estos se hallaban en la sala inmediata, alrededor de algunos braseros de fuego. Seguido entonces por su gente que comenzaba a llegar, se presentó en medio de los Dragones, y dando su conocido grito de “¡Viva la Patria!”, los convenció para que se pusieran a su servicio. Sea por efecto natural de la sorpresa o por adhesión al caudillo patriota, los Dragones comenzaron a gritar “¡Viva el coronel O’Higgins!”. Los realistas, ante la caída del fuerte el 27 de mayo de 1813, se ensañaron con la hacienda Las Canteras, destruyendo sus siembras y apoderándose de sus animales.

El coronel dedicó un mes para organizar sus fuerzas en la zona, llegando a tener mil quinientos soldados, a los que instruyó como lo había hecho con sus primeros milicianos. Ya en junio de 1813, avanzaba con sus tropas a Chillán con grandes sacrificios, al tener que recorrer caminos intransitables por las lluvias y crecidas de ríos debido al crudo invierno de ese año. Participó activamente en el ataque contra Chillán, replanteándolo a su madre en agosto de 1813:

Me hallo con el mando de las fuerzas unidas en la batería del Restaurador, donde nos ha atacado el enemigo con mucha furia. Tres veces lo hemos rechazado matándonos muchísima gente. El ataque de ayer fue furioso; duró por dos horas; les matamos más de ochenta hombres, entre ellos sus mejores oficiales. También hemos perdido oficiales valentísimos; y los seguimos hasta la misma plaza de Chillán y si la contestación no es conforme a la justicia, mañana entraremos a punta de bayonetas. Su afectísimo hijo.

La verdad es que las fuerzas patriotas no pudieron conquistar Chillán, lo que obligó a Carrera a disponer el levantamiento del sitio y desplazar sus tropas al sur, las que fueron perseguidas por los realistas.

Después de este sitio y habiendo llegado la primavera, Carrera dispuso desplegar sus fuerzas en el río Itata con el objeto de detener a los realistas que operaban hacia el sur desde Chillán. Los patriotas que se encontraban en el vado de El Roble al mando de José Miguel Carrera son sorprendidos por las fuerzas enemigas el 17 de octubre 1813, lo que causó un grave desorden, provocando la huida. Pero gracias a la serenidad y rapidez del coronel O’Higgins el desorden se

**Combate El Roble, 1813**

Litografía de Frédéric Lehnert | Impreso por S. Racon | Publicado en *El ostracismo del general D. Bernardo O’Higgins / escrito sobre documentos inéditos i noticias auténticas* de Benjamín Vicuña Mackenna, 1860 | Colección Biblioteca Nacional

transformó en una enérgica reacción. Reunió doscientos soldados, que concentró protegiendo la artillería, y a continuación contestó el fuego del enemigo, que trataba de desalojar a la infantería de sus posiciones. Se produjo así un reñido combate por espacio de más de una hora. Impacientado el coronel al comprobar que los realistas no cedían, tomó el fusil de un soldado que había caído muerto a su lado y levantándolo en alto, gritó a sus tropas: “¡O vivir con honor o morir con gloria! ¡El que sea valiente, sígame!”. Sus soldados lo siguieron con su bayoneta calada y al grito de “¡Viva la Patria!” cargaron contra el enemigo, produciéndoles una completa derrota. O’Higgins recibió una herida de bala en una pierna, siendo vendado por su ayudante el teniente José María de la Cruz. El enemigo dejó más de ochenta muertos, diecisiete prisioneros, dos cañones, ciento treinta y dos fusiles y cuantiosas municiones.

El propio José María de la Cruz recuerda: “En ese momento me preguntó: —¿Tiene usted un pañuelo, cadete? Le contesté que sí. —Pues amárreme aquí la pierna, que estos diablos me han herido y me duele bastante. Efectué la amarra y me dijo: —Vuelva a hacer que traigan municiones”. José Miguel Carrera, General en Jefe del Ejército, en el parte enviado a la Junta de Gobierno después de la acción, señaló: “No puedo dejar en silencio el justo elogio que tan merecidamente se merece el citado O’Higgins, a quien debe contar V.E. por el primer soldado capaz por sí solo de reconcentrar y unir heroicamente el mérito de glorias y triunfos del estado chileno”.

Su valerosa actitud y los errores cometidos por Carrera en el mando del Ejército hicieron que la Junta de Gobierno, en noviembre de 1813, designara un nuevo General en Jefe, alta responsabilidad que recayó en el coronel O’Higgins. El decreto de su designación resumía el alto prestigio del joven oficial, que contaba treinta y cinco años de

edad. Se señalaba que era necesario colocar al frente del Ejército que debía decidir la suerte de la Patria y formar su futura felicidad, un oficial de valor y mérito, y hallándose estas cualidades reunidas en él, se le nombraba General en Jefe del Ejército Restaurador. Ante las dificultades generadas por el nombramiento, su mentor militar, el coronel Mackenna, le escribe: “Valor, salvad vuestra Patria (...) con que, paisano mío, no manche usted por una baja condescendencia los laureles que ha adquirido en nuestra gloriosa causa”.

El desembarco de una segunda expedición realista en enero de 1814 agregó preocupaciones al nuevo General en Jefe, escaso de tropas y sin comunicaciones marítimas debido al bloqueo de Talcahuano. Después de un rápido avance, los realistas ocuparon Talca y O’Higgins, con dos mil quinientos hombres, avanzó desde el sur para enfrentar al enemigo en los combates de Quilo y Membrillar. Había podido poner en marcha el Ejército, recorriendo grandes distancias con cañones y bagajes y manteniendo la defensa tanto en la vanguardia como en la retaguardia, ya que la fuerza había sido asediada permanentemente por ataques sorpresivos de los realistas. Las negociaciones con estos detuvieron las operaciones, pero generaron grandes tensiones entre los patriotas, especialmente por el accionar de los hermanos Carrera desde la capital, que habían apresado al coronel Mackenna y al Director Supremo, Francisco de la Lastra. O’Higgins decidió marchar al norte para enfrentar a los sublevados, encuentro que se produjo en el Combate de Tres Acequias, el 26 de agosto de 1814, el que le fue desfavorable, obligándolo a retirarse al sur con sus tropas. Simultáneamente a estas acciones, los realistas desembarcaban una nueva expedición al mando del coronel Mariano Osorio. Ante esta inminente amenaza, O’Higgins determinó que no era el momento de competencias y discordias y que debía buscarse



Últimos momentos en Rancagua

Pedro Subercaseaux | 1944 | Óleo sobre tela | 180 x 252 cm  
Colección Comandancia en Jefe del Ejército



**Batalla de Rancagua**  
Giulio Nanetti | ca. 1850 |  
Óleo sobre tela | 64 x 101  
cm | Colección Museo  
Histórico Nacional

un arreglo inmediato y definitivo a las dificultades pendientes, reuniendo las fuerzas de la Patria para salvarla de la crisis que venía. Finalmente, dejando de lado cualquier otro interés, se puso a las órdenes de José Miguel Carrera, solicitando el mando de la División Vanguardia para enfrentar al enemigo.

Las fuerzas realistas se acercaban peligrosamente a la capital y O'Higgins, con fecha 14 de septiembre de 1814, le escribía a Carrera que si el enemigo tomaba Rancagua, preveía la infeliz suerte de Chile. Insistía que las angosturas de Paine no eran suficientes para contenerlo y que había que reunir un gran ejército para salvar a Chile a costa de la sangre de todos. Decía que él serviría de edecán, ya dirigiendo cualquier división, pequeña partida o manejando el fusil. Reiteraba que para la conservación del Estado no había que perdonar clase alguna de sacrificios. Explicaba que si se aguardaba al enemigo en el llano del Maipo, dicho dispositivo era ventajoso para los "piratas" e insistía que Rancagua era el punto donde debía decidirse la suerte.

Carrera finalmente aceptó y el coronel fortificó con los escasos medios disponibles la ciudad a partir del 20 de septiembre de 1814. Con una fuerza de mil setecientos hombres y con más de diez cañones preparó trincheras en las cuatro entradas de la plaza. Con fecha 1 de octubre, Osorio iniciaba el ataque contra Rancagua casi con el triple de las fuerzas patriotas y con dieciséis cañones. O'Higgins dirigía inicialmente las acciones contra el fuerte ataque

desde la torre de la iglesia de La Merced, luego montó su caballo y al galope recorrió las trincheras infundiendo valor a sus soldados. La situación se hizo desesperada y los refuerzos prometidos por Carrera no llegaron nunca. Los realistas cortaron el agua y continuaron atacando las férreas posiciones de los patriotas. Pronto las municiones se hicieron cada vez más escasas, los incendios causaban gran calor y humo en los puntos más cercanos a la plaza, y la falta de agua agotaba a los que resistían en sus puestos de combate. Ante la situación descrita, O'Higgins decidió abandonar la plaza y no rendirse. Al frente de sus soldados se abrió paso a través de las filas realistas rompiendo el cerco y salvando a parte de sus hombres con quienes se dirigió a Santiago. Carrera decidió no resistir y Santiago indefenso cayó en poder de los realistas, iniciándose el período conocido como La Reconquista, que se extendió hasta febrero del año 1817. Tres años después de la batalla, San Martín y O'Higgins, de luto, organizan exequias especiales a los caídos en Rancagua como un homenaje de agradecimiento. El documento que las recuerda expresa en una de sus partes: "¡O Rancagua! Teatro de tanta gloria y de tanta sangre; la humanidad llorará siempre tu funesta celebridad; pero la justicia y el reconocimiento nacional eternizará la digna memoria de tus héroes"

Fueron cuatro años intensos los de la Patria Vieja para O'Higgins soldado, que de Teniente Coronel de Milicias alcanzaba el alto rango de General en Jefe. La valentía y arrojo mostrada en



**Pistola de avancarga modificada de chispa a fulminante**

Exhibida en el Museo Histórico y Militar | Colección Museo Histórico Nacional

las acciones reseñadas le generó un alto prestigio y, por sobre todo, el respeto y la admiración de sus tropas. Terminadas estas acciones se dirigió a Mendoza, donde fue recibido por el coronel San Martín, que le encargó organizar a los soldados llegados desde Chile. Cruzó la cordillera soñando en hacer el camino de vuelta por la misma cuesta de Chacabuco para reconquistar la patria añorada.

## O'HIGGINS Y LA INVASIÓN A CHILE

Después de la desordenada retirada, O'Higgins permaneció todo el año 1815 en Buenos Aires, en contacto con sus conocidos y en medio de las turbulencias políticas que allí se vivían, además conociendo de las derrotas sufridas por los patriotas en el Alto Perú y el peligro de una invasión a Buenos Aires desde España. Ya a partir de 1816, inició una gran actividad al servicio de la empresa que libertaría Chile. Desde el Cuartel de la Casa de Ejercicios en Buenos Aires mantuvo correspondencia con los líderes argentinos, recomendando a muchos patriotas emigrados desde las provincias chilenas que requerían un puesto para recuperar la independencia perdida.

En su archivo se ha encontrado el plan que propone al Gobierno argentino para liberar Chile, que titula "Plan de Campaña para atacar, destruir y exterminar a los tiranos usurpadores de Chile". O'Higgins describe con gran conocimiento los detalles geo-

gráficos de su país y también el despliegue realista, lo cual denota un gran trabajo de inteligencia. Sobre esa base, propone la invasión de Chile con cuatro divisiones: una primera por el sector de Antuco, para conquistar la costa de Arauco; una segunda, para atravesar por el boquete de Río Claro con la mayor parte de las fuerzas para ocupar Curicó y amenazar la capital; una tercera por el norte, por la cordillera de Colanqui, para ocupar Coquimbo, y una cuarta, embarcada en una flotilla para desembarcar en las Islas Mocha y Santa María para amagar Concepción, ocupando la desembocadura del río Carampangue. Insiste en mantener en forma constante una conversación con los caciques pehuenches y abajinos, para establecer una alianza con ellos y, luego, a través del bloqueo de los puertos de Talcahuano y Valparaíso, aislar Valdivia y Chiloé. Como puede verse, el General chileno no solo era un buen combatiente, sino que era capaz de hacer una detallada planificación que demostraba una visión geopolítica y estratégica bastante única en esa época, sin lugar a dudas influenciada por su educación en Europa.

En abril de ese año recibe el título de Brigadier del Ejército argentino y es destinado a servir bajo las órdenes de San Martín en Mendoza. Allí efectúa labores de Estado Mayor y se le designa como Jefe de la Comisión Militar Permanente. Pese a la resistencia del Gobierno de Buenos Aires de designar a O'Higgins como Gobernador Interino de la Provincia de Cuyo, San Martín logra finalmente que el nuevo Brigadier del Ejército argentino sea designado como su reem-

plazo en el mando militar de la provincia. Como tal se desempeñó en varias oportunidades a partir del mes de junio de 1816, dirigiendo y coordinando todas las actividades militares necesarias para la organización del Ejército de los Andes. De su correspondencia se destaca su preocupación por adquirir lo más moderno en reglamentos militares como, asimismo, para lograr la adquisición de una flota de cuatro buques bien armados, con el objeto de detener al enemigo que, en conocimiento de la invasión a Chile, querría poner a salvo sus intereses evacuando sus bienes por mar. Se sabe por sus cartas que recibió libros franceses solicitados, entre los que se encontraban: *Instrucción concerniente a las maniobras de Caballería* en dos tomos, *Reglamento concerniente al ejercicio y las maniobras de Infantería*, impreso en 1813, y el *Arte General de la Guerra*.

Durante este período, O'Higgins se encargó de escribir permanentemente a Chile para conseguir que aquellos vecinos aún indecisos se plegaran a la causa de la independencia y recabar información sobre las rutas para el cruce de la cordillera.

A partir de septiembre de 1816, se trasladó junto al Ejército de Los Andes al campamento El Plumerillo, a cuatro kilómetros y medio al norte de Mendoza. Allí, los ejercicios fueron intensos y desarrollados en largas y exigentes jornadas, hasta que las tropas alcanzaron la preparación requerida en enero de 1817. Eran cuatro batallones de infantería, un regimiento de caballería y las dotaciones para la artillería, que sumaban cerca de cuatro mil setecientos hombres. El brigadier O'Higgins fue designado como Comandante de la Segunda División, unidad que debería cruzar la cordillera en el

esfuerzo del centro, por el Paso de los Patos, en forma simultánea con las columnas que lo harían por el norte y por el sur. La Segunda División inició su marcha el 19 de enero, cruzando la cordillera a una altura de tres mil seiscientos metros, que logró alcanzarla el 2 de febrero, después de un desplazamiento de más de doscientos cincuenta kilómetros. O'Higgins arribó a Putaendo el 7 de febrero, donde pronunció una encendida proclama, señalando:

Compatriotas y amigos. Renazca en vosotros el sagrado fuego de la libertad. Me restituyo por fin al suelo patrio... La dulce patria, el hermoso Chile vuelve a ocupar el rango de nación... Corred hacia nosotros a participar de la gloria de nuestros hermanos... Chilenos, yo os juro morir o libertaros.

Al día siguiente, el Ejército ya estaba concentrado en San Felipe y el día 11, al anochecer, San Martín ordenó el avance de sus tropas a Chacabuco. Al mando de O'Higgins marchaban mil trescientos cincuenta hombres del Batallón de Infantería N°7 y N°8, más dos cañones y dos escuadrones de Granaderos a Caballo, que avanzarían por la cuesta vieja, por el camino más corto y accidentado para llegar a Chacabuco, mientras la Primera División, al mando del brigadier Estanislao Soler, lo haría por la cuesta nueva, para caer a las espaldas de las fuerzas que defendían la entrada a la capital. El parte de la batalla que remite el general San Martín retrata claramente la decidida actuación del comandante de la Segunda División señalando:



San Martín y O'Higgins pasando Los Andes

Julio Vila y Prades | 1910 | Óleo sobre tela | 320 x 396 cm  
Colección Museo Histórico y Militar



**Batalla de Maipú**  
Theodore Gericault | 1819  
| Litografía | Colección  
Museo Histórico Nacional,  
Buenos Aires

La resistencia que nos opuso el enemigo fue vigorosa y tenaz; se empeñó desde luego un fuego horroroso y nos disputaron por más de una hora la victoria con el mayor tesón. Verdad que en este punto se hallaban 1.500 infantes escogidos, que eran la flor de su ejército, y que se veían sostenidas por un cuerpo de caballería respetable. Sin embargo, el momento decisivo se presentaba ya. El bravo brigadier O’Higgins reúne los batallones 7 y 8, al mando de los comandantes Cramer y Conde, forma columnas cerradas de ataque y con el 7 a la cabeza carga a bayoneta sobre la izquierda enemiga. (...) sin el auxilio que me han prestado los brigadieres Soler y O’Higgins la expedición no habría tenido resultados tan decisivos. Les estoy muy reconocido.

El general José María de la Cruz, que participó activamente en la batalla al mando de O’Higgins, sostiene años después que a su juicio, el hecho de armas en que más se destacó fue Chacabuco, no solo por la inferioridad de fuerzas con las que emprendió el ataque, sino por el decidido arrojo y tino con que lo ejecutó; como asimismo por sus grandes resultados. Sostiene: “Puedo asegurar esto y dar razón de esta jornada, porque me ocupó el honor de haber asistido a ella en clase de ayudante de campo y la suerte de haberse impartido por mi conducto las órdenes de todas las operaciones, pues los otros dos ayudantes habían sido mandados a retaguardia en busca de artilleros y reserva”. Años más tarde, el propio O’Higgins, ante las acusaciones recibidas por su comportamiento temerario en dicha batalla, señaló:

Ellos ignoran el juramento que hice durante treinta y seis horas de combate en Rancagua, ellos no sabían que los clamores y ruegos que diariamente ofrecía a los cielos desde aquel aciago día hasta el 12 de febrero de 1817... y si mis acusadores hubiesen conocido estas cosas y experimentado sus tormentos, entonces habrían comprendido mis sentimientos de ponerme a la cabeza de mi brava infantería y usando de mis voces del Roble y Rancagua, cuando exclamé “Soldados, vivir con honor o morir con gloria, el valiente siga mi marcha, columnas a la carga”.

**O’HIGGINS Y LA PATRIA NUEVA**

El primer gran desafío de Bernardo O’Higgins durante este período fue su designación como Director Supremo y todo lo que ello significaba. En palabras de Francisco Ruiz Tagle, Gobernador político Interino del Reino de Chile: “Es incumbencia de Su Excelencia designar el sistema de gobierno que observará: si la dictadura que es el que más conviene en estos momentos o si la república absoluta, todo lo cual deberá comunicarnos para anunciarlo al pueblo libre y entregar a la brevedad posible la suma del poder a V.E. con que mis conciudadanos me han investido interinamente”. En su primera proclama a los chilenos, O’Higgins señaló su profundo reconocimiento a los amigos hijos de las Provincias de la Plata por haber recuperado la libertad usurpada por los tiranos. Y termina diciendo:

Yo exijo de vosotros aquella confianza recíproca, sin la cual el Gobierno es la impotencia de la autoridad, o se ve forzado a degenerar en despotismo. No perder los laureles adquiridos con tanto sacrificio. Resolverse a no existir, antes que dejarse oprimir otra vez del bárbaro español. Que perezca el último ciudadano en la defensa del precioso suelo que vio la primera luz, y un reconocimiento eterno a los libertadores. Un celo activo por la justicia y el honor. Un odio irreconciliable a los maquinadores de nuestra esclavitud. He aquí los sentimientos de vuestro director, y los que han de ser vuestro cáncer si hemos de ser libres. Cooperad y seréis el ejemplo de la gratitud, el terror de la tiranía y la envidia de la paz.

El enemigo seguía presente en Chile y se reorganizaba en el sur, y pronto le llegarían refuerzos desde Lima y España. Había que evitar la resistencia y para ello se requería un nuevo Ejército, tarea a la que se aplicó con tesón el Director Supremo, colocándose al mando de las unidades apenas pudo, para liderar personalmente las acciones. Así se crearon las primeras unidades de infantería, artillería y caballería, y la Academia Militar para la instrucción de oficiales, sargentos y cabos con los conocimientos necesarios para las maniobras de batallón y escuadrón. En el decreto de creación de la Academia, actual Escuela Militar, estampó la famosa frase que hoy luce en el frontis de ella: “De esta Academia Militar depende el futuro del Ejército y de este Ejército el futuro de la Patria”. Los



**Batalla de Chacabuco**  
Theodore Gericault | 1819  
| Litografía | Colección  
Museo Histórico Nacional,  
Buenos Aires

sucesos inmediatamente posteriores a su creación mostrarían cuan acertada había sido su aseveración.

A partir del 16 de abril de 1817, entregó el mando político y se dirigió a Concepción con una división de refuerzo asumiendo el mando de las operaciones, y asaltó sin éxito las fortificaciones de Talcahuano en diciembre del mismo año. Santiago recibía con estupor el fracaso de dicha acción y conocía el desembarco de refuerzos importantes de los españoles al mando de Mariano Osorio. O’Higgins y San Martín decidieron replegarse hacia el Maule desde Concepción, junto a cientos de familias que emigraron hacia el norte. Se dispuso la política de la tierra arrasada. La idea de O’Higgins era privar de recursos a los realistas, quienes solo encontraron los vestigios de cosechas, se sacaron animales y caballos, se quemaron las haciendas y todo lo que no se pudiera llevar. El avance de los realistas continuó imperturbable, cruzaron el río Maule mientras los patriotas se organizaban cerca de la ciudad de Talca en las llanuras de Cancha Rayada. Una audaz maniobra de Osorio sorprendió a los patriotas la noche del 19 de marzo de 1818. Uno de los batallones, el Carampangue, recibió de lleno el ataque enemigo y bajo el mando de O’Higgins resistió con valor esperando que este se acercara para hacer fuego con todas las armas disponibles. El caballo que montaba cayó de un balazo mientras su jinete recibía otro en su brazo derecho. Los patriotas se dispersaron en una confusa retirada hacia el norte. Santiago se encontraba en un serio peligro.



Abrazo de Maipú

Pedro Subercaseaux | 1908 | Óleo sobre tela | 240 x 200 cm  
Colección Museo Histórico Nacional Buenos Aires

El brigadier chileno, desoyendo las advertencias de los médicos, galopó toda la noche hasta Rancagua. En carta a San Martín le dice: “he venido a encontrar este pueblo enteramente saqueado y sin más habitantes que la familia de la casa en que estoy alojado. Nuestros malvados soldados se han robado todos los papeles y equipajes del Estado Mayor y oficiales del ejército...”, señalando finalmente: “Mi brazo va así pero será por muy pocos días, apuraremos la cura para volver a vernos con los matuchos”. Desde ahí un coche lo llevó a la capital. Se preguntaba José María de la Cruz, testigo presencial de los hechos: “Quién podría presumir que los vencedores de Chacabuco y que asaltaron con tanto denuedo las trincheras de Talcahuano fueran dispersos y derrotados cuasi sin recibir una bala del enemigo?”. Y se respondía: “¡Ello es que así sucedió!”. De vuelta en Santiago, la actividad de O’Higgins no decreció en ningún momento, había que preparar la capital para la defensa y dispuso con claridad las medidas convenientes. La situación no era fácil y tuvo que despachar una fuerza de doscientos hombres hacia Valparaíso para aplacar cualquier intento reaccionario. El Ejército logró reconstituirse después del desastre relatado y se encontró preparado para enfrentar a Osorio y sus tropas en el llano de Maipú. Su labor fue infatigable para organizar la defensa de Santiago mismo. A causa de la fiebre, bebía enormes cantidades de agua para intentar bajar la temperatura. Mandó construir anchas fosas en todas las bocacalles que daban hacia los suburbios y acantonó patrullas de milicianos en las casas vecinas para que defendieran esos pasos. Revisaba diariamente a las tropas apostadas en los contornos de la ciudad y las reunidas en los cuarteles para concurrir a los puntos que fuera necesario defender. Ante el temor que fuera capturado, San Martín lo conminó a replegarse al campamento del ejército. El

Director Supremo contestó: “Eso no. Yo debo quedar aquí, y si el enemigo nos ataca, me hallará en mi puesto”. El 5 de abril, día de la batalla de Maipú, estaba postrado en cama debido a la incesante actividad desarrollada el día anterior. En cuanto se confirmó que la batalla se desarrollaría en pocas horas, pidió ayuda para vestirse y ordenó reunir en la Plaza de Armas a todas las tropas disponibles y pasó revista a las diez de la mañana. Pese a la fiebre, fue incapaz de soportar por más tiempo la espera y con voluntad resuelta de participar en la batalla, decidió avanzar hacia los llanos de Maipú. Las tropas con que contaba formaban un grupo heterogéneo, muchos de sus hombres tenían escasa instrucción militar, la mayoría eran solo simples milicianos sin más armas que sus lanzas; pero se veían animosos, a pesar de su discutible valor combativo. Antes de partir, arengó a las tropas que marcharían con él, infundiéndoles el espíritu necesario: “Pertenezco a vuestro cuerpo y moriré a vuestra cabeza”. Los jóvenes cadetes de la Academia Militar se negaron a quedarse en la capital y conformaron su guardia. Más tarde recordaría: “80 muchachos imberbes, tan ágiles como el viento... colegiales, a quienes el mismo Lautaro reconocería como compañeros de armas, salieron presurosos de las aulas, no con el propósito de huir a través de los Andes, sino a tomar las armas, las que solicitaron de un modo que no pudo ser rehusado”. Casi dos mil hombres tenía la división con que O’Higgins concurrió a las postrimerías de la batalla y montado a caballo se aproximó a San Martín exclamando: “Gloria al salvador de Chile”, y este le respondió emocionado: “General, Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que el día de hoy se presentó al campo de batalla en ese estado”.

Con esta batalla la historia de Chile daba un giro y su Director Supremo dejaría la primera línea de combate para organizar tantos



**Bernardo O'Higgins**  
José Gil de Castro | 1825  
| Óleo sobre tela | 76 x 58  
cm | Destruído el 11 de  
septiembre de 1873 en el  
Palacio de La Moneda

detalles de la república independiente y continuar con el esfuerzo de conseguir la libertad de América del yugo español. Su figura estaba en la mente y el corazón de sus soldados, pese al fracaso en Talcahuano y el desastre de Cancha Rayada, su grave herida en el brazo, su espíritu no se amilanó y allí estuvo arengando a los suyos, organizando la defensa de la capital junto a ellos y demostrando con su ejemplo a la cabeza de sus tropas que no era posible volver a caer bajo el dominio de los invasores.

### O'HIGGINS CAPITÁN GENERAL

Después de Maipú, la resistencia realista continuó en el sur, lo que obligó a medidas militares inmediatas, destinadas a mantener el contacto con las unidades dispersas hasta lograr su destrucción o presionarlas para que abandonaran el país. El control del mar era un desafío que había que enfrentar, porque por esta vía podrían llegar nuevos refuerzos para una segunda reconquista. En su concepción estratégica no podía dejar de lado este desafío y el nombramiento de Manuel Blanco Encalada como Comandante General del Departamento de Marina, la creación de la Escuela Naval y la formación de la Primera Escuadra Nacional, hablan por sí mismo de su empeño y realización. “Considerando cuán importante es para hacer cada día impenetrable el baluarte de la libertad de América, el fomentar una marina hasta ponerla en un pie brillante que asegure

las defensas de las costas del Estado de Chile contra las tentativas de nuestros enemigos”, según rezaba el decreto de creación de la Escuela Naval bajo su firma, demostrando su espíritu americanista y la clara importancia que le daba al dominio del mar. Cinco buques conformaron la Primera Escuadra Nacional, cuyos nombres llenos de significado abrirían la puerta para conseguir finalmente la consolidación del territorio nacional y emprender más tarde la Expedición Libertadora del Perú. El navío *San Martín*, en honor al general que comandó las fuerzas del Ejército de los Andes, la fragata *Lautaro* y el bergantín *Araucano*, honrando la impronta guerrera del pueblo mapuche como parte integral de lo chileno, la corbeta *Chacabuco*, recordando el gran triunfo que ayudaría a consolidar la independencia, y el bergantín *Pueyrredón*, en gratitud al gobernante trasandino, aliado fundamental en la empresa iniciada y sin concluir todavía. De este modo, O'Higgins entendía el valor de la tradición, el orgullo nacional y la importancia estratégica de la alianza. Las campañas navales se sucedieron bajo su Gobierno con la captura de buques, expediciones a las costas peruanas y la toma de Corral y Valdivia.

En tierra, las campañas militares continuaron exigiendo un gran esfuerzo de organización, logística y creación de nuevas unidades para sofocar la resistencia de los insurgentes realistas que pululaban en el sur. Entre sus iniciativas más señeras, se cuentan la creación del Estado Mayor del Ejército en 1820, con el objeto de lograr la mayor eficiencia en los asuntos militares.



Las ideas estratégicas que habían iluminado la reconquista de Chile seguían vigentes y claras en la mente del Director Supremo, quien lleno de entusiasmo escribió a San Martín en mayo de 1819: “Todo se nos procura para disponer una expedición a las costas del Perú. El dinero, el alma de todas las cosas, nos vendrá de suficiente cantidad. Véngase usted, pues aquí lo dispondremos todo y llevaremos la guerra al Perú”. Y así fue, después de un largo proceso, O'Higgins y San Martín pasarían revista a las tropas que participarían en la expedición, una fuerza superior a los cuatro mil hombres, compuesta por tres batallones de infantería de Chile, tres batallones del Ejército de los Andes y fuerzas de artillería y caballería de ambos ejércitos. Una escuadra de siete buques armados con doscientos treinta y tres cañones y tripulados por cerca de dos mil hombres llevaría la expedición a las costas peruanas, bajo el mando de Lord Cochrane. El zarpe se produjo el 20 de agosto de 1820 y O'Higgins, orgulloso de lo logrado, se dirigió a todos los chilenos proclamando:

Compatriotas: Ayer ha zarpado de este puerto la Expedición Libertadora al Perú. Yo he tenido la satisfacción de llenar por mi parte las esperanzas de América y quizás los deseos del mundo, porque los resultados de esta empresa serán trascendentales a todos los hombres. Ya he cumplido los grandes deberes que me imponía la suprema magistratura de la República.

Los esfuerzos combinados de O'Higgins y San Martín, a los que se suman los de Bolívar y Sucre, culminaron exitosos con la independencia del Perú y la creación de Bolivia. En agradecimiento a su gran labor en beneficio del Perú, el Director Supremo de Chile fue nombrado Gran Mariscal del Perú en noviembre de 1821 y al año siguiente el Congreso peruano dejó constancia de sus servicios. Cuando abdicó la Dirección Suprema a inicios de 1823, manifestó: “Siento no depositar esta insignia ante la Asamblea Nacional, de quien la había recibido; siento retirarme sin haber consolidado las instituciones que ella había creído propias al país y que había jurado defender; pero llevo al menos el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominación extranjera, respetado y cubierto de glorias por sus hechos de armas...”.

Así terminaba sus servicios a la independencia de Chile y Perú el ahora ciudadano Bernardo O'Higgins. Entregado el mando de la nación viajó con su familia al Perú, país que lo acogió con particular simpatía y generosidad al recibir dos haciendas: Cuiba y Montalbán, como reconocimiento a sus servicios. Su espíritu militar y su visión estratégica no decayó; su nutrida correspondencia y sus actividades en el Perú hablan de un hombre con alma de soldado y en sus letras pueden reconocerse ideas para mantener la independencia de América y desarrollar las nuevas repúblicas.

### La Escuadra Libertadora del Perú

Thomas Somerscales | 1912  
| Óleo sobre tela | 460 x 550  
cm | Salón de Sesiones de la  
Cámara de Diputados

## CAPÍTULO III

# O'HIGGINS, EL GOBERNANTE

Rafael Sagredo Baeza\*



\* Rafael Sagredo Baeza, Doctorado en Historia por el Colegio de México, académico del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional. Autor y coautor de textos sobre historia de Chile y América, entre ellos: *Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (2010), *Historia mínima de Chile* (2014) y *La política en el espacio. Atlas histórico de las divisiones político-administrativas de Chile. 1810-1940* (2017). Actualmente, está desarrollando una investigación sobre los científicos y la demarcación fronteriza entre Argentina y Chile, para comprender la obra intelectual de J.T. Medina en el contexto del americanismo entre el XIX y el XX.

*“Sé que en mi vida pública no he dejado de ser hombre, y debo haber errado, aunque no de intención”*  
Manifiesto a los pueblos que dirige,  
Palacio Dictatorial, 31 de agosto de 1820

Acostumbrados a las representaciones de Bernardo O'Higgins asociadas a las luchas de la época de la independencia como Padre de la Patria, la mayor parte de ellas dramáticas, épicas y gloriosas, pues forman parte de las gestas fundantes de la república y la nación, se olvida la condición de jefe de Estado que el estadista asumió todavía en medio de la lucha militar contra España. Una dimensión indispensable de conocer en sus rasgos esenciales, pues su administración fue la que inauguró realmente la existencia republicana e independiente de Chile, delineó algunas de las principales instituciones de su organización política y, sobre todo, proyectó el futuro de la comunidad que entonces se organizaba como Estado soberano.

Como Director Supremo de Chile, nombre que las circunstancias del momento en que asumió la jefatura del Estado y el Gobierno explican, O'Higgins debió enfrentar el desafío de comenzar a ejercer el poder dando forma a un nuevo régimen y entidad política, la república de Chile. Tarea muchas veces postergada por las atenciones que la guerra independentista demandaba del militar, que buscaba asegurar también la independencia, pero que no por ajena a los sucesos espectaculares y gloriosos debe olvidarse si se quiere comprender cabalmente la figura del prócer en estos afanes devenido en gobernante, político y estadista, según sea la perspectiva a través de la cual nos acerquemos a su administración y la evaluación que se haga de ella.

Rasgo fundamental de su obra gubernativa fue la de iniciar la organización y la estructuración de las entonces poco conocidas, y menos implementadas, instituciones propias de una república independiente y de un Estado autónomo, como lo son la administración pública y el conjunto de normas esenciales para su funcionamiento. Todo en medio de una angustiante situación económica, la amenaza

militar española, la oposición de la Iglesia, el recelo de las elites y el malestar social provocado por la situación que todos los elementos señalados provocaban. En este contexto, los primeros esbozos de una Hacienda Pública y de una legalidad republicana, incluidas las instituciones y funcionarios indispensables para su organización y funcionamiento, como los institutos armados, representan el legado del O'Higgins estadista. También las disposiciones relacionadas con las instituciones culturales y las relativas a las representaciones simbólicas de la nueva entidad política, todas apreciadas entonces esenciales para asegurar la independencia nacional.

### LOS DESAFÍOS DE LA ORGANIZACIÓN REPUBLICANA

El proceso de independencia nacional no solo implicó la lucha por la libertad, igualmente importante fue la tarea de organizar la nueva república que nacía. Entre 1810 y 1833, Chile vivió años de formación y aprendizaje políticos. Años de ensayos, de diversos intentos por delinear la nueva realidad política que se vivía: la de una nación independiente que luchaba por dar forma al Estado.

Diversos problemas debieron enfrentar los organizadores de la república para realizar su obra: la caótica situación económica provocada por las campañas militares que arrasaron con la riqueza nacional; la dificultad para aplicar en el país los ideales liberales y republicanos debido a la falta de formación política de los nuevos ciudadanos; la inexperiencia política de quienes ejercían el poder; la agitación política y social motivada por la miseria existente; la acción de la Iglesia y de la aristocracia conservadora que, descontentas con el carácter liberal e igualitario de las

Escudo de la bandera de la Transición del Director Supremo Bernardo O'Higgins

1819 | Seda | Colección Museo Histórico Nacional



reformas, se transformaron en factores de inestabilidad. En fin, gobernar en una época de trastornos, de cambios, de múltiples conflictos, de ensayos que muchas veces no contribuyeron a resolver los problemas existentes.

Los ideales surgidos de la evolución del liberalismo político y materializados en la Revolución Francesa fueron, desde el comienzo de su vida independiente, los principios a los que los organizadores de la república buscaron adecuar las nuevas instituciones políticas y sociales. Los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad calaron en el espíritu de los patriotas. En ese sentido, la independencia nacional fue un proceso igualador, que aceleró la disolución de la sociedad jerárquica y de privilegios existente durante el período colonial. Provocando en ocasiones la dura resistencia de los que se creían perjudicados con las nuevas políticas, en particular los sectores aristocráticos.

Los protagonistas de la organización nacional, militares e intelectuales que no pertenecían a la más rancia aristocracia, fueron apasionados defensores de la formación de una república, de la división de poderes, de la soberanía popular y del respeto de los derechos individuales. Demostrando una confianza desmedida en el poder de la ley, creyendo que esta por sí sola transformaría la realidad social existente y acabaría con los vicios de la población. Los gobernantes de la época, entre ellos O'Higgins, dictaron una serie de normas en las cuales plasmaron sus ideales y concepciones polí-

ticas, muchas de las cuales persisten hasta el día de hoy y forman parte de la tradición republicana nacional.

Un ejemplo es que entre 1810 y 1833 se dictaron un gran número de constituciones y normas jurídicas, muestra del claro afán constitucionalista que animaba a los estadistas que fundaron la república. Independizados de la monarquía, la majestad de la ley reemplazó al dogma de la majestad real vigente hasta entonces. La constitución, ley fundamental, fue la base sobre la cual se levantó la nueva república, y a ella se debían someter tanto gobernados como gobernantes.

Pero hacer prevalecer el imperio de la ley no fue el único desafío. En particular, el Gobierno de O'Higgins debió hacer frente también a los intereses regionales, como los de la provincia de Concepción, siendo, por tanto, su administración la que finalmente logró imponer la idea de un Estado unitario, el que en medio de la amenaza militar realista representó como condición de un país soberano. Expresión de la relevancia que entonces tenía este asunto es la proclama que en abril de 1817 dirigió desde Talca a los habitantes de Concepción, anunciando su próxima llegada para hacer frente a los españoles. En ella escribió: "Es preciso unirnos, concentrar el poder, sacrificar el interés privado y las pasiones mismas al sostén general de la nación. Chile es una gran familia; ni uno solo de sus pueblos puede separarsele". Principio vigente desde entonces y hasta la actualidad.



Lord Cochrane  
1809 | Ackermann's  
Repository

Luego del triunfo en Chacabuco en febrero de 1817, un Cabildo Abierto entregó el poder a Bernardo O'Higgins con el título de Director Supremo Interino del Estado y con facultades omnímodas. El período durante el cual desempeñó el poder, y que se prolongaría hasta enero de 1823, fue esencial en el proceso de separación de la metrópoli, aunque también en la estructuración del Estado republicano. Desde el momento de su nombramiento, O'Higgins hizo saber que el principal objetivo de su Gobierno sería asegurar, sin trepidar en medios para lograrlo, la independencia de Chile. Conservar la unidad de los patriotas y escarmentar y abatir a los realistas fueron algunas de sus principales preocupaciones como gobernante y explican algunas de sus drásticas medidas. Muchas de las cuales le fueron enajenando el prácticamente unánime apoyo ciudadano con que inició su mandato.

En el ámbito militar, el triunfo en la batalla de Maipú aseguró la independencia nacional. Para afianzar la emancipación y contribuir a esta causa en el antiguo virreinato, se organizó la Expedición Libertadora del Perú. Comandada por Lord Thomas Cochrane y José de San Martín, la expedición militar logró su objetivo en julio de 1821. Un gran mérito cabe a O'Higgins en una empresa que se materializó a pesar de las extremas y angustiantes condiciones económicas y sociales existentes entonces.

En Chile, la lucha militar continuaría todavía por algunos años. Los españoles ocupaban Chiloé y Valdivia, y gran parte de la provincia



Bernardo O'Higgins Director Supremo de la República Chilena. Capitan General de 1.º Primer Almirante de sus Esquadras. Presid. del Consejo de la Legion de Mérito, y Grande Oficial de ella & &.

#### Bernardo O'Higgins

José Gil de Castro | 1820 | Óleo sobre tela | 137 × 205 cm  
Colección Museo Histórico Nacional

de Concepción. Si bien no tenían la capacidad militar para reconquistar el territorio, sus fuerzas eran considerables y provocaron encarnizados y crueles combates. El conflicto comenzó a definirse en favor de los patriotas en febrero de 1820, cuando Lord Cochrane logró tomar la plaza de Valdivia. Nuevos triunfos y la captura de algunos de los más importantes cabecillas de la resistencia permitieron alcanzar, en 1826, la victoria definitiva al desembarcar las tropas chilenas en Chiloé, el último bastión realista en territorio nacional.

#### LA INSTITUCIONALIDAD POLÍTICA

La situación en que O'Higgins asumió el poder, en medio de la lucha contra los españoles, explica que lo hiciera como Director Supremo, una designación que alude a que una sola persona domina y ejerce el poder en un régimen de contornos imprecisos y apremiado por urgencias militares. Su condición de interino alude a la conciencia de que se trataba de una situación excepcional. La institución había sido establecida con anterioridad en el "Reglamento para el Gobierno provisorio", sancionado el 17 de marzo de 1814, donde las llamadas críticas circunstancias del día "obligaron a concentrar el Poder Ejecutivo en un individuo, con el título de Director Supremo, por residir en él las absolutas facultades que ha tenido la Junta de Gobierno en su instalación de 18 de septiembre de 1810". Realidad que en 1818 se mantenía, como lo ratifica que la constitución política promulgada aquel año estableciera que "el Supremo Director del Estado ejercerá el Poder Ejecutivo", y que el gobernante creyó necesario recordar cuando en agosto de 1820, y próximo a cumplirse diez años de la que entonces llamó "nuestra revolución gloriosa", dio

a conocer el *Manifiesto del Capitán General del Ejército don Bernardo O'Higgins a los pueblos que dirige*. Entonces rememora que había llegado al poder por "aclamación", y que "desde un principio se me encargó la Dirección Suprema sin limitación de facultades, al modo que Roma libre en los momentos de mayor crisis ocultaba bajo un velo las tablas de la ley, y confiaba el poder absoluto a un Dictador".

El documento muestra la conciencia que O'Higgins tenía de las circunstancias de su mandato y de lo excepcional de la situación, la que, escribió, "lejos de halagarme ni de querer conservarla, mandé hacer una Constitución Provisoria, que circunscribiese mis atribuciones", pretendiendo avalar así sus afanes por institucionalizar la existencia republicana de una "nación" en su "infancia", y establecer un marco jurídico al ejercicio del poder, lo que terminó siendo una constante en la historia republicana de Chile. Aunque en ocasiones su propia administración terminó siendo considerada una de las excepciones que han existido a lo largo de más de doscientos años.

El texto constitucional al que O'Higgins aludía entregó al Director Supremo amplias atribuciones, sin fijar una fecha precisa para el término de su mandato; estableció la existencia de un Senado cuyo acuerdo era necesario para, entre otras materias, imponer contribuciones, declarar la guerra, emprender obras públicas o establecer alianzas internacionales; organizó tribunales de justicia, delineando el futuro poder judicial; consagró la existencia de tres ministerios: Interior, Hacienda y Guerra; y estableció una división político-administrativa compuesta de tres provincias: la capital Santiago, Concepción y Coquimbo. La Constitución garantizó también la libertad individual, la igualdad civil, la libertad de opinión y el derecho de propiedad. Estableció además los deberes



**Escribanía con la columna de la libertad**

Chile | 1820 | Plata repujada y cincelada | 24,5 cm | Colección Museo Histórico Nacional

del Gobierno, entre los cuales se destaca la obligación de aliviar la miseria de los desgraciados, proporcionándoles los caminos de la felicidad y prosperidad, lo que constituye un principio muy avanzado para la época.

En su balance de lo avanzado durante su administración entre 1817 y 1820, además de los conocidos triunfos militares, O’Higgins recordaba que “fue mi primera atención establecer una Academia militar”, pues conocía que sin fuerza armada el Estado quedaría expuesto: “al encono de España o a las aspiraciones de un aventurero”. También que había restablecido los “Tribunales” y “Oficinas” y hecho “nombramientos de Empleados” con el propósito de contribuir al que llama “arreglo de lo interior”, es decir a la organización de la administración de justicia y de la burocracia estatal y pública, advirtiendo a los inquietos que “la perfección en todos los ramos de la administración es obra de la paz y de las luces”.

### EL EJERCICIO DEL PODER

Reflejo de la situación que vivía la llamada patria luego del triunfo de Chacabuco, la primera ley firmada por O’Higgins, el 16 de marzo de 1817, fue la que creó la institución para la formación de los militares. Estableció sus objetivos, su reglamento y su forma de organización.

A ella siguió la que prohibió el uso de armas e insignias de nobleza y, el mismo mes de marzo, la que asignó pensiones a las madres y viudas de los vencedores de Chacabuco. Todas impuestas no solo por las necesidades del momento, también por los principios que guiaban la nueva administración, como los relacionados con los méritos de los ciudadanos y patriotas, y la gratitud para con los que se habían sacrificado por la libertad de la nación.

Les siguieron, como a lo largo de todo el período gubernamental, las destinadas a fomentar las producciones locales, entre ellas de tabaco, y las tendientes a obtener recursos fiscales para hacer frente a las necesidades de la Hacienda Pública. Todas entremezcladas con las que persiguieron el objetivo de erradicar las antiguas instituciones y consolidar la nueva comunidad a través de símbolos propios, como la abolición de los títulos de nobleza, la introducción de un nuevo sello para la moneda nacional, la adopción de un escudo de armas de la patria, la sustitución en las informaciones judiciales de la denominación “español” por la de “chileno”, y la disposición que entregó la ciudadanía a los “naturales” del territorio, los que desde marzo de 1819 debían ser “llamados ciudadanos chilenos y libres como los demás habitantes del Estado”.

Condicionado en todas sus facetas por la lucha militar por la independencia que debió enfrentar, O’Higgins, sin embargo, pudo emprender iniciativas de orden administrativo para encarar los



**Sahumador sobre salvilla, con los motivos del Escudo de 1819**

Chile | 1819 | Plata repujada y cincelada | 27 x 12 x 17 cm | Colección Museo de Artes Decorativas

desafíos coyunturales, pero también para establecer algunas bases fundamentales del Estado republicano.

Entre los primeros actos del Gobierno, estuvieron también los destinados a evitar los conatos contrarrevolucionarios de los españoles, como por ejemplo la creación de tribunales de justificación, o vindicación, ante los cuales había que explicarse por las actuaciones pasadas. También se procedió al secuestro de las propiedades de los considerados enemigos, se apresó a los realistas más exaltados y se determinó enviar a Mendoza al obispo de Santiago y a algunos canónigos opuestos al nuevo régimen.

Muestra del afán por normalizar y regularizar la administración pública y dotarla de autoridades afines al nuevo régimen, antes de cumplir un mes en el poder, a fines de febrero de 1817, el Jefe de Estado dispuso el nombramiento de dos comisiones para la organización de los gobiernos subalternos, las que debían salir por las villas y lugares del norte y sur con el objetivo también de proponer personas de acendrado patriotismo, probidad y justificación notoria, para desempeñarlos. Los subdelegados y jueces que fuesen nombrados por la comisión, se dispuso, debían comenzar a ejercer inmediatamente sus funciones, aun sin esperar la confirmación del Gobierno. Mientras se cumplía con esta disposición, numerosos decretos emanados del poder ejecutivo resolvían sobre las más diversas materias relacionadas con cargos públicos, desti-

naciones militares, providencias para identificar los empleados del Estado e instrucciones sobre la administración de correos y el uso del papel sellado.

En una resolución juzgada indispensable para garantizar la existencia como nación libre, se procedió a organizar el Ejército de Chile y junto con la instrucción de los primeros cuerpos, se comisionó a la academia recién establecida formar “militares ilustrados y verdaderos ingenieros, dotados de conocimientos técnicos en matemáticas, fortificación, ataque y defensa, artillería y si era posible, náutica”, escribió O’Higgins en alguna oportunidad. Mientras todo esto ocurría, fuerzas patriotas marcharon contra los realistas en diferentes puntos del territorio y se trajo de regreso a los patriotas apresados en Juan Fernández durante la Reconquista. Conscientes de la necesidad de dotarse de naves que garantizaran la independencia, se envió agentes para adquirir buques y equipos en los Estados Unidos e Inglaterra.

Inspirado en los ideales igualitarios del movimiento emancipador, el Gobierno dispuso también la supresión de los escudos de armas y de los signos que distinguían la nobleza. Era la idea de la Igualdad que había triunfado en la Revolución Francesa, con la que se estipulaba que a partir de entonces “debe el individuo destacarse solamente por su virtud y sus méritos”. También se abolieron títulos y dignidades, símbolos de abolengo, como condes, marqueses, nobles o caballeros. Junto con la promoción de una nueva educación,

O'Higgins promovió la inmigración, afirmando, cuando comunicó la noticia de la independencia a los Estados extranjeros, que “después de haber sido restaurado el hermoso país de Chile, es mi deber anunciar al mundo un nuevo asilo en su suelo a la industria, a la amistad y a los ciudadanos de todas las naciones del globo”.

En medio de las campañas militares que lo obligaron a trasladarse a la provincia de Concepción, O'Higgins, durante su tránsito hacia el sur, fue disponiendo numerosas medidas destinadas a regularizar la administración pública, a través del nombramiento de autoridades de confianza; favorecer la producción de especies agrícolas, como el tabaco; adquirir pertrechos militares en Europa; ordenar la reapertura de escuelas, la habilitación de un hospital o, indispensable, despachar los numerosos asuntos de gobierno que demandaban su atención a través de la redacción de memorias para su representante en Santiago. A cargo de Hilarión de la Quintana, como delegado político y militar, el Gobierno avanzó importantes resoluciones, como el funcionamiento del Ministerio de Hacienda, la acuñación de moneda con el sello nacional, la creación de la legión al mérito, la reforma del ramo de policía de las ciudades y la promoción del tráfico comercial. A todas las anteriores se sumó la iniciativa de O'Higgins de comunicar a las potencias extranjeras el nacimiento del nuevo Estado de Chile, escribiendo a cada una de las elegidas de acuerdo a sus circunstancias particulares para persuadirlas de apoyar la causa patriota, invitarlas a comerciar o estimular la llegada de sus nacionales. Expresiones de la nueva condición de Chile fueron también la creación de símbolos patrios, como la bandera y un escudo de armas, y sobre todo la proclamación y jura de la independencia en febrero de 1818. Una declaración afianzada por las armas en la batalla de Maipú.

Sufriendo los sinsabores y resquemores provocados por el fusilamiento de los hermanos Carrera, el Gobierno continuó con su obra política, administrativa y de organización. Entre las iniciativas tomadas está el encargo hecho a una comisión de elaborar un texto constitucional provisorio, que “arreglase los diversos poderes, señalase los límites de cada autoridad y estableciese de modo sólido los derechos de los ciudadanos”, lo que se materializó en la Constitución de 1818. También se mejoró la imprenta del Estado, se dejó libre de todo derecho de importación la introducción de libros, así como la conducción por el correo de los periódicos y libros. Todas medidas destinadas a propagar el conocimiento y la cultura. La necesidad de contar con un periódico que ilustrara a la ciudadanía explica la fundación de la *Gaceta del Supremo Gobierno de Chile*.

Las medidas tendientes a la organización de la primera Escuadra nacional, indispensable para asegurar la independencia con la derrota de los españoles concentrados en el Virreinato del Perú, fue una de las preocupaciones fundamentales de O'Higgins desde 1818 en adelante. Una tarea culminada con éxito y con triunfos en territorio peruano que contribuyen a valorar su administración como gobernante. Y que se suman a las victoriosas campañas emprendidas en el territorio nacional para terminar con los reducidos realistas en el sur del país, en algunas de las cuales el propio O'Higgins participó, y que en todo caso tuvieron en su Gobierno un eficiente proveedor de medios para realizarlas, no obstante la asfixiante situación económica, una precaria producción agrícola y minera, manufacturas paralizadas y una desmedrada condición del comercio. Todo lo cual obligó al Gobierno a velar permanentemente por el modo de proporcionarse recursos y estimular la producción y el movimiento comercial.



**Bandera de la Jura de la Independencia o Bandera de la estrella solitaria**  
Diseño de Antonio Arcos | Confección de Dolores Prat de Huici, atribuida | 1818  
Seda bordada con hilo de seda y lentejuelas doradas | 240 x 143 cm  
Colección Museo Histórico Nacional

Despacho oficial del Director Supremo, nombrando Cirujano de Ejército a Juan Greene

9 de abril de 1817 | Colección Raúl Ibáñez



### DESAFÍOS DE LA HACIENDA PÚBLICA

De todos los afanes de la administración, fue la situación económica del país la que más preocupaciones causó a los gobernantes, debiéndose entonces atenderla con prontitud y permanentemente, pues de ella dependía también el esfuerzo militar y con él la independencia. El conjunto de medidas dispuesto durante esos años para encarar esta dimensión del acontecer social terminó configurando la Hacienda Pública Nacional, una realización que proyecta la administración de O'Higgins en la historia.

El Estado demostrativo de las efectivas entradas que ha tenido la Tesorería Jeneral desde febrero de 1817 a 31 de diciembre de 1824, muestra de manera elocuente el perjuicio provocado por la guerra de independencia en las arcas fiscales chilenas. La drástica disminución de las rentas públicas a partir de 1819, y que entre los años 1821 y 1824 tuvo su expresión más dramática, refleja la magnitud del desafío que los organizadores de la república debieron enfrentar una vez en el poder desde de febrero de 1817. Aquel día, no solo se derrotó a las fuerzas realistas en Chacabuco, accediendo los patriotas al poder, también nacieron múltiples necesidades para garantizar la libertad que entonces comenzaba a afianzarse.

Entre los requisitos que algunos señalaron para la recuperación económica nacional, la organización de la Hacienda Pública chilena resultaba esencial. Condicionado dramáticamente por los



gastos y perjuicios provocados por la guerra de independencia, el quehacer entre 1817 y 1842 hizo posible dar forma a las finanzas nacionales y sentar las bases de la recuperación económica de Chile al que, entre otros elementos, se agregaba el crear un marco de referencia para el desenvolvimiento de las actividades productivas, propender al restablecimiento del crédito público y comenzar a organizar un sistema de percepción de entradas fiscales.

Luego de la victoria en la batalla de Chacabuco se hizo el inventario de todas las existencias públicas, resultando que el tesoro estaba exhausto en momentos en que las necesidades generadas por la guerra eran impostergables; de ahí que la preocupación central del nuevo Gobierno fue financiar el gasto militar. Los arbitrios a que recurrió son bien conocidos: días después de tomar el poder, O'Higgins impuso una contribución a todos los enemigos de la causa patriota, y en marzo por decreto ordenó "que se le quiten todas las propiedades al Gobierno y leales monárquicos".

La escasez de recursos lo llevó a organizar lo que llamó Junta de Arbitrios y Economía, encargada de estudiar las necesidades públicas y proponer las medidas para cubrirlas. La actuación de esta Junta se desenvolvió teniendo como guía de su acción un criterio práctico que, antes que nada, buscaba la obtención de ingresos para las arcas fiscales. Así, fueron las necesidades concretas, la urgencia de sostener la lucha, las que llevaron al Gobierno a iniciar la obra de organización de la Hacienda Pública con la creación del Ministerio de Hacienda en 1817.



En esa época, incluso se suscribió por colaboradores directos de O'Higgins, como lo eran su delegado Quintana y su ministro de Hacienda Hipólito Villegas, un llamado "Plan de Hacienda y Administración Pública", expresión de la preocupación que la precaria situación de las finanzas causaba, como de la vocación de una época por organizar y reglamentar las funciones de los organismos públicos que debían componer el Estado. Justificado en el déficit público, que el secretario advertía se incrementaría con la organización de la Marina, y que pretendió aminorar suprimiendo cargos y reduciendo sueldos, se redactó una reforma administrativa que reglamentaba la organización y funcionamiento de las aduanas, correos, almacenes de tabacos y pólvora, estanco de naipes, licores, papel sellado, la Casa de Moneda, la Tesorería General, el Tribunal de Cuentas, la Comisaría de Guerra y las intendencias de Santiago y Concepción. Junto con lo señalado, la norma fijaba las categorías de los empleados públicos y sus sueldos, funciones, deberes y derechos. Llegando incluso a proponer un tribunal superior de justicia y apelación y un supremo consejo de Estado que debería resolver materias como la guerra, los acuerdos internacionales, las contribuciones y la creación de magistraturas y servicios públicos, entre otros asuntos que pretendían dar forma a la institucionalidad pública. Pero que entonces no pasaron de ser esbozos de organización postergados por las urgencias bélicas, y que solo con el paso del tiempo serían consagrados en la legislación nacional.

Sua Excelencia Don Bernardo O'Higgins, 1821

Autor no identificado | 1821 | Acuarela | Publicado en *Servicios Navales que, en libertar al Chile y al Perú de la dominación española, rindió el conde de Dundonald*. Londres: 1859 | Colección Raúl Ibáñez

Bernardo O'Higgins

Litografía de A. Leyenisel | Publicado en *La Corona del Héroe*. Santiago de Chile: 1872 | Colección Raúl Ibáñez



**Jura de la Bandera Nacional**

Cosme San Martín | Óleo sobre tela |  
51 x 91 cm | Exibido en el Palacio de La Moneda |  
Colección Museo Histórico Nacional



**Fajín de Director Supremo de la Nación**

Chile | ca. 1817 | Seda, hilo de seda, hilo metálico | Ancho 29 cm, largo 197 cm | Colección Museo Histórico Nacional

Principios como el que “la mejor administración del erario, y sus rentas, no solo hace abundar, sino que alivia al ciudadano contribuyente”, estuvieran tras este intento de plan de hacienda y administración pública, el que también se fundaba en “la más sabia economía”, en el afán por aminorar los gastos públicos y evitar una administración dispendiosa, asegurando rentas y aliviando a los contribuyentes con el cobro de solo lo indispensable para llenar las cargas del Estado.

La dificultad para cumplir con su deber esencial, atraer recursos para el erario, explica que entre 1817 y 1820 se sucedieran cinco secretarios de Hacienda. La mayor parte de ellos limitó su acción a reducir los gastos y aumentar los ingresos, lo que hacía imprescindible contar con una fértil imaginación y una gama de conocimientos y recursos que no era dable encontrar en ex funcionarios coloniales, acostumbrados a la rutina y faltos de iniciativa. Siendo, por lo tanto, un área de la administración pública crítica durante el mandato de O’Higgins.

La cruda realidad se impuso y la escasez de recursos obstaculizó cualquier plan que se pudiese concebir. Los efectos económicos y hacendísticos de las guerras de independencia, que aún se dejarían sentir por muchos años, consumían los capitales y comprometían el futuro debido a la deuda pública que se acumulaba. Su origen estaba en los empréstitos internos que la necesidad había obligado a levantar. Así, lo que las contribuciones no producían, se buscó a través del crédito.

Muestra de la preocupación que la afligida realidad provocó, la Constitución de 1818 estableció como uno de los deberes del ciudadano contribuir con sus recursos al erario público. En su artículo tercero, estipuló que el que llama “hombre social” debe igualmente ayudar con alguna proporción de sus bienes para los gastos ordinarios del Estado, y en sus necesidades extraordinarias y peligros, debe sacrificar lo más estimable por conservar su existencia y libertad. En todo caso, la carta fundamental estableció que dicha cooperación debía exigirse “con la indispensable condición de un rateo proporcionado a las facultades de cada individuo y nunca con tropelías e insultos”. Otra expresión de la preocupación por compatibilizar los principios de una sana Hacienda Pública con los derechos de los ciudadanos.

Interesante como antecedente de lo que los años y el desenvolvimiento nacional consagrarían, es encontrar en 1818 la relación entre rentas públicas y libertad republicana; pero también la concepción de la proporcionalidad ante el gravamen, aunque fuese solo a título excepcional y pese a no existir los medios para obtener las declaraciones necesarias para la aplicación del mismo. Son dos principios formulados entonces y cuya vigencia, con los cambios de forma adecuados a los tiempos, se mantienen.



**GOBIERNO ECONÓMICO**

Diversas medidas debió arbitrar el Gobierno para hacer frente a la complicada realidad económica, entre ellas el aumento de la contribución de guerra y un nuevo empréstito; también se ocupó de la reorganización de las oficinas de Hacienda como una forma de ordenar el servicio y propender hacia una economía en los gastos, a la vez que activar la cobranza de créditos a favor del Fisco. La entrada de José Antonio Rodríguez Aldea al despacho de Hacienda hizo posible introducir útiles reformas que, en uno de los mensajes del Ejecutivo al Senado de mayo de 1820, se justificaban en la necesidad de sostener y mejorar la Hacienda Pública, “porque conozco y todos saben, que sin fondos efectivos o crédito que los supla, no hay Ejército ni Marina, y sin estas no hay independencia”. Una dramática advertencia que no por evidente sirvió para convencer a los sujetos y corporaciones de adoptar medidas entonces y siempre repudiadas por afectar los patrimonios.

Las reformas implementadas por la administración de O’Higgins, entre ellas la reorganización del Tribunal Mayor de Cuentas, que hizo posible ampliar sus facultades fiscalizadoras, forman parte de un proceso mayor que significó la organización de la administración de la Hacienda Pública como condición indispensable para regularizar las rentas del Estado. Esta tarea habría de prolongarse por muchos años, puesto que cada cierto tiempo fue

necesario adecuar la organización a las condiciones que generaba el desenvolvimiento económico del país.

Las disposiciones tomadas por el Gobierno de O’Higgins estuvieron también dirigidas a remover todas aquellas trabas y estorbos que entorpecían la marcha económica y disminuían las rentas. Refiriéndose a su ramo, el ministro Rodríguez Aldea declaró que había entrado a un ministerio agotado de dinero y arbitrios, y lo que era peor todavía, con poco o ningún crédito, sin un real en la tesorería y gastadas con anticipación las mejores entradas. Asegurando que “al sentarme en aquella mesa terrible, se me presentan la lista militar y civil para ser pagadas, los presupuestos costosísimos para hacer la expedición del Perú, etc., etc... Concluyendo, ¿qué momentos, que días tan amargos fueron aquellos para mí!”.

La falta de claridad entre los ramos de Hacienda, la poca utilidad del trabajo de los empleados, las fórmulas y prácticas inútiles e insignificantes, la multitud de leyes y decretos y, sobre todo, la falta de cálculo exacto o aproximado de gastos y entradas, fueron algunos de los obstáculos que debió enfrentar la administración. Todo en medio de una contabilidad oscurecida y libranzas contra toda oficina y hasta contra los particulares. Hechos que reflejan, elocuentemente, las dificultades y los desafíos que debieron enfrentar los organizadores de la república.

**Espada Bernardo O’Higgins, en honor al Director Supremo**

ca. 1800 | Solingen, Alemania | Nácar, Bronce, Acero | Largo 97.1 cm, Peso 563 gr | Colección Museo Histórico -Nacional



**Manuel Rengifo**  
Narcisse Desmadryl | 1854 |  
Litografía | 38,7 x 26,5 cm |  
Colección Museo Histórico  
Nacional

En materia de política económica, y actuando con decidido pragmatismo, pues se consideraba un liberal, el ministro de Hacienda defendió una ley de aduanas con altos aranceles de importación, según su opinión, necesarios para fomentar la producción local; rebajó los censos que pesaban sobre las propiedades en favor de la Iglesia, para así alivianar las cargas de los particulares; e impulsó reformas destinadas a incrementar el comercio exterior. Entre ellas, la instalación de una aduana principal en Valparaíso y su denominación de entrepuerto general del Pacífico, levantando almacenes francos de cuenta del Estado para que en ellos las naves extranjeras depositasen las mercaderías en tránsito, con un gravamen mínimo. Medida que con el tiempo contribuyó notablemente al desarrollo del puerto.

Las esperanzas puestas en el aumento de las rentas de aduanas, como medio de incrementar los ingresos fiscales, se materializaron entre otras medidas en la promulgación de un Reglamento de Aduanas el año 1822. En la Memoria a través de la cual presentó la norma, el ministro de Hacienda argumentó sobre la necesidad de crear un sistema general de aduanas que, evitando el fraude y el contrabando, y simplificando la administración, también asegurara la recaudación de impuestos.

Ejemplo de las nociones que movían al Gobierno, no se adoptó una de las recetas más típicamente librecambistas para reducir el contrabando, como lo era la de bajar los aranceles aduane-

ros. El ministro de Hacienda, que conocía las ideas de Adam Smith, argumentó que las tarifas elevadas eran necesarias para fomentar la producción local. Muestra del clima existente en el país, las ideas de Rodríguez Aldea para alguno de sus contemporáneos no eran lo suficientemente proteccionistas, pues cuando se conocieron en el Senado las tarifas de importación, “el señor Henríquez observó que podrían prohibirse absolutamente algunos efectos para fomentar la industria del país”. Medida que fue apoyada por los integrantes del Tribunal del Consulado.

Para el secretario de Estado, bastaba leer el reglamento para percibir que la ley protegía la industria y fomentaba el cultivo y mejoras de las producciones locales. Mostrando un realismo a toda prueba, afirmó que el comercio extranjero distinguirá en él la franqueza nacional y “no podrá dejar de confesar que somos liberales en todo lo que no tienda a arruinarlos”. Una elocuente declaración del pragmatismo con que se condujo la administración de O’Higgins en materias económicas y, sobre todo, hacendísticas.

La expectativa del Gobierno era el incremento considerable del erario o el cese de las importaciones. En caso de cesar las importaciones, que el ministro creía sería el resultado más probable, esperaba que las instituciones se preparasen para el día en que los productos de todas las aduanas, por importaciones del extranjero, se vieses reducidos a cero. Ese día, aseguró, sería el que se vería la verdadera estrella naciente de la prosperidad. Pues, asentó, el fértil



**Bernardo O’Higgins**  
Biblioteca del Congreso  
Nacional

suelo de Chile abunda en productos de todas clases y son muy pocos los que se necesitan de las extrañas. Según él, a cualquier parte que se mire, se está brindando la naturaleza, la que solo pide capital, talento, actividad e industria. Auguraba que llegaría el día en que se aumentarían las exportaciones a medida que se disminuirían las importaciones, asegurando: “disminúyanse, enhorabuena, con ellas los ingresos del erario, el Gobierno solo será rico, poderoso y opulento, cuando lo sean los individuos que compongan el Estado; y estos lo serán ciertamente cuando sus rentas sean mayores que sus gastos”. Expresiones del ministro en que es posible apreciar una gran variedad de conceptos e influencias, muestra de los tiempos de cambio e incertidumbre que entonces se vivían.

En primer término, y formando parte de una ya antigua tendencia que continuaría a lo largo del siglo XIX, está la valoración de la naturaleza del país y de la riqueza de sus recursos, los que estaban a la espera de que alguien los aprovechara; conceptos que remiten a las ideas de los criollos que a lo largo del siglo XVIII sistematizaron en textos la ponderación de lo propio y las ventajas que sería posible obtener si España lo permitiera.

Ligado con lo anterior, el ideal típicamente mercantilista de producirlo todo para no depender en absoluto de las naciones extranjeras, que también se relaciona con el propósito planteado por los miembros del Tribunal del Consulado en orden a lograr una balanza comercial favorable como única forma de enriquecimiento,

pero que en Rodríguez Aldea se mezcla con la concepción librecambista del valor, en cuanto que el trabajo es la única fuente de este; de donde se desprende que la riqueza pública es consecuencia del enriquecimiento y prosperidad de los individuos.

Los que aparecen como signos de desorientación y hasta contradicciones en el estadista, son una clara muestra de los tiempos que se vivían, donde lo tradicional se conjugaba con las nuevas ideas en el marco de una actitud abierta a todo aquello que hiciese posible engrosar las rentas fiscales. De este modo, si en lo político institucional en 1810 hubo una evidente ruptura con el pasado colonial, en el plano económico y social, la continuidad se hacía patente en algunos aspectos; y habría de persistir aun por años.

Uno de los fenómenos que más directamente afectó el quehacer económico en el período fue el provocado por la inestabilidad política. A consecuencia de ella, el reglamento propuesto por el Gobierno no habría de perdurar, sin perjuicio que los artículos relacionados con las tarifas de importación y exportación nunca llegaron a ser aplicados, puesto que el Senado suspendió su vigencia para un mayor análisis, que tampoco se realizó, ya que O’Higgins abandonó el poder en enero de 1823.

Pero si la vigencia del Reglamento de Aduanas de 1822 fue efímera, los principios que lo sustentaban siguieron imperando. Es así como en junio de 1823, se aprobó un nuevo reglamento de comercio que mantenía tarifas de importación de un 50% para los



**Un cuarto de real  
(Trucha del Maipo)**

Francisco Borja Venegas  
| 1821 | Casa de Moneda  
de Santiago de Chile |  
Cobre acuñado | 28 cm de  
diámetro | Colección Museo  
Histórico Nacional

artículos que podrían elaborarse en Chile, y aranceles moderados para el resto de las importaciones.

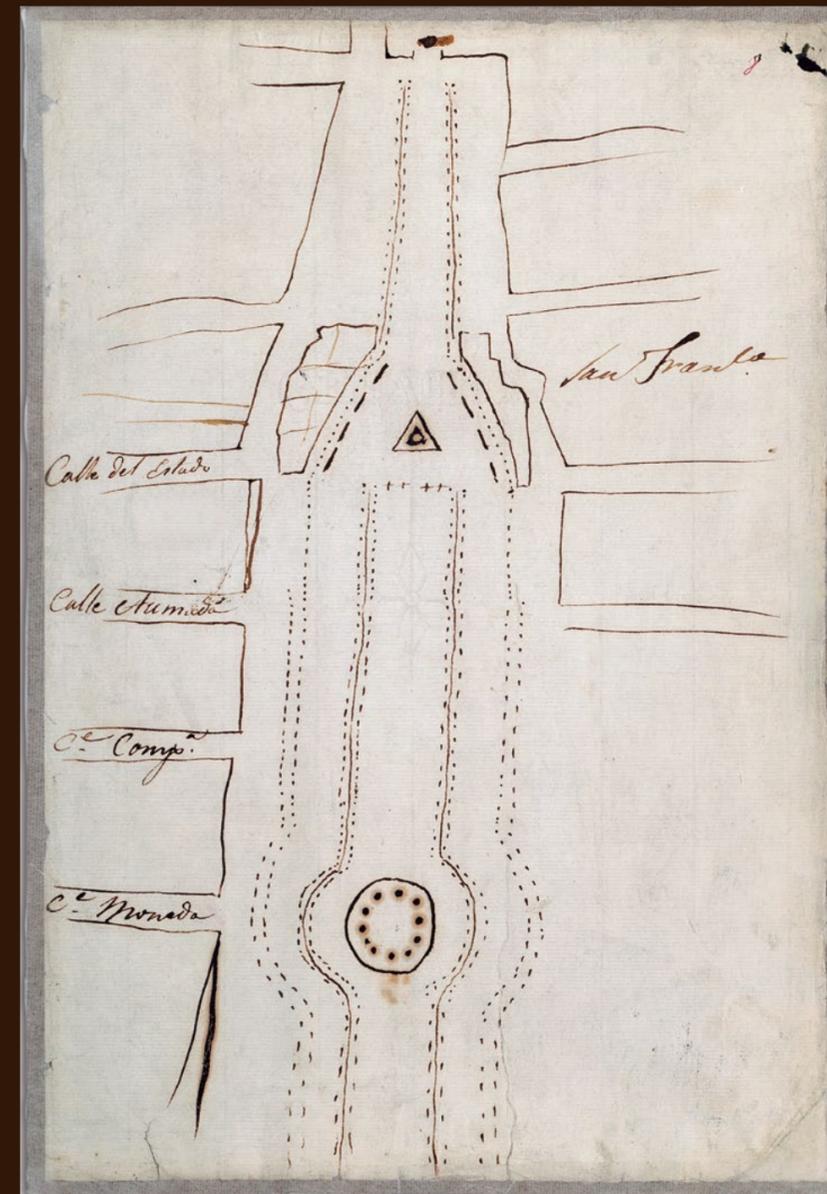
Las concepciones y objetivos sostenidos por Rodríguez Aldea se prolongaron, con algunas variaciones, a lo largo del siglo XIX. Así queda reflejado en las ordenanzas de aduanas que sucesivamente rigieron en el país, excepto la de 1864, y están claramente expuestas por Manuel Rengifo en su *Memoria de Hacienda de 1835*, cuando señaló: “Las aduanas no solo contribuyen al tesoro con ingentes sumas, sino que sirven de reguladoras de los intereses de la industria, en cuanto fortifica o rebaja, por medio de las tarifas de derechos, los resortes a que esta debe su acción. Verdad tan notoria no podría ocultarse al Gobierno”.

Pero no solo a través de los aranceles aduaneros se buscó promover las actividades productivas. Una multitud de leyes que otorgaban privilegios especiales al establecimiento de industrias, o el fomento de diferentes producciones a través del manejo tributario, fueron algunos de los medios utilizados a lo largo de la primera centuria republicana. Si bien muchos de los privilegios no fueron aprovechados, ellos son una muestra clara de las ideas imperantes respecto de la acción del Estado en el fomento y protección de las industrias nacionales. Ciertamente como efecto de ese afán de adelantar y crear manufacturas, muchas veces se legisló atendiendo más a los deseos e intereses de gobernantes y grupos que a las condiciones objetivas imperantes para el desenvolvimiento de un determinado

rubro de producción. De ahí el fracaso de muchas de las actividades que se emprendieron.

Recurriendo a arbitrios extraordinarios, entre 1817 y 1822 el Gobierno de O’Higgins logró solventar los gastos de la independencia y las obligaciones que demandó la administración del Estado. Entonces la deuda pública se engrosó, pero esta pesada obligación, así como la miseria generalizada, fue el costo económico del proceso de liberación de España y, por tanto, prácticamente imposible de evitar.

El esfuerzo desplegado por equilibrar el presupuesto y, paralelamente, organizar la Hacienda Pública a través de una acción realista y pragmática, se aprecia también a nivel de la norma constitucional que, como expresión de la intención de ordenar la administración de la Hacienda, evitando fraudes y pérdidas, había establecido entre las facultades y límites del Poder Ejecutivo que “él solo libraría contra la caja nacional; que para proceder con arreglo en los antedichos libramientos cada ministerio, en lo sucesivo, arreglaría sus gastos por un presupuesto anual” y que éste “debía cuidar de que por ningún motivo se confundan los gastos de un ministerio con los de otro”. Se asentaba también que debía observarse la más rigurosa economía de los fondos públicos, no aumentándose gastos sino en casos muy precisos y solo con la aprobación del Poder Legislativo. A este último poder, además, se le había entregado en la Constitución de 1822 la facultad de “fijar las contribuciones directas e indirectas, aprobar su repartimiento y examinar la inversión de los gastos públicos”.



**Primer croquis del paseo de la Alameda**

Bernardo O’Higgins | 1818 | Papel | 20,7 x 32,5 cm  
Colección Museo Histórico Nacional



**Bernardo O'Higgins**  
Carlos Canut de Bon | 1810 |  
Vaciado de yeso | Diámetro  
33 cm, Profundidad  
15,5 cm, Largo 31,5 cm |  
Colección Museo Histórico  
Nacional

Las normas mencionadas no dejan de ser trascendentales si tenemos presente que a través de ellas se establecían los requisitos mínimos de existencia del presupuesto, esto es: determinación simultánea de los ingresos y los gastos, aprobación de la representación nacional y control *a posteriori* de las cuentas por un ente independiente dedicado a este único efecto. Una institución esencial en un régimen republicano, cuyo esbozo está en la administración O'Higgins.

Todas estas medidas, fruto entre otros antecedentes de la actividad y preocupación del Gobierno de O'Higgins y de su ministro Rodríguez Aldea, muestran la clara conciencia existente entonces acerca de los problemas que enfrentaba la nueva república. Si bien, y como consecuencia de las contingencias políticas, algunas de ellas solo quedaron en el papel, es sintomático que ya por entonces comenzaron a ser formuladas para más tarde, ya perfeccionadas, ser adaptadas e incorporadas a la legislación.

Todo lo dicho, sin embargo, y aun considerando los esfuerzos desplegados por el Gobierno de O'Higgins, no impidió que este legara a su sucesor una situación financiera desesperada, y lo que era peor, un país económicamente agotado. En 1823, y como consecuencia del desarrollo del contrabando, se calculaba que las rentas

ordinarias no pasarían de \$1.300.000, siendo que la posibilidad de obtener recursos extraordinarios estaba prácticamente cancelada. Los gastos se calculaban en más de un millón y medio de pesos y el déficit que se esperaba ascendía a \$266.948, sin considerar el servicio del empréstito inglés, que alcanzaba a \$355.250. Una pesada herencia que en otros rubros de la administración ofreció mucho mejores expectativas.

### INSTRUCCIÓN PÚBLICA, CIENCIA Y CULTURA REPUBLICANAS

Aun en medio del estado de guerra y las urgencias decretadas por la organización de la Expedición Libertadora del Perú, y consciente del papel de la enseñanza pública y ciencia nacional, O'Higgins prestó especial atención a las necesidades educacionales y culturales, fomentando innovaciones, intentando atraer sabios y reabriendo instituciones.

Tan antigua como la república, la educación pública nació en 1813 cuando se fundó el primer establecimiento de enseñanza chileno: el Instituto Nacional. Su temprana creación, en medio de los avatares del proceso de organización nacional, muestra que



**Bernardo O'Higgins**  
Virginio Arias | ca. 1900 |  
Vaciado de yeso |  
Diámetro 24 cm |  
Colección Raúl Ibáñez

para los patriotas la instrucción pública representó un asunto de primera importancia, esencial en el futuro de la república que entonces luchaba por su independencia. En 1813 también se fundó la Biblioteca Nacional.

La reapertura del Instituto y de la Biblioteca Nacional durante la administración de O'Higgins no solo mostraba el interés de los patriotas por el fomento de la educación y la cultura, sobre todo por afianzar la república a través de instituciones propias. La educación pública nacional que el Gobierno trató de estimular se concibió estrechamente ligada a la patria y al destino de la comunidad que pugnaba por constituirse en república, pues, como se sentenció en la época, “el principal objeto a que debe dedicar todos sus cuidados el Gobierno es a la instrucción pública, pues todos los estados degeneran y perecen a proporción que se descuida la educación nacional, y faltan, por consiguiente, las costumbres que son las que dan confianza, respeto y amor a las leyes y al sistema de Gobierno”.

La administración creó un Tribunal de Educación encargado de la dirección de la enseñanza pública, entre cuyas primeras medidas estuvo la cancelación de los numerosos asuetos que significaban perder a los estudiantes casi la mitad del año. También

se establecieron requisitos más exigentes para la obtención de títulos, como el de abogado, o para profesar hábitos. La formación de establecimientos de enseñanza secundaria en La Serena y Concepción, y la disposición de mayo de 1821 que ordenó a todos los conventos a mantener escuelas de primeras letras, fueron otras de las medidas de la época. Año en que también se inauguró la primera escuela lancasteriana, o de enseñanza mutua, que el Gobierno promovió con entusiasmo y que difundió por numerosas ciudades del país. Un ensayo que no por limitado en tiempo y alcance deja de mostrar el afán por fomentar la instrucción, una tendencia que habría de perdurar en el tiempo. Y que tuvo en la contratación de profesores y sabios extranjeros, estimulada por O'Higgins, otra manifestación que habría de perdurar.

La necesidad de profesores calificados llevó al Gobierno, por ejemplo, a encargar a su agente en Londres su contratación, confiando en que los que llegaran serían también capaces de descubrir y estudiar los recursos naturales del territorio nacional. “Esta clase de hombres —escribió O'Higgins—, es la adquisición más apreciable para un Estado: es transportar en cierto modo hacia nosotros las ciencias y las artes de los países cultos”.



**Condecoración Legión al Mérito en grado de Legionario**

1817 | Acuñada en la Casa de Moneda de Santiago | Colección Museo Histórico Nacional

De acuerdo con el Senado, en abril de 1822 se determinó la contratación del reconocido Aimé Bonpland, acompañante de Humboldt en su periplo americano, y del oficial Juan José Dauxion Lavaysse, ambos franceses residentes en Buenos Aires. La llegada del botánico nunca se concretó, pero la del aventurero, autor de un libro descriptivo sobre Venezuela que le dio fama en Buenos Aires y Chile, sí.

En Chile, Lavaysse fue recibido con honores y nombrado director del Jardín Botánico y del Museo de Historia Nacional, ambos todavía solo proyectos, pero que reflejan las pretensiones científicas y el papel que atribuyeron al conocimiento quienes entonces conducían el país. En 1822 se contrató también a Carlos Ambrosio Lozier, que sin la obra y fama de Lavaysse, gozaba de gran fama como científico.

Entre los estímulos que el Gobierno tuvo para contratar científicos, determinante fue el relacionado con la posibilidad de contar con una cartografía fiable de Chile, inexistente al momento de la independencia, como la necesidad de reconocer los recursos naturales del país. Y aunque Lozier y Dauxion estuvieron muy lejos de satisfacer las expectativas que se fijaron en ellos, de todas formas sus propuestas de trabajo quedaron como antecedentes de iniciati-

vas posteriores, las que posicionan a la administración de O'Higgins como precursora en estas materias destinadas al reconocimiento científico del país. Por ejemplo, del decreto de 26 de junio de 1823, que fundado en “la necesidad de reunir toda clase de datos estadísticos que dirijan al Gobierno en las providencias que debe tomar para promover la prosperidad nacional”, determinó la realización de “un viaje científico por todo el territorio del Estado”, para lo cual se comisionó a Juan José Dauxion Lavaysse. Muy pocos meses después, el 20 de diciembre del mismo año, y como complemento del viaje científico, el mismo Gobierno mandó levantar una carta geográfica del territorio.

La necesidad de cartografía era fruto de la diaria experiencia del Gobierno relacionada “con los embarazos que se presentan para dirigir la administración civil y militar y dar un impulso activo a la industria, y al buen orden y economía interior de los pueblos, sin que exista un buen mapa de su territorio”. Pero también de la urgencia de cumplir con el mandato del Congreso Constituyente de promulgar una división político administrativa “luego de que se hayan procurado los datos necesarios para verificarla cómoda y provechosamente”. Fundado en estos antecedentes, el Director



**Condecoración Legión al Mérito en grado de Gran Oficial otorgada a Bernardo O'Higgins**

1817 | Colección Museo Escuela Militar

Supremo decretó en 1823 que “inmediatamente se dará principio a la formación de un mapa corográfico de Chile”, confiando la empresa a Alberto D'Albe y a Carlos Ambrosio Lozier.

Frustradas las iniciativas mencionadas, esencialmente por la incapacidad de los comisionados, solo a comienzos de la década de 1830 volvió a presentarse la oportunidad de materializarla. Ahora, gracias a la presencia de una persona idónea, Claudio Gay, y un Gobierno capaz de sustentarla, el establecido luego de las luchas del año 1829 que llevaron al poder a los conservadores encabezados por Diego Portales. La monumental obra científica de Gay, cuyos antecedentes se encuentran en las administraciones de O'Higgins y Freire, terminaría transformándose a lo largo del siglo XIX en un aporte inapreciable a la configuración de la nación, al desenvolvimiento económico y al ejercicio de la soberanía estatal y nacional.

La Biblioteca Nacional es otra de las instituciones que representa muy elocuentemente la vocación republicana de la generación que protagonizó la época de la independencia, pues es preciso no olvidar que es una las instituciones fundamentales de Chile por su proyección en la comunidad. Ella es una de las más antiguas y propiamente republicanas, pues antes de 1810 sencillamente no existía, como tampoco la libertad que la fundó.

En efecto, fue la independencia, que hizo posible la libertad y la república, la que dio lugar también al hombre libre, al ciudadano y al lector, en tanto la cultura escrita fue parte del proyecto político que consagró la república. Esta, a su vez, creó un espacio público, abierto e igualitario para la comunidad que comenzaba a organizarse de manera independiente: la Biblioteca Nacional. “Para la felicidad presente y futura del país”, se lee en la proclama que le dio existencia en 1813, ofreciendo un programa, un destino, un anhelo de futuro que ha guiado su trayectoria. Fue el legado que la generación que logró la independencia dejó, como se asentó entonces, “los beneficios que los presentes chilenos hacen a las generaciones futuras”, marcando así el destino de la institución con su impronta de tarea siempre en proceso. Temprano en el siglo XIX, la Biblioteca Nacional asumió la tarea de orientar y dar continuidad a la comunidad que es Chile a través de la formación y preservación de “una” memoria que fuera base de la identidad nacional. A través de ella, Chile sería reconocido como pueblo, transformándose la Biblioteca Nacional en reflejo de una trayectoria histórica, en fuente de identidad, base de una comunidad, sustento material del patrimonio intangible común.

Cerrada durante la Reconquista española, correspondió al Gobierno de O’Higgins reabrir la, medida que incluso fue anunciada en marzo de 1817 a través de *Viva la Patria, Gazeta del Rey*, con un escrito titulado “Ilustración”, que refleja la voluntad de reafirmar la condición independiente a través de las letras, atribuyendo al gobernante la medida: “El generoso Jefe del Ejército de la Patria ya le prepara —a la juventud— las huellas de una nueva ilustración en el establecimiento de una Biblioteca Pública, a que esperamos que concurren todos los amigos de la sabiduría participando del dulce placer que debe inspirarles el honor y cultura que formarán el mejor ornamento de Chile, y el escudo más fuerte contra la tiranía”. Sería la gestión del Estado la que logró materializar proyectos republicanos como el de la Biblioteca Nacional, cuya trascendencia se deja ver en las publicaciones oficiales, donde están todos los significados y valores que las autoridades le atribuían.

La preocupación del Gobierno por la Biblioteca Nacional quedó asentada en más de una ocasión en *Viva la Patria, Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*, en la que no solo se publicaron declaraciones de donantes de libros que respondían “al alto y sabio designio del Excmo. Señor General en Jefe de erigir una Biblioteca Nacional para ilustrar la juventud y afianzar la Libertad Americana”, sino que también reflejaban la concepción existente entonces de la Biblioteca como una institución garante de la libertad americana. En ese contexto, deben apreciarse las medidas del

Gobierno destinadas a afianzar el establecimiento, como el decreto de O’Higgins de agosto de 1818 por el cual ordenó traspasarle la Biblioteca Jesuita, transformándose esta colección en parte fundamental del acervo bibliográfico de la Biblioteca Nacional; o la instrucción que dictó relativa a la preparación de un catálogo de los libros existentes.

Nombrado Manuel de Salas como su director, este recurrió a diversos arbitrios para incrementar los fondos bibliográficos y velar por su funcionamiento, para lo cual debía redactar un reglamento. O’Higgins, cuya atención por la biblioteca está acreditada, incluso intentó comprar la biblioteca de su mentor Francisco Miranda, que a juicio de Andrés Bello, quien la frecuentó en Londres, era una rica colección particular, compuesta por unos 10.000 volúmenes. Pero el Senado, en sesión del 2 de junio de 1820, resolvió no acceder a esta intención, alegando la pobreza del erario. Por entonces, también su Director hacía presente la necesidad de cambios concretos en materia de funcionamiento e infraestructura del establecimiento, para poder cumplir la misión autoimpuesta: la conservación de los libros y su uso por parte de los lectores. Necesidades que tuvieron acogida en O’Higgins, quien en más de una ocasión afirmó con hechos lo que sostuvo cuando nombró a Manuel de Salas como bibliotecario, que se trataba de “formar una biblioteca pública para el uso de los habitantes de esta capital”.

## EL LEGADO PERMANENTE

Durante la administración de O’Higgins se llevaron adelante iniciativas de carácter social, buscando mejorar la condición del pueblo, alejándolo, por ejemplo, de prácticas consideradas poco edificantes y salvajes, como las corridas de toros y las peleas de gallos. Se abrió un mercado de abastos para evitar la venta de comestibles en las calles y plaza de la ciudad; se convirtió el basural de La Cañada de Santiago en el Paseo de la Alameda; se mejoró el alumbrado público; se habilitó un teatro y una casa de comedias; se puso fin a la construcción del Canal San Carlos; se fundaron poblados como San Bernardo y se creó el Cementerio General en Santiago y un cementerio para protestantes en Valparaíso.

Pese a que la obra del Gobierno representó un adelanto en muchos aspectos, su acción no estuvo exenta de problemas. Diversos factores complicaron la tarea de O’Higgins. Las secuelas de la guerra, con su rastro de destrucción, miseria e inestabilidad social, habían provocado una seria crisis económica. La escasez de recursos con los cuales afrontar los gastos militares obligaron al Gobierno a imponer contribuciones forzosas y levantar empréstitos muy impopulares entre la población ya empobrecida por el esfuerzo militar. La oposición de la aristocracia tradicional y de la Iglesia monarquista, que se sintieron perjudicadas por diversas medidas tomadas por el Director Supremo, como la abolición de

los títulos de nobleza, fue otro factor que complicó la gestión del nuevo Gobierno.

Por último, la falta de experiencia de los patriotas en el poder y la carencia de funcionarios preparados para ejercer funciones administrativas, completan el cuadro de las dificultades en los primeros años de la república.

El resentimiento existente contra el Gobierno alcanzó su clímax cuando la nueva constitución, la de 1822, prolongó el mandato del Director Supremo. A comienzos de 1823, estalló una revuelta en Concepción encabezada por Ramón Freire. En Santiago, a petición de los vecinos, O’Higgins abdicó del poder. Una nueva etapa del proceso de independencia nacional había llegado a su fin. Sin embargo, aunque la Constitución Política de 1822 solo duró un mes y provocó una dura reacción contra el Gobierno, significó un avance conceptual respecto de las anteriores, al reglamentar los requisitos de la ciudadanía y la nacionalidad; establecer la existencia de un congreso bicameral y deslindar claramente las atribuciones de los tribunales, consagrando su independencia de los otros poderes del Estado.

Luego de la abdicación de O’Higgins, el país vivió un período de gran inestabilidad, caracterizado por la violenta lucha de los grupos políticos por imponer sus ideas y concepciones sobre la organización del Estado; el vacío de poder provocado por la fragilidad de los gobiernos que se sucedieron uno tras otro sin poder mantenerse, dando origen a una imagen de anarquía; las continuas

asonadas militares, intentos golpistas y suspensiones del régimen constitucional, y la inseguridad e inestabilidad social, que provocaba la ausencia de una autoridad respetada y obedecida por todos. Esta situación concluyó en 1830 con el triunfo de los sectores más conservadores y luego de una guerra civil.

Desde el punto de vista de la organización del Estado republicano, y en el ámbito económico y social, la época de la organización legó al país una serie de instituciones jurídicas que se incorporaron al acervo y al acontecer histórico nacional, y sin las cuales hoy no sería posible nuestra existencia como república y nación.

Entre los numerosos y variados logros políticos e institucionales obtenidos en el período de la organización del Estado, se encuentran la independencia nacional y la instauración de la república, es decir, la organización del sistema político bajo la forma de un Gobierno representativo. También el constitucionalismo, por el cual se arraigó la idea de que la ley es la base sobre la cual se levanta el orden social y político de la nación, y que a ella deben someterse tanto gobernantes como gobernados.

En estos años se afianzó, además, el concepto de soberanía popular, se confirmó el concepto de división de poderes, se consolidaron también los derechos individuales, y se establecieron, como garantías constitucionales, el derecho a la libertad, la igualdad, la propiedad y el recurso de amparo. Todos elementos básicos, sin los cuales la libertad individual estaría amenazada, y que desde

entonces constituyen un ideal republicano necesario de actualizar permanentemente para transformarlo en realidad efectiva.

En el ámbito económico y social se obtuvieron también importantes logros. Se inició el proceso de ordenamiento de la Hacienda Pública, intentándose cancelar las deudas contraídas por el Estado para financiar las guerras de independencia. En esta tarea sobresalen las medidas que como ministros de Hacienda idearon e implementaron José Antonio Rodríguez Aldea, Diego José Benavente y Ventura Blanco Encalada, todos preparando la gestión posterior de Manuel Rengifo, que en la década de 1830 continuó, y culminó de cierta forma, con la organización de la Hacienda Pública.

A través de variados estímulos, como decretar la libertad de comercio y los almacenes francos de Valparaíso, se fomentó el comercio y los contactos mercantiles de Chile con el exterior. También hubo preocupación por reconocer las riquezas naturales del país e interés por atraer capitales extranjeros que iniciaran actividades productivas. En aquellos años, además, se promovió la educación y se crearon importantes establecimientos de enseñanza; se contrataron sabios extranjeros y se fomentó la actividad cultural en general. Todos factores esenciales del desenvolvimiento nacional posterior que el Gobierno de O'Higgins inauguró efectivamente.



La abdicación de O'Higgins

Manuel Antonio Caro | 1875 | Óleo sobre tela | 191 x 160,5 cm  
Colección Museo Histórico Nacional

## CAPÍTULO IV

# O'HIGGINS EN PERÚ

Scarlett O'Phelan Godoy\*



\* Scarlett O'Phelan Godoy, Doctorada en Historia por el Birkbeck College de la Universidad de Londres y postdoctorada por la Universidad de Colonia. Académica de la Pontificia Universidad Católica del Perú, especialista en el período colonial y el proceso de emancipación peruano. Autora, coautora y editora de numerosas obras, entre las más recientes: *Bernardo O'Higgins y su estancia en el Perú* (2010); *Perú. Crisis imperial e independencia, Voces americanas en las Cortes de Cádiz: 1810-1814* (2013) y *Siete Ensayos sobre la Gran Rebelión de los Andes: de Túpac Amaru a Túpac Catari* (2016).

*“Por la independencia de América sacrifiqué en Chile, mi patria, mis mejores años, mi salud y mis bienes; pero debo a la generosidad del Perú una vida tranquila y no mendigar mi subsistencia y la de mi familia”*

Después de casi seis meses desde su abdicación, Bernardo O'Higgins pudo embarcarse rumbo al Perú, país que conocía, adonde había estudiado, forjado amistades y de seguro lo acogería por haber contribuido generosamente a su liberación del dominio español. Eso sí, antes de partir le hizo saber a San Martín en una misiva, los desaires y el arresto injusto que había tenido que padecer en el puerto de Valparaíso, al haberle negado el Gobierno de turno el permiso para pasar al extranjero. A pesar de los contratiempos que le ocasionó esta inesperada demora, O'Higgins y su familia llegaban al Callao, a bordo de la fragata inglesa *Fly*, el 28 de julio de 1823, en una fecha emblemática por tratarse del día nacional del Perú. Había logrado que lo acompañaran en su viaje su madre, Isabel Riquelme, su media hermana Rosa, su sobrina Petronila y su hijo natural, Pedro Demetrio. Además, para beneplácito del ex director supremo, hacía escasamente algo más de una semana (el 17 de julio), que su amigo y compañero carolino, Bernardo de Torre Tagle, había asumido la presidencia del Perú.

Hay versiones que aluden a que en un principio O'Higgins se instaló en la casa de la calle Jesús María (Jirón Moquegua), que había sido la vivienda privada de San Martín en Lima. Inclusive algunos autores señalan que Bernardo tuvo intención de ocupar la quinta de La Magdalena, una hermosa casona a las afueras de la Lima cuadrada. Esto último es altamente improbable, pues la quinta fue reservada para residencia exclusiva del protector y del libertador del Perú. Así, primero habitó en ella San Martín, a partir de 1821, y luego lo hizo Bolívar, desde 1823 hasta 1826, en que abandonó suelo peruano.

La que realmente constituiría su residencia permanente en Lima, sería una casona situada en la calle Espaderos 9 (hoy Jirón de la Unión), a escasas cuadras de la plaza mayor. Ahí O'Higgins se

había alojado de joven, mientras estudiaba en el convictorio de San Carlos, hospedado por el comerciante irlandés Juan Ignacio Blake. Debió guardar un grato recuerdo de esa etapa de su vida, ya que no cesó hasta lograr que la mencionada vivienda se convirtiera en su casa particular en Lima. Se trataba de una amplia y cómoda casona de dos pisos con azotea, que contaba con ventanas cubiertas de hierros forjados y grandes mamparas de cristal con vista a la calle. Esta céntrica mansión no solo le sirvió como residencia, sino que también la empleó como almacén para el expendio de los productos con que negociaba.

### O'HIGGINS ENTRE SAN MARTÍN, BOLÍVAR Y EL IV MARQUÉS DE TORRE TAGLE

Lo cierto es que al llegar San Martín al Perú, ya traía el explícito encargo de Bernardo O'Higgins de contactar en Lima a quien, para el director supremo de Chile, era un cercano hombre de confianza: su discípulo, tocayo y amigo de juventud, Bernardo de Torre Tagle. Precisamente, en opinión del futuro Protector del Perú, Torre Tagle era la persona adecuada con quien establecer una alianza, en la medida que “su nombre e influencia añadían cierto prestigio a la causa de libertad que surgía”. Aunque, a decir verdad, la trayectoria política de Torre Tagle, hasta ese momento, había estado dedicada al servicio real. En efecto, al arribar San Martín a las costas peruanas, Torre Tagle cumplía funciones como intendente de Trujillo, y en un inusitado gesto de patriotismo, declaró la independencia desde dicha ciudad, el 29 de diciembre de 1820. Paradójicamente, y debido a sus dubitaciones políticas propias de su extracción de clase, el marqués



Mariscal José Bernardo de Tagle Portocarrero, Marqués de Torre y Tagle y de Trujillo

José Gil de Castro | ca. 1823 | Óleo sobre tela | 83,5 x 107 cm  
 Colección Museo Histórico Nacional, Buenos Aires



José de San Martín y Simón Bolívar

Mauricio Rugendas | *Álbum de Rugendas* | Colección Biblioteca Nacional

de Torre Tagle encontraría su final acantonado en los castillos de la fortaleza del Real Felipe, en el Callao, último bastión realista del Perú, donde sucumbió a raíz de una epidemia de escorbuto.

En un intento de comprender las razones por las que Torre Tagle se convirtió en un aliado natural del Protector del Perú, no se deben desestimarse los lazos de parentesco tanto consanguíneos como espirituales que mantenía con los O'Higgins, por un lado, y con San Martín, por otro. Su cercanía con Bernardo, si bien se remontaba a las aulas carolinas, había sido reforzada recientemente por vínculos de parentesco, ya que el IV marqués de Torre Tagle, quien era viudo, se había casado en segundas nupcias con la criolla doña Mariana de Echevarría y Ulloa, quien era nada menos que la viuda de don Demetrio O'Higgins, sobrino de don Ambrosio y primo de Bernardo, quien a la sazón ejercía como director supremo de Chile. Por otro lado, cabe precisar que la madre de doña Mariana, doña Ana María Santiago de Ulloa, era natural de Valparaíso, es decir, era una criolla chilena. El enlace matrimonial se había llevado a cabo en la parroquia de El Sagrario de la Catedral de Lima, el 20 de julio de 1819. Adicionalmente, Torre Tagle trató de mantener viva su correspondencia con O'Higgins, a quien le remitió, en 1821, el árbol genealógico de don Ambrosio O'Higgins, que conservaba su ahora esposa, doña Mariana. Era, sin duda, una manera de poner en relevancia los lazos de parentesco que los unían y de buscar una mayor cercanía con Bernardo.

Por otro lado, es interesante constatar que cuando el 26 de marzo de 1822 los marqueses de Torre Tagle bautizaron a su hija, Josefa Manuela, en la capilla del Supremo Gobierno, firmó como padrino de la niña el Protector don José de San Martín, en persona. Nótese que los marqueses eligieron para su hija el nombre de Josefa, femenino de José, que era el nombre del padrino de la niña y ahora compadre de Torre Tagle. De allí el flujo de familiaridad que se entabló entre ambos hombres, como se comprueba en la carta remitida al mes siguiente por el Protector al marqués, donde San Martín le solicitaba, "mi compadre, si está el inventario de la hacienda de O'Higgins, mándemelo". Es decir, San Martín tramitó directamente con Torre Tagle la transferencia de la hacienda Montalbán. Indudablemente, para el Protector el marqués era su hombre de confianza, no en vano lo gratificó con el título de marqués de Trujillo y aprobó su encumbramiento a la presidencia del Perú, además de favorecerlo con la recientemente instaurada Orden del Sol. Aunque, a pesar de ello, en los comunicados oficiales Tagle y Portocarrero siguió firmando consistentemente como marqués de Torre Tagle, que era su título de Castilla.

Hay que reconocer que es probable que Torre Tagle no fuera la persona más idónea para liderar el proceso de independencia en el Perú, como tardíamente debió admitir su compadre San Martín, al tacharlo de "débil e inepto" en una carta que remitió a Bolívar poco antes de abandonar el Perú, luego de renunciar al Protectorado. En efecto, con la llegada de Sucre y Bolívar al Perú se pondrían en evi-



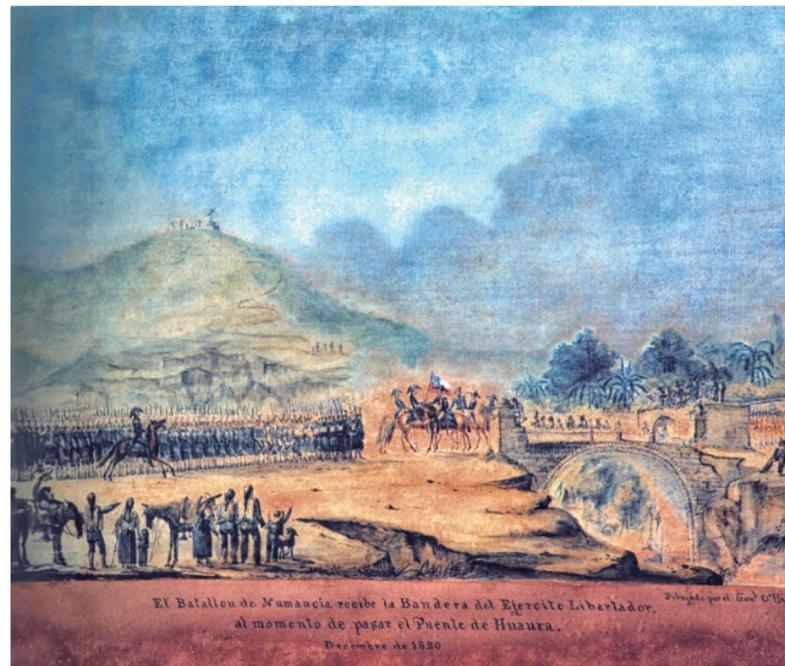
**Bernardo O'Higgins**  
Mauricio Rugendas | *Álbum de Rugendas* | Colección Biblioteca Nacional

dencia las marchas y contramarchas del marqués de Trujillo y de su ambigüedad, indefiniciones y dubitaciones frente al rumbo que debía tomar el Perú independiente. No sin razón el viajero inglés Robert Proctor, testigo presencial de los sucesos de 1823 y 1824, opinó en su *Relación*, que Torre Tagle “probablemente nunca hubiera existido como político, a no ser (por) su fácil condescendencia, que lo hacía apto para instrumento manejado por manos extrañas; solamente por esta razón lo ocuparon San Martín, el Congreso y Bolívar”. Un comentario bastante lapidario, aunque no necesariamente compartido en su intencionalidad por el compañero de aula del marqués, Bernardo O'Higgins.

Cuando O'Higgins desembarcó en el Callao, el 28 de julio de 1823, coincidiendo su arribo con el segundo aniversario de la independencia peruana, Bernardo de Torre Tagle se estrenaba en la presidencia del Perú. De allí que al solicitar el general chileno licencia para permanecer en territorio peruano, el marqués de Torre Tagle le respondió “que los peruanos mostrarán perpetuamente a su nombre una gratitud ilimitada”. A pesar de este cálido recibimiento, O'Higgins percibió con agudeza la situación caótica por la que atravesaba el país. Bernardo había pensado dirigirse a Irlanda, la tierra de sus ancestros que tanto anhelaba conocer, pero luego de llegar a Lima desestimó esta opción, quizá teniendo en cuenta el oneroso gasto que ello implicaba, pero también aquilatando que, en ese momento, era prioritario concluir con la empresa que, en 1820, había iniciado el ejército patriota. Se entiende entonces, que le

escribiera de inmediato a San Martín comentándole, “este país sufre todos los males consiguientes a los desórdenes pasados, en que lo envolvieron la ignorancia y la ambición sin cabeza ni dirección”. El ex director supremo no haría sino instalarse en Lima, para recibir la noticia de la llegada de Simón Bolívar al Callao, el 1 de septiembre, con el propósito de tomar la dirección de la guerra y completarla, tal como se lo había solicitado el Congreso del Perú.

Dos temas inquietaron a O'Higgins luego de tomar contacto con Bolívar. El primero era ver la posibilidad de trasladar desde Valparaíso un contingente de 2.500 soldados para reforzar al ejército gran-colombiano. Inclusive, el Libertador llegó a pedirle explícitamente que viera de regresar a Chile para solicitar “todos los auxilios que solo usted lograría por la influencia poderosa de los amigos de usted y de su propio carácter”. Pero ni Bernardo viajaría a Chile, ni las tropas solicitadas serían enviadas al Perú. Es probable que O'Higgins considerara que no era el momento más propicio para retornar a su patria, la que no hacía mucho que había abandonado en circunstancias críticas. Mientras tanto, para Bolívar, a pesar de su trato cortés, la presencia de Bernardo lo conectaba con su rival San Martín y con el presidente Torre Tagle, de quien, a diferencia de O'Higgins, tenía la más pobre de las opiniones. Así, al solicitarle Bolívar a O'Higgins que se trasladara a Chile, de alguna manera lo quitaba de en medio para poder consolidar la independencia del Perú en conjunto con Sucre y el ejército gran-colombiano.



**El batallón Numancia recibe la bandera del Ejército Libertador al pasar el puente de Huaraz**  
Carlos Wood | 1823 | Acuarela sobre papel | 19,5 x 24 cm | Colección Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia, Lima, Perú

Pero, si bien el tema de contar con tropas chilenas no llegó a cristalizar, el segundo tópico que preocupaba a Bernardo era estar distante del Libertador y su campaña militar. De allí que ofreció a Bolívar trasladarse a Huanchaco, puerto de Trujillo, sobre todo teniendo en cuenta que el depuesto presidente Riva Agüero ya había desalojado esta ciudad. Al constatar que el Libertador no contestaba a sus requerimientos, O'Higgins acudió una vez más a su amigo, el presidente Torre Tagle, quien seguía en Lima al frente del Gobierno. Este debió intervenir de alguna manera, pues a finales de 1823, Bernardo, aún convaleciente de malaria, se trasladaba junto a su familia a Trujillo, ciudad ubicada en la costa norte del Perú, por su afán (y probablemente también el de Torre Tagle) de estar cerca al Libertador. Estando instalado en Trujillo, Bernardo se enteraría, no sin desazón, que su condiscípulo y ahora pariente político Torre Tagle había sido visto en conversaciones y negociaciones con los realistas, lo cual indicaba que la intuición de Bolívar sobre la ambigua postura política del marqués no estaba del todo errada.

De acuerdo al viajero inglés Proctor, la situación se hizo insostenible cuando Torre Tagle se dejó ver en público en compañía de los jefes militares realistas y emitió una proclama contra Bolívar, “llamándole invasor y destructor del país y elogiando a los españoles, únicos dueños legítimos del Perú”. En este contexto, la cercanía entre O'Higgins y Torre Tagle debió levantar serias suspicacias en el Libertador. Adicionalmente, Proctor también destacó que debido

al flujo de amistad entre Torre Tagle y los patriotas chilenos —léase O'Higgins— el marqués había manifestado su intención de retirarse a Chile, donde tenía familia no solo política sino también consanguínea, sacrificando así sus ambiciones personales por el bien del país; probablemente empujado por su voceada incapacidad para manejar en forma efectiva la política peruana.

Se entiende entonces que Bolívar se escabullera, una vez más, de contar con la presencia de O'Higgins, cuando este último le manifestó su vivo interés por enrolarse en el ejército del Libertador. Si bien la propuesta de Bernardo fue inicialmente aceptada, escribiéndole Bolívar desde Huaraz, “por mi parte le ofrezco a Usted un mando en él (ejército) ... porque un cuerpo de Colombia a las órdenes de Usted debe contar con la victoria”, el Libertador recibiría a O'Higgins recién en agosto, luego de consumado el triunfo de Junín, tratándolo con afabilidad, pero sin confiarle ningún puesto de responsabilidad en su ejército, que era lo que le había prometido, incluso por escrito.

Con el fin de no quedar al margen de las campañas finales, O'Higgins decidió internarse en la sierra, adentrándose a Huánuco, Jauja, Huancayo, Cerro de Paso, donde en más de una ocasión sufrió del mal de altura o soroche. Al llegar a Huamanga, al igual que Bolívar, retornó a la capital. Posteriormente, Bernardo se enteraría, el 18 de diciembre, estando ya en Lima, de la noticia sobre la victoria de Ayacucho, que selló la independencia peruana. No en vano, poco antes le había expresado sus quejas al general inglés Guillermo



**Simón Bolívar**  
José Gil de Castro | 1825 | Óleo sobre tela | 208 x 134 cm | Colección Casa de la Libertad, Sucre, Bolivia

Miller —quien había llegado con el ejército de San Martín y ahora combatía al lado de Bolívar—, confiándole en una carta, “¿Es posible que Chile, que incitó la empresa de libertar al Perú, creando de la nada una escuadra poderosa y enviando un excelente ejército, no se encuentre representado por una división o siquiera por un batallón, en el ejército que va a consumir esa obra?”. Intuía, por lo tanto, que el Libertador no lo convocaría para la batalla final.

Es obvio que para Bolívar, Bernardo era claramente un hombre de San Martín y su ponderada amistad con Torre Tagle no lo ayudaba en absoluto. No hay que olvidar que cuando San Martín retornó en 1822 a Chile, luego de los reveses de su campaña en el Perú, alojó en casa de O’Higgins, persuadiéndolo, probablemente, de que debía ir al Perú y consolidar la independencia. Más adelante, ya establecido en Lima, O’Higgins se convertiría en el apoderado de San Martín para efecto del cobro de los sueldos pendientes del ex Protector del Perú. Estos antecedentes debieron influir, obviamente, en que Bolívar marcara una sutil pero firme distancia con

quien fuera el director supremo de Chile. Aunque se ha señalado que la correspondencia que intercambiaron fue siempre amigable, hay que admitir que tuvo un acento protocolar. En ese sentido, la relación entre ambos líderes siempre estuvo teñida por la cordialidad en las formas. Por ejemplo, luego de la victoria de Ayacucho, Bolívar organizó un banquete de celebración, siendo O’Higgins uno de los invitados de honor. Es conocida la anécdota donde relata que Bernardo acudió al evento vestido de civil, en lugar de usar su uniforme militar, y al ser cuestionado por el Libertador sobre su atuendo, le respondió: “Señor, la América está libre. Desde hoy soy el ciudadano particular Bernardo O’Higgins. Mi misión está cumplida”. De esta época data el bastón con empuñadura de oro que el Libertador le obsequió al ex director supremo de Chile, y que llevaba la inscripción, “S. Bolívar a B. O’Higgins, 1824”. Sería quizá un gesto de reparación por no haberlo convocado, como le había ofrecido, a participar en las batallas finales que sellaron la independencia del Perú.

Sin embargo, a pesar de que no llegó a tomar parte ni en Junín ni en Ayacucho, sería precisamente durante estas campañas militares en que se consolidó la amistad y el trato personal de O’Higgins con Andrés de Santa Cruz, Agustín Gamarra, Luis Orbegoso y Antonio Gutiérrez de la Fuente; relación que volvería a cobrar protagonismo y se potenciaría en la década siguiente, durante el contexto de la confederación Perú-boliviana.

#### LAS PROCLAMAS A LOS HIJOS DEL SOL

Hay quienes ven el origen de la propuesta monárquica de San Martín en el proyecto que concibió para el Río de la Plata el abogado y político Manuel Belgrano. Su idea era instaurar una monarquía que estuviera dirigida por un descendiente de los antiguos Incas del Perú, con lo cual se podría atraer a los indios del Bajo y el Alto Perú a incorporarse al nuevo sistema político. Vale recordar que el virreinato del Río de la Plata se había creado en 1776, transfiriéndole el territorio correspondiente al Alto Perú o Audiencia de Charcas, espacio que hasta ese momento había funcionado como una unidad articulada al Bajo Perú y como parte integral del virreinato peruano. El planteamiento de Belgrano, por lo tanto, era incorporar este territorio del sur andino a las provincias unidas del Río de la Plata, con lo cual la figura de un Inca resultaría representativa y cohesionadora. Pero el esquema perdería validez si este espacio lograba su propia independencia, como en efecto ocurrió al formarse en 1825 la república de Bolivia. No hay que descartar la posibilidad que Belgrano también evaluara los ingresos económicos que Argentina podía ganar con los recursos humanos y naturales del Alto y Bajo Perú juntos, sobre todo si hablamos del tributo indígena y la explotación minera.

Lo interesante es observar que la propuesta de Belgrano no se diluiría fácilmente. Cuando desempeñó la jefatura del Ejército Auxiliar del Perú, en compañía del gobernador de Salta, Martín



**Bastón regalado por Simón Bolívar a Bernardo O’Higgins**  
1824 | Madera, bronce y oro | Largo 85 cm | Colección Museo Histórico Nacional

Güemes, proclamó la monarquía constitucional y el restablecimiento de la dinastía de los Incas. Posteriormente, en el congreso de Tucumán de 1816, trató de implantar la propuesta monarquía incásica, con el beneplácito inicial del cabildo de Buenos Aires, pero eventualmente el proyecto perdería fuerza. No obstante, en este contexto se trajo desde España a Juan Bautista Túpac Amaru, el medio hermano del cacique de Tinta, quien ya era de avanzada edad, pero que aprovechó el regreso a América para escribir sus memorias en Buenos Aires, dejando testimonio de sus cuarenta años de cautiverio en la península, como resultado de la represión que siguió a la gran rebelión.

En todo caso, hay que tener en cuenta que hablar de una monarquía de carácter incásico era muy diferente a la monarquía constitucional que proponía San Martín para el Perú, quien en ningún momento menciona a los Incas para este propósito, y más bien se rodeó y codeó con una serie de títulos de Castilla residentes en Lima, que nada tenían que ver con los de la casa imperial de Manco Cápac en el Cuzco. El concepto y término utilizado, monarquía constitucional, pudo ser el mismo, pero la naturaleza de los linajes que le daban forma, era muy distinta.

En el caso de O’Higgins, no mencionará ni una monarquía incásica ni castellana ni para Chile ni para el Perú. Pero, cuando lanza sus proclamas en los pueblos del Perú, se dirige “a los hijos del Sol” o enfatizando algunas figuras emblemáticas que reclama-



José de San Martín

José Gil de Castro | 1818 | Óleo sobre tela | 109,7 x 83,5 cm  
Colección Museo Regional Presidente Gabriel González Videla, La Serena

ban descender de linajes incaicos, como son los casos conocidos de Túpac Amaru II y Mateo Pumacahua. De esta manera, el 6 de febrero de 1819, O'Higgins enarbola una proclama convocando a los pueblos del Perú a la lucha por la independencia, instándolos, “apresuraos a romper vuestras cadenas: venid a firmar sobre la tumba de Túpac Amaru y Pumacahua, de estos ilustres mártires de la libertad, el contrato que ha de asegurar vuestra independencia y nuestra eterna amistad”. Si bien los nombres de los caciques de Tinta y Chinchero, ambos cacicazgos ubicados en el Cuzco, resultan adecuados, O'Higgins no parece estar en autos de que Pumacahua fue el enemigo acérrimo de Túpac Amaru durante la gran rebelión, y que no descansó hasta ver al cacique de Tinta vencido y públicamente ejecutado. Es más, Pumacahua hizo una meteórica carrera militar y política luego de la gran rebelión — llegando a ser brigadier general y presidente de la Audiencia del Cuzco— bajo el argumento de que había luchado contra Túpac Amaru, el cacique rebelde. Inclusive, cuando en 1814 el cacique Pumacahua integra la Junta de Gobierno que conformaron los hermanos Angulo en el Cuzco, remarcará que lo hizo por creer que el rey Fernando VII estaba muerto y, por lo tanto, él tenía que defender sus derechos. Da la impresión que nunca fue un convencido rebelde, aunque como corolario de su actuación bélica en las campañas militares de la junta cuzqueña, sería apresado en Sicuani y decapitado en 1815.

Siete meses después de la proclama inicial de 1819, O'Higgins emite una nueva proclama, esta vez dirigida a “los naturales del Perú”, a quienes se refiere como “hermanos compatriotas”. Este documento será transportado por la escuadra libertadora en su segunda salida hacia las costas peruanas. Si bien la proclama no está fechada, fue publicada en la *Gaceta Ministerial de Chile*, el 4 de setiembre de 1819. Existe una versión en quechua, en la cual se invoca nuevamente al cacique rebelde de Tinta, José Gabriel Túpac Amaru. Esta alusión es interesante, pues mientras en Chile Túpac Amaru parece formar parte del imaginario político de los líderes de la independencia, en el caso del Perú, al estar la junta cuzqueña de 1814 integrada por el cacique Mateo Pumacahua, el nombre de Túpac Amaru quedará silenciado. Por lo tanto, las referencias a los Incas y a los hijos del Sol procederán mayormente de fuera del territorio peruano, como es el caso de las proclamas de O'Higgins redactadas en Chile.

Y en este sentido, las alusiones a los Incas y a los hijos del Sol serán consistentes. Así, poco antes de zarpar de Valparaíso la expedición libertadora al mando de San Martín, O'Higgins difunde el 5 de agosto de 1820 una proclama dirigida a los habitantes del Perú, a la que da inicio con la siguiente frase, “yo os saludo ilustres hijos del Sol”, poniendo énfasis en la partida de la expedición “destinada a liberar el suelo de los Incas”. Si bien O'Higgins en sus proclamas no alude a una restauración del Imperio de los Incas, si



#### Luis José de Orbegoso y Moncada

José Gil de Castro | ca. 1835 | Óleo sobre tela | 1141 x 737 cm | Colección Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia. Lima, Perú

utiliza términos que recuerdan el pasado incaico del Perú: tanto la referencia a los hijos del Sol, como su alusión al suelo de los Incas, van en esta dirección. Además, el hecho que esta última proclama esté redactada también en quechua, implica que guarda el propósito de convocar y hacer llegar su mensaje a la numerosa población nativa del Perú. Va más allá de Lima y de su elite.

Este objetivo tomaría otro rumbo al llegar San Martín a la costa peruana, porque desde su ingreso a Lima intentará un acercamiento con la aristocracia criolla y la nobleza titulada del virreinato peruano. Es más, para conformar la Sociedad Patriótica que estableció en Lima, no convocó a ningún representante de la nobleza Inca ni de los linajes cacicales, a pesar que se trataba de indios y mestizos de elite, que eran ilustrados y habrían podido expresar sus opiniones políticas. En ese sentido, da la impresión de que O'Higgins tuvo más disposición para incorporar a los pobladores indígenas en su proyecto político. Posiblemente, el tener en su imaginario político presente a los Incas sea reflejo no solo de su paso por el Perú en su época de escolar, sino también a partir de su comunicación y cercanía a Francisco de Miranda, quien a fines del siglo XVIII propuso un gobierno para América del Sur encabezado por un Inca y con un parlamento a base de caciques o indios nobles. Fue también Miranda quien tradujo la obra de Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, donde son numerosas las referencias a Túpac Amaru y el impacto de su sublevación general.

#### O'HIGGINS, PORTALES Y LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA

Si bien la historiografía chilena enfatiza la figura de Diego Portales como el impulsor de Valparaíso y quien lo convirtió en el principal puerto del Pacífico, se debe tener en consideración que las bases que sentó O'Higgins en su quinquenio de Gobierno, promovieron el despegue y la consolidación del puerto. Que ambos, O'Higgins y Portales, tuvieran puesta la mirada en Valparaíso para aplicarle una política librecambista, acorde con las expectativas extranjeras, no quiere decir que no hubiera una sucesión en términos de quien dio el primer paso para gestar este proceso, y quien lo afianzó. Solo en septiembre de 1823, cuando O'Higgins se encontraba ya en el Perú, es que Diego Portales, como socio de la firma Cea y Portales, solicitará al Consulado la construcción de un muelle en Valparaíso para facilitar sus actividades mercantiles; aunque vale recordar que la necesidad de habilitar un muelle ya la había deslizado en 1822, Bernardo O'Higgins.

De acuerdo al informe del gobernador del puerto de Valparaíso, don Ignacio Zenteno, emitido el 20 de mayo de 1822, “el número de habitantes es hoy el triple respecto del que era en 1810, contándose entre ellos sobre 3,000 extranjeros, de los cuales una gran parte han obtenido la ciudadanía. Se han fabricado en los últimos cinco años cerca de 200 casas, entre ellas algunas de tres y cuatro pisos,

fuera de innumerables tiendas de menudeo y puestos de venta”. Es decir, Valparaíso estaba en pleno auge económico al dejar O'Higgins el Gobierno de Chile. Y, en este sentido, puede haberse dado una superposición de intereses entre Portales y O'Higgins con relación al inminente desarrollo del mencionado puerto, que pudo haber propiciado cierta rivalidad entre ellos e influir en la poca simpatía que se profesaban. Esto sin subestimar, de ninguna manera, sus encontradas posiciones políticas.

En julio de 1827, O'Higgins le escribía desde Montalbán a su entrañable amigo, el irlandés John Thomas, que se encontraba en Lima, explicándole las razones por las cuales tenía serias reticencias de ir a la capital: “en primer lugar, carezco de medios para pagar mis deudas allí; en segundo, no tengo tampoco dinero necesario para la marcha de la hacienda durante mi ausencia; por último, Lima se halla dividida en varias facciones y debo velar cuidadosamente para no verme mezclado en esos asuntos”. Sin duda, se refería a las desavenencias que había provocado la presencia del general Andrés de Santa Cruz en la silla presidencial, cuyo sucesor sería el general José de La Mar. Nótese que ambos presidentes habían nacido fuera del Perú, Santa Cruz en La Paz, Bolivia, y La Mar en Cuenca, Ecuador. Este hecho resultaría inaceptable para ciertos caudillos militares peruanos, como el cuzqueño Agustín Gamarra, provocando faccionalismo y viscerales enfrentamientos bajo el argumento de que el presidente del Perú no podía ser un extranjero.



#### Diego Portales

Narcisse Desmadryl | 1854 | Litografía | 38,7 x 26,5 cm | Colección Museo Histórico Nacional

En contraste, O'Higgins siempre demostró tener un profundo sentido americanista, y apostó por él.

Por esa época, un asiduo visitante en Montalbán fue el peninsular José Joaquín de Mora, quien estuvo involucrado en la redacción de la constitución chilena de 1828. Al ser expulsado de Chile en 1831, a instancias de Diego Portales, llegó desterrado a Lima y de inmediato trató de acercarse a O'Higgins. Su propósito era animar a Bernardo a retomar el poder en Chile, ya que Mora parece haber mantenido marcadas diferencias con Portales y Prieto. Para ello no escatimó esfuerzos promoviendo, inclusive, un acercamiento entre O'Higgins y su detractor Freire, en su afán por ir contra Portales. Y es que, como manifestaba Orbegoso en una carta dirigida a Santa Cruz, “los generales O'Higgins y Freire son mis amigos y ambos desean una variación de Gobierno en Chile”. Mora debe haber contado con un afinado poder de persuasión, pues ese mismo año O'Higgins manifestó su deseo de regresar a Chile, pero Portales se opuso categóricamente, argumentando que era de vital importancia para la estabilidad política chilena mantener al ex director supremo alejado del país.

Si bien O'Higgins marcó claramente una posición de neutralidad y principio de no intervención en las contiendas civiles, la guerra de Chile contra la confederación Perú-boliviana lo mortificó enormemente. En un principio, intentó propiciar un acercamiento entre ambas partes en busca de un arreglo que evitara el enfrenta-



miento bélico. En sus propias palabras, admitió que “me consideraría un hombre desnaturalizado e injusto si no usase de cuantos medios están a mis alcances (*sic*) para impedir la guerra entre Chile y el Perú”. La confederación se había constituido en 1836 y la presidía, en calidad de protector, el general paceño Andrés de Santa Cruz, quien con antelación había sido presidente de Bolivia y del Perú.

Es evidente que existía una relación cordial entre Santa Cruz y O’Higgins, que se puede apreciar a través de la correspondencia que cruzaron, cuando el director supremo de Chile ya radicaba en el Perú. Así, el 13 de febrero de 1829, Santa Cruz le escribía a O’Higgins desde Arequipa manifestándole que, teniendo en cuenta que eran pocos los que sabían de la relación de amistad que los unía, le había sido posible rastrear la opinión que se tenía sobre el director supremo, convenciéndose “de que la memoria del general O’Higgins es tan amada en Chile como la de un padre ausente”.

Ya en plena confederación, Santa Cruz no dejará de halagar a O’Higgins y de ofrecerle puestos destacados. En este sentido, hay dos hechos documentados. El primero se refiere a su nombramiento como Gran Dignatario Supernumerario de la Legión de Honor del Protectorado, a cuya ceremonia oficial Bernardo se excusó de acudir. Posteriormente, Santa Cruz lo invitará a integrar la comisión de ocho notables que se iban a encargar de sentar las bases para la creación del Banco Nacional del Perú, pero, una vez más, O’Higgins se abstendrá de participar. Finalmente, Santa Cruz, en

plena guerra de la Confederación, sopesará la posibilidad de enviar a Chile al general O’Higgins, como mediador, “cuya presencia bastaría para conmover los cimientos de la presente administración, que se abstendrá de molestarnos desde que sienta la resolución nuestra de corresponder a su imprudente política”.

El asesinato de Portales, planeado por Vidaurre y ejecutado por Florián, impactó en la opinión pública y en el congreso de Chile, que por unanimidad decide declarar la guerra a la confederación. O’Higgins creyó que con la muerte de Portales sus sucesores, “tendrían luces suficientes para hacer ver las locuras y errores de ese desdichado”, a cuya empresa, en otro momento, había calificado de “loca y temeraria”. Pero, al contrario, la pérdida de Portales da la impresión de crear consenso en Chile de que la guerra era inevitable.

O’Higgins está en su casa de Espaderos, en el centro de Lima, cuando el 21 de agosto de 1838 se produce la batalla de Portada de Guía, que marcará el triunfo del ejército restaurador y el ingreso de las tropas chilenas a la capital peruana. Agustín Gamarra cumplirá entonces su anhelo, al ser designado presidente provisorio de un Perú desgajado. Durante la ocupación de Lima, el general Bulnes es un asiduo visitante de la residencia de O’Higgins en la calle Espaderos. Dado este acercamiento, el ex director supremo escribirá a Santa Cruz y a Bulnes con el fin de evitar un nuevo enfrentamiento, pero las diferencias parecen ser irreconciliables.

La guerra de la Confederación que enfrentaba a Chile con el Perú preocupará y desgastará emocionalmente a Bernardo, como él mismo se encargó de señalar, que por una parte estaba “el amor a mi patria nativa, despojada de sus mejores actitudes por una gavilla ingrata, y por la otra la gratitud y justo amor a una patria adoptiva que me sustenta, amenazada injustamente y sobre todo el escándalo, eran motivos poderosos para que me angustiaren el corazón”. En la misma misiva, fechada el 1 de diciembre de 1837, O’Higgins felicitaba efusivamente a Santa Cruz por la firma del tratado Paucarpata, que a su entender, ponía fin a la guerra de la Confederación, agradeciéndole, “nos haya dado el período de gozar la paz tan pronto”. Pero, a pesar del tratado, o quizás precisamente por los términos del mismo, la guerra continuaría hasta 1839, enfrentando no solo a chilenos contra peruanos, sino también a peruanos contra peruanos.

Aunque pueda dar la impresión que es en este contexto en que recrudescen los sentimientos encontrados de Bernardo frente a Chile y la confederación, ocurrirá un hecho que más bien propiciará un acercamiento de O’Higgins hacia sus compatriotas estacionados en Lima. Su madre, doña Isabel Riquelme, quien se encontraba delicada de salud, fallece inesperadamente el 21 de abril de 1839, a los 82 años de edad. El despliegue de homenajes que se tributan a la progenitora de O’Higgins de parte de los jefes militares y el ejército chileno, y las expresiones de solidaridad hacia los deudos, que no se escatiman, deben haber conmovido al ex director supremo de Chile. Sin duda,

**Andrés de Santa Cruz**

José Gil de Castro | 1828 |  
Óleo sobre tela | 43 x 36 cm  
| Colección privada, La Paz



**Simón Bolívar**  
Francis Martin Drexel | 1828 | Óleo sobre tela | 72,6 x 60,3 cm | Colección Casa de la Libertad, Sucre, Bolivia

**Portrait of a South American Official**  
Francis Martin Drexel | 1827 | Óleo sobre tela | 71 x 58 cm | Drexel Museum Collection, Drexel University, Filadelfia, Estados Unidos

resultó solemne que el ataúd fuera cargado por las tropas chilenas que lo condujeron desde el centro de Lima hasta el Cementerio General. El general Bulnes en persona, acompañado de su Estado Mayor, iba detrás del féretro junto a O'Higgins y su familia. Vicuña Mackenna llega a comparar la pompa de los funerales de doña Isabel con la que se exhibía en el sepelio de las virreinas durante la Colonia. Las exequias se celebraron en la iglesia San Agustín, ubicada a poco más de una cuadra de la casa de Espaderos.

Meses después, y todavía durante la ocupación de Lima, se conmemoró el 18 de septiembre de 1839, fecha correspondiente al aniversario patrio de Chile. O'Higgins sería invitado a todas las celebraciones, inclusive haría el brindis de honor en el banquete que se llevó a cabo en el campamento de Amancaes. No obstante, debido a su duelo, no asistió al baile programado para la noche. Pero al día siguiente acudió al almuerzo que el general Bulnes ofreció a las autoridades chilenas y peruanas.

A pesar de la derrota de Yungay, Santa Cruz porfiadamente intenta negociar una vez más con Chile, y para ello vuelve a buscar el apoyo de Bernardo, pero la suerte ya está echada. El siguiente paso es la disolución de la confederación, que solo llega a tres años de vida, y su colapso significará el fracaso del sueño integracionista para unos, y el final de la pesadilla hegemónica, para otros.

Así, solo tres años antes de fallecer, O'Higgins pudo recién ver concluida la guerra contra la confederación, de cuyo resultado, en sus



propias palabras, no se pudo regocijar: "...así como no me está dado poderme regocijar por el triunfo del uno, que sea funesto o traiga el menoscabo del otro. Deseo, por lo tanto, más bien un arreglo en que no sea preliminar las victorias de armas que a lo dicho, siempre son caras, aún a los victoriosos". Aquí O'Higgins se encuentra claramente en una encrucijada entre su patria nativa, Chile, y su patria adoptiva, el Perú. En esta última llevaba viviendo quince años sin haber retornado en todo este tiempo, por diferentes razones, a su país de origen.

#### EL RETIRO EN LA CASA-HACIENDA MONTALBÁN

Durante su última estadía en Lima, O'Higgins se retiró a vivir en Montalbán, donde se instaló a partir de enero de 1825, en tiempos en que Bolívar era el presidente del Perú. La hacienda estaba ubicada en el valle de Cañete, a cuarenta leguas al sur de Lima, y era la propiedad que San Martín le había adjudicado en reconocimiento a su compromiso con la independencia del Perú. De acuerdo al decreto expedido en Lima el 30 de marzo de 1822, se donaban a O'Higgins las haciendas de Montalbán y Cuiba, en retribución a "los eminentes servicios que ha hecho a la causa de América el supremo director de Chile ... y la principal parte que ha tenido en la libertad del Perú, dirigiendo a este grande objeto los esfuerzos de su administración hasta verlo cumplido".



**Autorretrato**  
Bernardo O'Higgins, atribuido | ca. 1830 | Acuarela sobre marfil | 6,4 x 8,3 cm  
Colección Museo Del Carmen de Maipú



**Manta usada por Bernardo O'Higgins para montar a caballo en su hacienda de Montalbán**

Perú | ca. 1830 | Algodón, Seda | Ancho 132 cm, Largo 148 cm | Colección Museo Histórico Nacional

Indudablemente, don Bernardo no fue el único beneficiado con la transferencia de propiedades que habían pertenecido a los realistas. De alguna manera, la entrega de haciendas a los patriotas más destacados era un modo de gratificarlos por los sueldos que aún estaban pendientes como recompensa por su actuación bélica. Dentro de este contexto, por ejemplo, el mariscal Antonio José de Sucre recibió la hacienda La Huaca, ubicada en el valle de Chancay, que de acuerdo a su testamento, fechado el 10 de noviembre de 1829, estaba avaluada en 206,000 pesos (1825). En los años 1827 y 1828, su arrendamiento le había significado un ingreso anual de 6,000 pesos, que luego de las rebajas de rigor, se habían convertido en 5,300 pesos. De igual modo, José Faustino Sánchez Carrión solicitó, en 1825, que se le adjudicara la hacienda Menacho, propiedad que había pertenecido al prominente comerciante navarro Martín de Osambela, inicialmente tasada en 60,000 pesos, pero que, para el momento, fue avaluada solo en 20,171 pesos.

A su llegada a Montalbán, O'Higgins llevó a cabo algunos pagos de contribuciones anuales y ciertas transacciones que quedaron registradas en la notaría de Gerónimo de Villafuerte. En primer lugar, tuvo que asumir el pago de un impuesto de 66 pesos y 5 y medio reales, que debía cancelar dos veces al año, normalmente en marzo y octubre, por los réditos del principal de 3,330 pesos impuestos a 3% sobre la citada hacienda Montalbán, a favor del convento de la orden de ermitaños de San Agustín. Cumplió rigurosamente



**Retratos de Bernardo O'Higgins y José Tomás Argomedo (detalle)**

Bernardo O'Higgins, atribuido | ca. 1829 | Acuarela sobre marfil | 10,7 × 7 cm | Colección Museo Histórico Nacional

con este pago desde que tomó posesión de la hacienda hasta 1841. En segundo lugar, vendió a doña Francisca Quiñones, por 500 pesos en efectivo, el quince de marzo de 1826, una esclava de dieciocho años, llamada María de la Presentación, hija de la negra Rosa Agustina, que era también su esclava en Montalbán. El mismo día, don Bernardo adquirió una esclava para su madre, por la que pagó 300 pesos en efectivo, se trataba de Bernavela, una niña de doce años que había nacido en la hacienda Ylarión, de la villa de Cañete, que era propiedad de doña Mercedes Basombrío. Hay referencias de que en Montalbán trabajaban alrededor de cincuenta esclavos, al instalarse en la hacienda O'Higgins. Aunque también hay registros que indican, en los momentos de más alta productividad, previos a la independencia, que Montalbán había contado con alrededor de 200 esclavos. Esta última cifra concuerda con el promedio de mano de obra esclava que operaba en las haciendas vitivinícolas e ingenios azucareros colindantes a la capital.

En 1823, el tema de la esclavitud resultaba polémico en el Perú. San Martín, al declarar la independencia en 1821, había otorgado la libertad a los esclavos que se unieran a la causa patriota. Esto provocó el abandono masivo de parte de los esclavos de las haciendas que circundaban la ciudad de Lima. Los airados reclamos de los propietarios de ingenios azucareros y viñedos en explotación afectados por la huida de sus operarios negros no se hicieron esperar. San Martín, temiendo un enfrentamiento con los criollos

acaudalados, que políticamente no le convenía, debió dar marcha atrás en sus resoluciones. Decretó entonces que solo los esclavos que pasaran la revisión a la que eran sometidos para ingresar al ejército patriota, serían manumisos, el resto debía volver a sus centros de trabajo. En este sentido, se puede afirmar que la abolición de la esclavitud en el caso del Perú fue selectiva, ya que alrededor de 2/3 de los esclavos se mantuvieron adscritos a las haciendas donde laboraban. De allí que Montalbán, siendo un ingenio azucarero, contara con mano de obra esclava cuando O'Higgins tomó posesión de su administración.

De acuerdo a las descripciones, Montalbán se componía de una angosta faja de tierra cultivable que se extendía por el espacio de más de una legua entre el pueblo de Cañete y el puerto de Cerro Azul, a orilla del mar. La hacienda estaba destinada exclusivamente al cultivo de la caña de azúcar y estaba dividida en cuarteles o pequeños potreros. Más adelante, en 1827, O'Higgins incursionaría con éxito en la fabricación de aguardiente o "pisco", que es como ya denomina a este licor en una carta que remite a John Thomas, desde Trujillo, en 1824. El producto demostró tener una gran acogida en el Callao. La hacienda producía entre 10 a 12,000 pesos anuales, a partir de la venta de alrededor de 6,000 arrobas de azúcar y algunas toneladas de aguardiente. Pero esta cifra debe corresponder a los períodos de alta productividad, ya que hay correspondencia que indica que O'Higgins tuvo que recurrir en más de una ocasión a préstamos con el fin de



**Cajuela que perteneció a don Bernardo O'Higgins**  
ca. 1817 | Madera tallada y ensamblada; cuero curtido; cerrajería de hierro | Colección Museo Escuela Militar

mantener activas sus haciendas. Uno de sus principales acreedores fue el comerciante chileno Pedro Candamo, quien es descrito como su prestamista habitual, al 2%.

Se estimaba que solo la hacienda Montalbán estaba valorada, antes de la expropiación, en alrededor de 600,000 pesos, con sus edificaciones, aperos, tierras y esclavos. Al haber sido estas haciendas ocupadas prolongadamente por el ejército realista y utilizadas como cuarteles, se encontraban —luego de la guerra de independencia— en un lamentable estado de deterioro. De allí que bajo la vigilancia de Thomas hubo que reparar las acequias, recoger el ganado disperso y replantar los viñedos y plantaciones de azúcar, que habían sido el eje económico de su producción. Gracias a la atención que O'Higgins le prodigó y al capital que le invirtió, Montalbán llegaría a convertirse en una de las haciendas más productivas del valle de Cañete, iniciando un ascenso sostenido a partir de 1835, aunque en los años previos, ya se vislumbraba su recuperación. Así, a mediados de 1831, O'Higgins vendió al comerciante John Morris mil galones de ron que embarcó del pequeño puerto de Cerro Azul, rumbo al Callao. Adicionalmente, en 1837 Bernardo realizó una fuerte inversión en Montalbán, al adquirir maquinaria moderna para incrementar los niveles de producción de su ingenio azucarero. Por ejemplo, hay referencias que indican que la chancaca que se producía en la hacienda gozaba de alta estima por su calidad y tamaño, obteniéndose un monto de 25 pesos diarios con su venta.

La casa de la hacienda se componía de un solo y espacioso ambiente, con un salón amplio en el centro, salas a ambos lados y un ancho corredor, en forma de galería abierta. Tenía capilla —la más grande del valle— y en la parte posterior se ubicaba el galpón de los esclavos, el trapiche de moler caña, la casa de pailas, la casa de purga, la casa de sol, el granero, el almacén y la enfermería. También contaba con una amplia huerta con treinta parras, cuarenta y siete chirimoyos, veintiocho higueras, veinticinco olivares y un sin número de árboles frutales. Adicionalmente tenía un corral para el ganado y extensos alfalfares para el forraje.

Vicuña Mackenna, que visitó Montalbán en 1860, notó que la sala de recibo había sido decorada con dos excelentes retratos puestos uno frente al otro; eran los de O'Higgins y Bolívar. Siendo Montalbán un paso obligado en la ruta que unía Lima y Arequipa, fueron muchos los políticos y militares que se acogieron a la hospitalidad de Bernardo. Debido a ello, Bolívar, Santa Cruz, Salaverry, La Fuente, entre otros, fueron sus huéspedes. También fueron acogidos en la hacienda algunos compatriotas de don Bernardo, como don Pedro Aldunate —agente del fracasado conato rebelde a favor de O'Higgins en Chiloé— a quien el director supremo empleó como administrador de Montalbán, puesto en el que Aldunate se mantuvo hasta su muerte. Igualmente, recibió a don Manuel Fuentes, quien también había apoyado el frustrado intento subversivo de Chiloé. A este último, O'Higgins lo contrató para trabajar en su hacienda poniéndolo a cargo del cultivo del maíz.

Entre los ilustres visitantes que se hospedaron en Montalbán, se encuentra el presidente Luis Orbegoso, quien en noviembre de 1834 hizo una breve estancia en Cañete. Con el fin de agasajarlo debidamente, don Bernardo pidió que le enviaran de Lima media docena de jamones de Chiloé, media arroba de bacalao y quesos mantecosos de la sierra. Orbegoso arribó a la hacienda acompañado del general Domingo Nieto y del coronel Francisco Valle Riestra. En el banquete que tuvo lugar por la noche, el presidente del Perú abrió el baile con la media hermana de O'Higgins, Rosa. Luego de una estadía de dos días, Orbegoso abandonó Cañete, siendo despedido personalmente por Bernardo. Da la impresión que O'Higgins expresó su “neutralidad” frente a los conflictos surgidos entre caudillos, inclusive en su papel de anfitrión, ya que también recibió en su hacienda a Salaverry, luego que este le declarara la guerra abierta a Orbegoso y Santa Cruz.

Durante los meses de verano, el director supremo se desplazaba a la caleta de Cerro Azul para disfrutar de baños de mar, que tanto le atraían, y que también tomaba en Chorrillos y Bellavista, cuando bajaba a Lima o al Callao, acompañado de su familia. Y es que eventualmente su familia se trasladaría con él a Montalbán, porque, como le confesó a San Martín en una carta, no podía seguir manteniéndolos en la capital, por falta de recursos económicos. A diferencia de lo que hizo su padre don Ambrosio con él, legitimándolo en su testamento, O'Higgins guardó completo silencio sobre la

presencia de su vástago ilegítimo al suscribir su última voluntad, probablemente porque al tratarse de un hijo adulterino, producto de su unión ilícita con Rosario Melchora Puga, no le podía heredar. La herencia de Montalbán y otras propiedades debieron llegarle a Pedro Demetrio Jara (que era así como se le conocía) años después, al fallecer su tía Rosa, ya que parece que Bernardo dejó a su hermana instrucciones precisas al respecto. Como ocurrió con Bernardo, Demetrio recién comenzó a utilizar el apellido O'Higgins luego de fallecido su padre.

En Cañete, Bernardo también aprovechó de cultivar una estrecha amistad con uno de los principales intelectuales de la época, el médico peruano, nacido en Arica, Hipólito Unanue, quien era dueño de la vecina hacienda San Juan de Arona, que se ubicaba a solo cinco kilómetros de Montalbán. Montado en su caballo, “El Huamanguino”, O'Higgins cubría esta distancia para visitar con frecuencia a Unanue, quien se había retirado de la vida pública en 1827, luego de abandonar Bolívar el Perú, de quien había sido ministro de Relaciones Exteriores. Bernardo disfrutó una decena de años de esta fructífera amistad, ya que el sabio peruano falleció en Lima en 1833, a los 78 años de edad.

Pero las haciendas con que se recompensó a O'Higgins su compromiso con la independencia del Perú no estuvieron libres de litigios judiciales. En 1832, doña Ignacia Novoa, esposa del antiguo dueño de las propiedades, el brigadier Arredondo y Pelegrés, inició

trámites ante el congreso para recuperar los bienes que le habían expropiado a su marido, marqués de San Juan Nepomuceno, incluyendo en el alegato las haciendas Montalbán y Cuiba. Luego de tres meses de deliberaciones, el pronunciamiento del congreso fue favorable al ex director supremo de Chile, y de esta manera se ratificó la entrega que se le había hecho de ambas propiedades, durante el Protectorado. Posterior a su fallecimiento, la viuda de Arredondo volvería a reclamar las propiedades, y una vez más su solicitud sería denegada a favor de los herederos de O'Higgins.

#### LA CASA DE ESPADEROS Y EL DECESO DEL GRAN MARISCAL DEL PERÚ

Bernardo O'Higgins de Ballenar y Riquelme —que es como se auto denomina en su testamento— no volvió a Chile en 1823 con el fin de reclutar tropas para apoyar a Bolívar, ni tampoco regresó a instancias de Santa Cruz para poner en jaque al Gobierno chileno de turno durante la Confederación. El presidente Bulnes, su contrincante electoral, le dio facilidades para su regreso a Chile, y el 6 de octubre de 1842 el Congreso Nacional de Chile le reconoció el derecho a gozar de una pensión vitalicia si retornaba al país. Pero fue un anhelo que no pudo materializar, ya que el 24 de octubre de 1842, a la edad de 64 años, se produjo su deceso.

O'Higgins falleció en la casa ubicada en la calle Espaderos, en Lima, ciudad que escogió para su destierro voluntario y donde vivió sus últimos veinte años entre los avatares de la independencia y más adelante, de la Confederación Perú-boliviana (1836-39), durante la cual el general paceño Andrés de Santa Cruz solicitó sus favores como mediador.

De hecho, parece que hasta en dos oportunidades Bernardo estuvo cerca de embarcarse de regreso a Chile, aconsejándole los médicos que permaneciera allí solo los meses de verano, para evitar los rigores del invierno que podían afectar su salud. Así, su primer intento de retorno quedó fijado para el 27 de diciembre de 1841, en el vapor *Chile*, que en esa fecha zarpaba del Callao. Pero, precisamente el día del viaje, O'Higgins sufrió un infarto que lo obligó a permanecer en Lima. La segunda fecha que se fijó para su regreso a la patria fue para inicios de febrero de 1842, en la nave *Perú*, que debía zarpar rumbo a Valparaíso. No obstante, una vez más, al acercarse la partida, se le volvieron a presentar los síntomas y el malestar que lo había aquejado en la ocasión anterior, obligándolo a suspender el viaje. Es probable que el retorno a Chile produjera en O'Higgins sentimientos encontrados: entusiasmo, por un lado, de volver a su patria; pero angustia y ansiedad, por otro, de no saber cómo iba a encontrar a su país, después de casi veinte años de ausencia y, sobre todo, de cómo lo iban a recibir sus compatriotas. Además, en 1842, la fragilidad de su salud ya era evidente.

Para ese entonces, su médico de cabecera, el doctor don Juan Maclean, le había adelantado que la naturaleza de la enfermedad que padecía “pudiera de repente tener un éxito mortal”, de allí que el 8 de octubre de 1842 dejara un poder para testar a doña Rosa Rodríguez y Riquelme, su media hermana. Desde días antes de su defunción, el diario *El Comercio* se encargó de dar cuenta del deterioro en el estado de salud de O'Higgins. Así, el 12 de octubre, una nota firmada por José María Pedrero, informaba del “mal estado de salud de éste patriota ilustre que tantos y tan importantes servicios hizo a la causa de la independencia; no es una desgracia que afecta únicamente a su familia, a sus allegados y amigos, sino al Perú y a Chile, su patria, y a América entera como personaje de toda ella por la naturaleza y consecuencia de sus heroicos esfuerzos por la independencia y libertad de que gozamos”.

Dos días después, aparecía en *El Comercio* una nota suscrita por Mariano Álvarez, que cuestionaba la actuación del Gobierno de Chile con relación a O'Higgins. En la nota, Álvarez opinaba que el Perú había cumplido parte de sus deberes para con el general O'Higgins, para seguidamente preguntarse: “¿y el ilustrado Gobierno de Chile no llenará los que le corresponden? ¿Será posible que el destino de todos los grandes hombres sea de vivir olvidados de su patria, y solo después de su muerte obtener unos recuerdos inútiles? Esperemos que esta mancha no caerá sobre el gabinete de Santiago; pero si así fuese, nosotros nos apropiaremos de O'Higgins



**Rosa Rodríguez**  
Bernardo O'Higgins,  
atribuido | ca. 1830 |  
Acuarela sobre marfil |  
14,3 x 11,8 cm | Museo del  
Carmen de Maipú

y de sus glorias, y el Perú será con orgullo la patria del que le preparó la independencia, venciendo con San Martín en Chacabuco y Maipú”.

Bernardo O'Higgins dejó de existir el 24 de octubre, luego de pedir que se le amortajara con el hábito de la orden mendicante de San Francisco, en lugar de usar su uniforme militar. Ya con antelación, al agravarse su salud, había solicitado se colocara un altar portátil en su habitación para oír misa. Se dice que la última palabra que exhaló fue “Magallanes”, en recuerdo de la región del sur de Chile, donde tenía pensado establecer una o más colonias, un proyecto al que dedicó sus últimos días. En este sentido, el 4 de agosto —falleció veinte días después— le remitió un oficio al ministro de Relaciones Exteriores de Chile, don Ramón Luis Yrarrázabal, donde enfatizaba en el primer inciso, su interés en “la colonización del estrecho de Magallanes por pobladores los más adaptables al clima, como son los de Chiloé”.

Las exequias del Director Supremo de Chile y Gran Mariscal del Perú se celebraron el 26 de octubre, con toda pompa, en la iglesia de La Merced, como lo había explicitado en su testamento. Se erigió un catafalco que tenía las banderas de Chile, el Perú y Argentina, y asistieron a las honras fúnebres desde el presidente del Perú en funciones, mariscal Antonio Gutiérrez de la Fuente, hasta representantes del Gobierno peruano y de las fuerzas armadas. La misa fue oficiada por don Santiago O'Phelan, obispo de Ayacucho, quien



Retrato de Demetrio O'Higgins y Puga  
Alessandro Capalti | 1861 | Óleo sobre tela | 105 x 137 cm  
Colección Museo Histórico Nacional

era hijo del irlandés originario de Waterford, afincado en Arequipa, capitán Raymundo O'Phelan. Hasta para celebrar la misa de cuerpo presente Bernardo escogió a un clérigo hijo de irlandés, al igual que a lo largo de su vida y en diferentes etapas de la misma, había buscado, en primera instancia, el apoyo de los paisanos de su padre, como ocurrió con Blake en su juventud y con Thomas, siendo ya adulto. Si bien nació en Chile y siempre estuvo pendiente de los avatares políticos de su país, Bernardo O'Higgins da la impresión de haber llevado clavada en el corazón, a esa Irlanda lejana que nunca pudo conocer. Sin embargo, su hijo Pedro Demetrio llegaría a visitar. Además, siempre mostró un sincero y recurrente agradecimiento al Perú por haberlo acogido: su patria adoptiva, como él mismo la denominaba.

Así, en una carta escrita poco antes de morir, a José María Galdiano, fechada el 20 de agosto de 1842, el ex director supremo de Chile muestra una vez más su agradecimiento hacia el país que lo acogió durante casi veinte años, señalando: "sé que jamás podrá pagar en forma adecuada la gran generosidad y amable hospitalidad que he recibido de la nación peruana". En esta carta ratificó lo que ya

había afirmado muchos años antes, concretamente el 6 de setiembre de 1827, cuando escribió, "por la independencia de América sacrifiqué en Chile, mi patria, mis mejores años, mi salud y mis bienes; pero debo a la generosidad del Perú una vida tranquila y no mendigar mi subsistencia y la de mi familia".

El reconocimiento de parte de Chile que Bernardo esperó pacientemente por tanto tiempo, le llegó tarde. Poco antes de que hiciera su testamento, *El Comercio* del 27 de setiembre de 1842, publicaba el acuerdo tomado en la sesión del 7 de setiembre del mismo año, por el Departamento de Guerra de Chile, donde se aprobaba "conceder al general O'Higgins el goce de sus rentas así cuando se halle fuera de la república". Un derecho del que ya no pudo disfrutar, pues le llegó al final de la vida.

## CAPÍTULO V

# O'HIGGINS, EL PERSONAJE

Cristián Guerrero Lira\*



\* Cristián Guerrero Lira, Licenciado en Historia por la Universidad de Chile, Doctorado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Académico del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile y del Magister en Historia Militar de la Academia de Guerra del Ejército. Entre sus publicaciones cabe mencionar: *La Contrarrevolución de la Independencia en Chile* (2002), *Repertorio de Fuentes Documentales para el Estudio de la Independencia de Chile. 1808-1823* (2008), *El Primer Congreso Nacional de Chile (1811) y sus Documentos Fundamentales* (2011) y *Cartas de Bernardo O'Higgins* (2011).

El 24 de octubre de 1842 es la fecha del fallecimiento de Bernardo O'Higgins. También es la del nacimiento de su imagen paradigmática en tanto *Héroe, Padre de la Patria* y *Libertador*, adjetivos con los que se le recuerda en Chile. En definitiva es la fecha desde la cual O'Higgins pasó a ser parte, no de la historia de Chile, en la cual ya figuraba, sino que de la cultura de los chilenos. En las páginas siguientes pretendemos exponer las manifestaciones de esa realidad.

### REPATRIACIÓN Y MONUMENTOS

A su muerte, O'Higgins era físicamente lejano para los chilenos. Tal como lo había deseado, su estadía en Perú había evitado hechos de violencia en el país, pero también lo había distanciado de sus conacionales. Ahora, en 1842, ya fallecido, llegaba el momento del retorno.

Los esfuerzos por lograr la repatriación de sus restos datan de fines de ese año cuando el presidente Manuel Bulnes presentó al Congreso Nacional un proyecto de ley destinado a ese efecto, el que fue tramitado por dos años. Luego de aprobarse cayó en el olvido debido a razones presupuestarias y también políticas: las divisiones surgidas durante la independencia aún se manifestaban.

Solo en la década de 1860 se replanteó el tema. Un hecho que contribuyó a ello fue la visita de Demetrio O'Higgins a Chile. Si bien se trataba de un asunto privado y circunstancial, pues iba de paso en viaje a Europa, se empezó a evidenciar que el transcurso del tiempo había subsanado, en parte, discordias latentes.

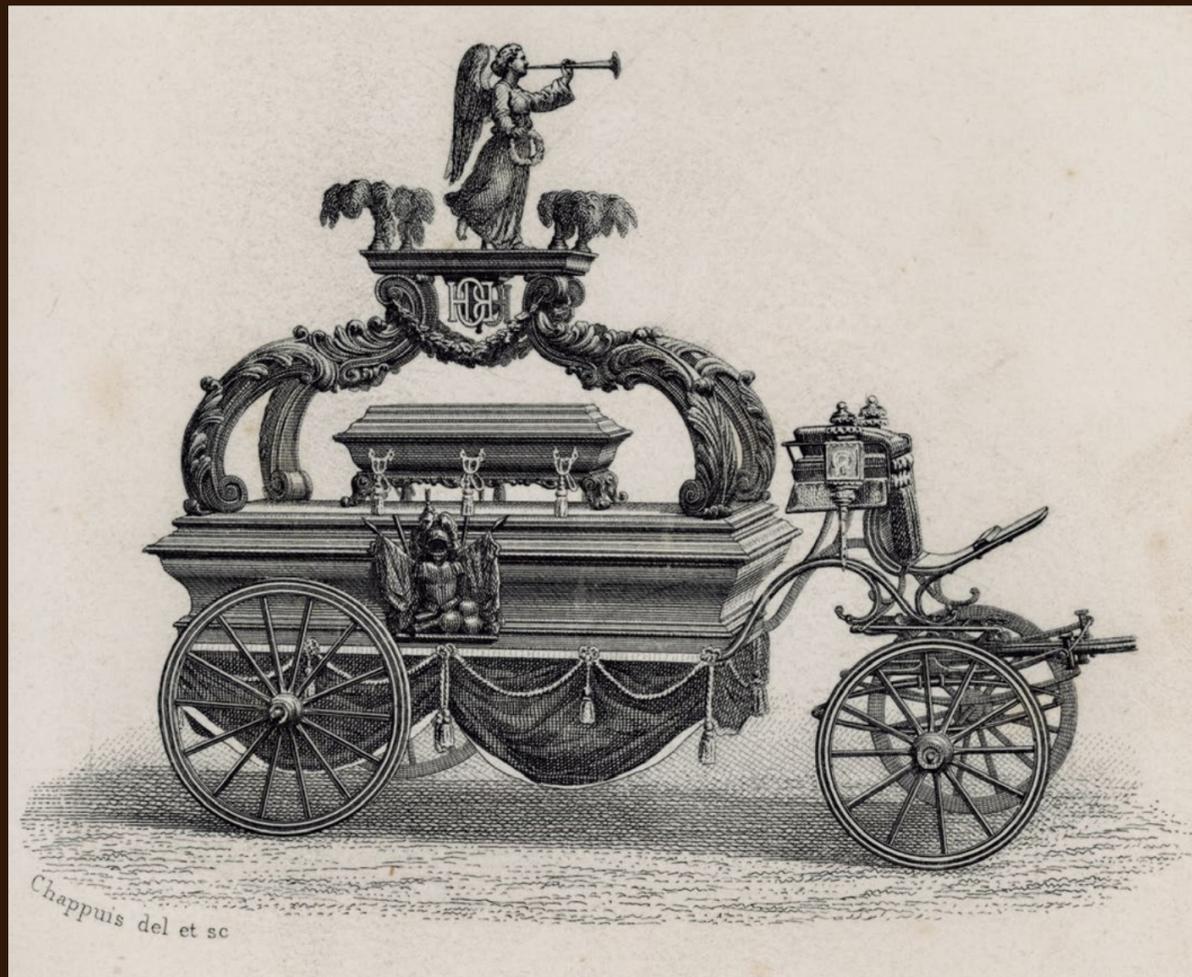
Demetrio recaló en Valparaíso el 23 de febrero de 1860, siendo recibido entusiastamente por las autoridades de la ciudad.

Según relató el periódico *El Comercio*, el intendente Cornelio Saavedra, “envió a bordo un sujeto que lo saludase a nombre suyo, y aún se dice que mandó un bote a disposición de aquel caballero para desembarcarlo. Estas señales de distinción de parte de la autoridad de la provincia son tanto más significativas cuanto raras y esta demostración indica, desde luego, que la persona a quien se hace, debe ser muy distinguida. En efecto, el señor don Demetrio es hijo de un general, cuya figura resalta grandemente en la historia de Chile y es una de las más gloriosas de su independencia”.

Fue en Rancagua donde más se manifestó al visitante el aprecio por su padre. El 12 de marzo, un medio de prensa recién reprodujo el texto de una esquela con que se invitaba a un baile ofrecido en su honor:

Con ocasión de hallarse hospedado entre nosotros don Demetrio O'Higgins, hijo del muy ilustre Capitán General don Bernardo O'Higgins, cuyas proezas en la memorable jornada del 1 y 2 de octubre de 1814, han dejado al pueblo de Rancagua un recuerdo indeleble, hemos creído de nuestro deber aprovechar esta circunstancia para honrar la memoria del inclito campeón en la persona de su hijo, obsequiándole esta noche con un té, en la casa de don Miguel Cuadra Muñoz. Proponiéndonos en este acto dar un testimonio de civismo, que caracteriza al pueblo de Rancagua, tributando un homenaje digno del benemérito que, abriendo brecha entre las huestes enemigas, condujo a las nuestras por la senda de la gloria.

La figura de O'Higgins ya empezaba a ser reconsiderada, más que nada por aquellas actuaciones suyas que generaban consenso: su accionar militar durante la independencia. Varios puntos de su



Carro fúnebre en que fueron conducidos los restos de Bernardo O'Higgins desde el ferrocarril a la Catedral  
Publicado en *La Corona del Héroe*. Santiago de Chile: 1872 | Colección Raúl Ibáñez



Urna en que se trasladaron los restos de Bernardo O'Higgins

Madera | 30 cm de alto x 148 cm de largo x 47 cm de profundidad | Colección Museo Escuela Militar

Gobierno aun generaban diferencias y, a veces, graves. Por lo primero no debe causar extrañeza que en 1864, cuando ya se producían los primeros roces que llevaron al estallido de la guerra naval contra España, se revitalizaran los sentimientos de patriotismo y americanismo, ambiente en el que Benjamín Vicuña Mackenna y Ramón Rozas Mendiburu (nietos de Juan Mackenna y de Juan Martínez de Rozas, destacados personajes de la independencia y en extremo cercanos al Libertador), se avocaron a la tarea de reimpulsar el proceso de repatriación, que finalmente se concretó a principios de 1869.

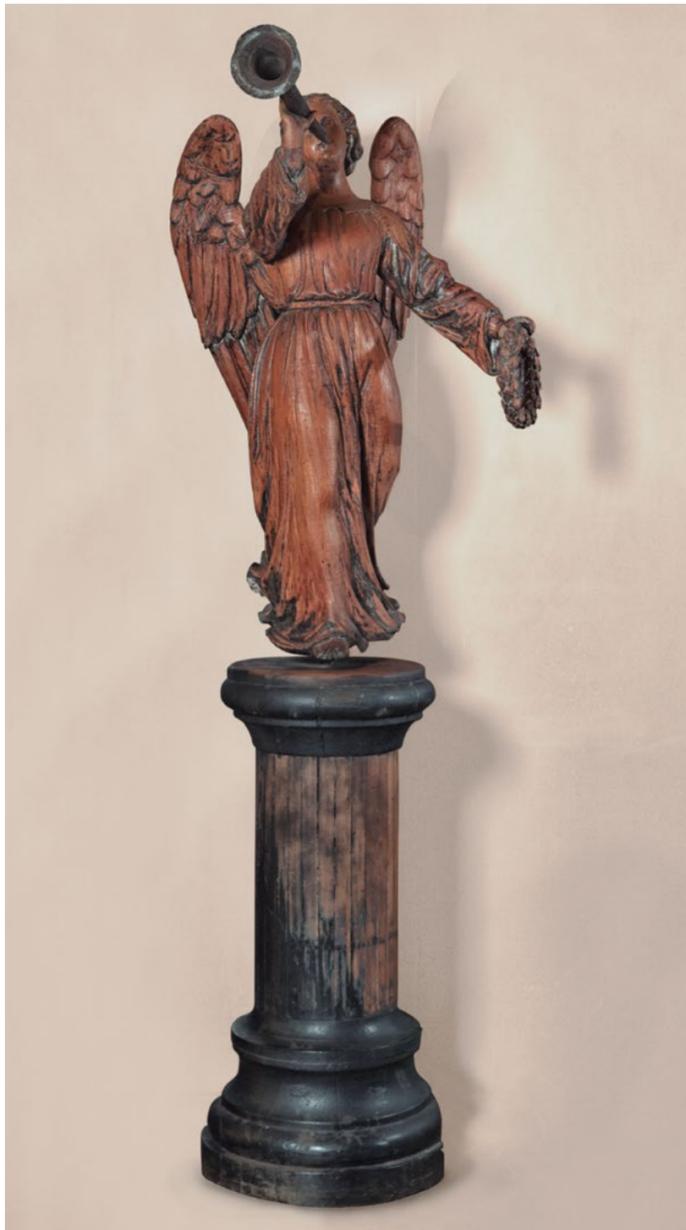
El Perú, agradecido y también dolido por la separación de los restos mortales de O'Higgins, facilitó su regreso a la patria. La verdad, es que hasta ese momento era más admirado allá que en Chile. José Antonio Barrenechea, ministro de Relaciones Exteriores peruano, expresó los sentimientos de su país en la ceremonia de exhumación:

Vuestro Capitán General nos pertenecía: pero él era, ante todo vuestro. Por eso os lo devolvemos. Sin embargo, esas cenizas os dirán que están naturalizadas en el Perú. Ellas son el glorioso recuerdo de una gloriosísima unión. ¡Singular destino el del Capitán General,

Gran Mariscal O'Higgins! En el poder, en la proscripción y en la tumba sirviendo a la misma causa, a la gran causa de la unión americana. Hoy que los héroes que descansan en nuestro cementerio lo olvidan todo para no recordar sino los méritos del Capitán General y que, imparciales y tranquilos, lo aguardan para fraternizar en la tumba, hoy él puede dar su despedida a La Mar y a Gamarra que lo han acompañado aquí.

El sentimiento imperante era que O'Higgins retornaría a su patria natal y pasaría a ser "de" los chilenos. Estos irían a Lima a repatriar sus restos; para volverlos a sepultar, con todos los honores, en el suelo de la patria común. O'Higgins estaría entre sus compatriotas, donde debía estar. Por otra parte, con la traslación de los restos y los consiguientes homenajes, el país saldaría su deuda de gratitud con quien había luchado arduamente y sin descanso por su independencia.

La repatriación no implicó únicamente el traslado de los restos. También fue una acción que, considerada desde un plano menos material, simbolizó la consagración del héroe, la fijación de la imagen de un arquetipo representativo de la dinámica nacional.



Ángel de la urna en donde se trasladaron los restos de Bernardo O'Higgins

Anónimo | ca. 1869 | 100 cm de alto | Madera | Colección Museo Escuela Militar

Escudo de Chile, que decoró la urna en donde se trasladaron los restos de Bernardo O'Higgins

Anónimo | ca. 1869 | 62 cm de alto x 59,6 cm de ancho y 11 cm de profundidad | Madera | Colección Museo Escuela Militar



Por esta razón enero de 1869 marca el inicio de una profunda identificación entre los chilenos y O'Higgins. Desde esas ceremonias se habló de él como *Padre de la Patria*, se ensalzaron sus méritos y virtudes, se revaloran sus acciones militares y también se comenzaron a limar las asperezas existentes respecto de sus actuaciones políticas que, mal que mal, existieron y deben entenderse como parte integral de su vida, humana como todas.

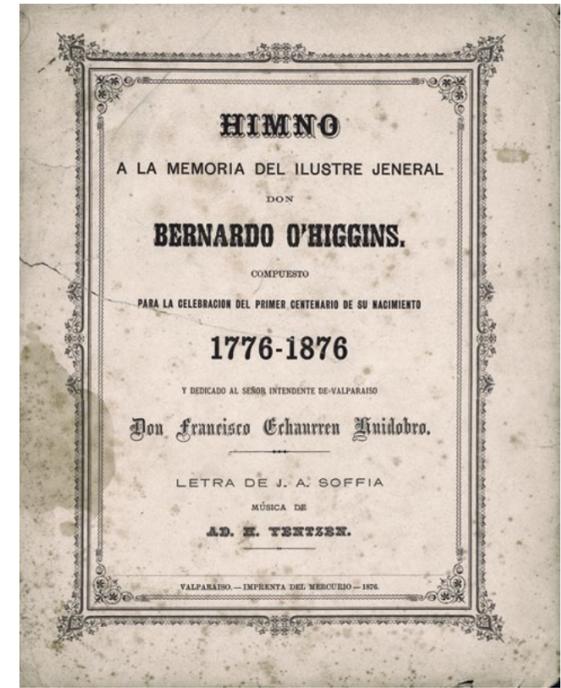
Al recibir sus restos en Valparaíso, monseñor Mariano Casanova manifestó que no pretendía “declararlo immaculado... fue hombre; pero su gloria cívica es tanta, que ella basta para olvidar los defectos de la humana miseria” y luego agregó:

¡Padre de la patria, inspirad a todos vuestros conciudadanos el verdadero amor a las leyes e instituciones de la nación cuya libertad asegurasteis para siempre! ¡Valiente vencedor en Chacabuco, Leónidas chileno en las Termópilas de Rancagua, decidnos hasta dónde puede llegar el esfuerzo humano cuando se inspira en sentimientos elevados y en móviles generosos. Magistrado ilustre, decorado con las insignias de la gloria humana y dando desde estas playas vuestra última mirada a Chile al marcharte al destierro; proscrito en tierra extraña, sed siempre una lección severa a los que mandan y un ejemplo sublime a los que obedecen! ¡Enseñad a todos que se ha de estar siempre pronto a abandonar las más halagüeñas perspectivas, si así lo requiere la gloria, el bienestar de la patria!

El orador destacaba tres elementos esenciales: el respeto a la ley y a las instituciones, el valor militar y el sacrificio de los intereses personales en aras de los de la patria. O'Higgins era un ejemplo, una inspiración y una enseñanza para sus connacionales. Ya no era solamente una persona que había hecho algo importante para el país. Por ello, en las exequias celebradas en Santiago, el presbítero Salvador Donoso resumía con las siguientes palabras el nuevo significado que O'Higgins asumía para el país:

¿Qué venimos a buscar aquí en ese héroe que ha desaparecido de la escena mortal, dejando una huella luminosa? ¿Es acaso su espada, su destreza en los ataques, su gloria mundana? No. Lo que él nos deja son sus virtudes; lo que él nos enseña, es la ciencia del cielo, una lección escrita por el dedo de Dios en la página del pasado, para el peregrino del presente; O'Higgins supo amar; abnegación, generosidad, perdón, son los laureles que la iglesia recoge de su tumba para tejer la corona de su gloria.

El Ejército, su Ejército, representado por el coronel Víctor Borgoño, expresó el reconocimiento debido al Libertador, recalcando su rol como inspirador ético. El honor, el cumplimiento del deber y el valor eran los ejemplos a seguir:



Portada del Himno a la memoria del ilustre general don Bernardo O'Higgins

Valparaíso | Imprenta de El Mercurio | 1876 | Colección Raúl Ibáñez

Un ejército conserva con religioso respeto y afecto entusiasta sus gloriosas tradiciones, y el vivo recuerdo de sus héroes se cierne sobre él como un espíritu que retempla su energía, que da consistencia a su unidad, que le ilumina, en fin, la senda del honor y la victoria [...]. El héroe que, el primero en el peligro y el último en la hora de las recompensas, pelea las batallas de la patria y siembra el terror en las filas de los encarnizados y comunes enemigos, puede oscurecerse en la adversidad, como un astro fulgente que llega a su ocaso; pero estad seguros que conservará siempre pechos fieles que latán acelerados al evocar su memoria y repetir su nombre. Esos templos de gloriosas tradiciones a cuyas aras no se atreve a llevar su sacrilega mano el odio civil, son los corazones militares. Inútil es declararos que durante medio siglo se ha tributado entre nosotros, en el ejército chileno, el culto más entusiasta y religioso al ilustre entre los ilustres, heroico en la lucha, grande en el poder y sublime en la desgracia, general don Bernardo O'Higgins, bajo cuyos inmediatos auspicios y con la cooperación de cuya espada consumó el continente americano la obra inmortal de su absoluta independencia.

La admiración por O'Higgins también se expresó poéticamente. José Antonio Soffia, nieto de José Gregorio Argomedo, el secretario de la Junta de 1810, compuso su *Canto a O'Higgins*, obra en la que la nobleza, la virtud y el amor a la patria son algunas de las cualidades destacadas en el homenajeado:

Modelo de virtud, noble guerrero,  
No fue tu guía la ambición villana  
Ni fue tu espada el hierro carnicero  
Ávido de teñirse en sangre humana.  
El amor de la Patria era tu norte  
Un rayo de justicia tu espada,

El poeta no solo se ocupó de lo que O'Higgins había sido en vida, también de lo que significaba su reencuentro espiritual con los chilenos, pues su presencia en el país implicaba un acto de justicia que provocaría un resurgimiento del patriotismo:

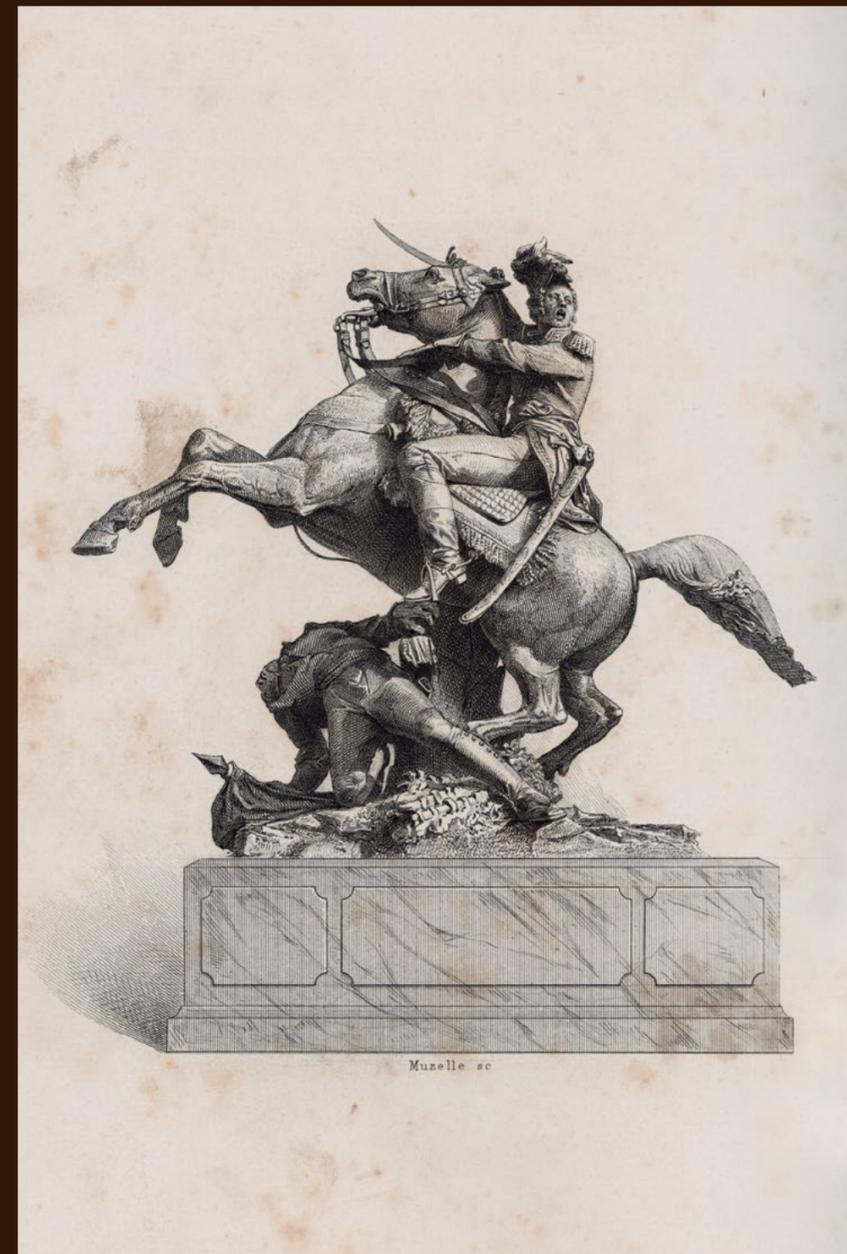
¡Llegad en feliz hora  
Restos preciosos del sin par guerrero  
Vengador de Lautaro!... al fin al héroe  
La justicia le rinde su homenaje,  
Admira al genio, reverencia al hombre  
Y su desgracia llora!... ¡Oh grande O'Higgins,  
Tú desde el cielo ves que no es ingrato  
El pueblo que en tu fosa se prosterna,  
Que te aclama segundo Cincinato,  
Bendice tu renombre  
Y te promete admiración eterna!

Héroe inmortal, patriota sin segundo,  
Radioso luminar del Nuevo Mundo:  
Riegue tu losa agradecido llanto,  
El pueblo en tu sepulcro un altar vea,  
Retemple el él su patriotismo santo  
Y digno siempre de tu gloria sea!

Paralelamente a estos actos, y por decisión de la Intendencia y de la Municipalidad de Santiago, se había iniciado la recepción de erogaciones para erigir un monumento a O'Higgins, el que se quería no fuese levantado por el Estado, sino que por los chilenos. En las listas de personas e instituciones que aportaron fondos se encuentran nombres de personas que eran, y otras que serían, notorias e importantes en la historia de Chile: Benjamín Vicuña Mackenna, Manuel Blanco Encalada, José Gabriel Ocampo, Cornelio Saavedra, Álvaro Covarrubias, Manuel Antonio Matta, Juan Williams Rebolledo, Marcial Martínez, Federico Errázuriz, José Domingo Cañas, Melchor Concha y Toro, Adolfo Eastman, Manuel José Irrarrázaval, Enrique Campino, José Tomás Urmeneta, Erasmo Escala, Miguel Luis Amunátegui, Manuel Montt, Domingo Santa María, Francisco Echaurren Huidobro y Eduardo de la Barra, entre otros. A ellos se agregaban instituciones como la imprenta de *El Ferrocarril*, la Escuela Militar, el regimiento de Cazadores, el Instituto Nacional, la Guardia Municipal y la Policía de Aseo de Santiago y, como se trataba de una iniciativa nacional, y entre otros, los vecindarios de San Fernando, Illapel, Melipilla, Constitución, Parral, Santiago, Freirina, Vicuña, Rengo, Linares, Nacimiento, Valdivia, La Unión, Ancud, Castro, Arauco, y Concepción.

El monumento, que representa a O'Higgins en el momento de romper el sitio a que era sometido en Rancagua en 1814 —para muchos de sus biógrafos el momento en que demostró más valor y arrojo—, es obra de Albert Ernest Carrier-Belleuse y fue fundido por los talleres de Fourment, Houille & Cía.

Fue inaugurado el 19 de mayo de 1872 en una ceremonia que contó con la presencia del Presidente de la República, Federico Errázuriz Zañartu, siendo emplazado en la Alameda, enfrentando al del general José de San Martín, que había sido inaugurado en



Monumento al Libertador Bernardo O'Higgins

Albert-Ernest Carrier-Belleuse

Publicado en *La Corona del Héroe*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1872



**Capilla de la Victoria, Maipú**

Anónimo | ca. 1895 |  
Fotografía | Colección  
Museo Histórico Nacional

1865. Es preciso destacar que entre los asistentes a la ceremonia inaugural se contaba Rufino Sáez, último sobreviviente conocido de la batalla de Rancagua, junto a quien también se encontraban otros veteranos de la guerra de independencia.

Un monumento idéntico al de la capital se sitúa, desde 1912, en la Plaza de Los Héroes en Rancagua, la misma que presencié su obstinada resistencia ante el embate de las fuerzas realistas. Lógicamente, al instalarse allí la imagen de O’Higgins montado, sable en mano y rompiendo el cerco enemigo, el efecto es de gran alcance.

O’Higgins ya contaba con un monumento, es decir, con una representación material de su persona que lo mostraba en uno de sus momentos de gloria militar, cuando enfrentó, con orgullo y valor, la derrota infringida por los realistas. Eso era lo que se buscaba denotar. En la definición de una representación escultórica siempre existe una intencionalidad, tanto en el artista como en quienes definen la temática en cuestión. Por ello es posible afirmar que esta obra tenía una función específica: ser un hito que lo hiciera presente y actualizara constantemente su legado y virtudes. Algunos años más tarde, en 1888, al inaugurar otro monumento dedicado a O’Higgins, esta vez en Chillán, el Presidente José Manuel Balmaceda explicaba esta función con las siguientes palabras:

Como los navegantes que levantan en las puntas salientes de las costas faros que alumbran y marcan la ruta a los viajeros del océano, los pueblos construyen también, allí donde se agrupan multitudes o en donde desfilan las generaciones, columnas de granito que señalan a los estados el rumbo del honor y de la gloria nacional.

Esos primeros monumentos, aunque algo tardíos como homenajes, marcan el inicio de una “presencia estatuaria” a nivel nacional. Son pocas las plazas principales de los poblados existentes en el país en los que, al menos, no exista un busto del Libertador. Si no está, al menos una de las calles principales se llama Bernardo O’Higgins.

La vinculación entre estos símbolos y el patriotismo se evidenció claramente en 1879, cuando bajo la sombra del monumento a O’Higgins, Vicuña Mackenna llamó a los chilenos a integrarse a las filas y participar en la Guerra del Pacífico:

...esos mudos emblemas de nuestras viejas glorias que embellecen y coronan esta ancha avenida triunfal —O’Higgins, Carrera, San Martín— dejarán su helada y silenciosa vestidura, y alzando su voz y su brazo de bronce de fondo de los mármoles y los siglos, bendecirán a la América, puestos de rodillas, declarando a las edades que sus nietos de Chile fueron dignos de sus abuelos.

El recurrir al ejemplo de O’Higgins también se evidenció en las crisis políticas internas. Cuarenta y cinco años después, es decir en 1924, el poeta Vicente Huidobro publicó su *Balance Patriótico*, texto en el que decía:

Hace días he visto al pueblo agrupado en torno a la estatua de O’Higgins. ¿Qué hacían esos hombres al pie del monumento? ¿Qué esperaban? ¿Buscaban acaso protección a la sombra del gran patriota?

Tal vez creían ellos que el alma del Libertador flotaba en el aire y que de repente iba a reencarnarse en el bronce de su estatua y saltando desde lo alto del pedestal se lanzaría al galope por las calles y avenidas, dando golpes de mandoble hasta romper su espada de tanto cortar cabezas de sinvergüenzas y miserables.

No valía la pena haberos libertado para que arrastrarais de este modo mi vieja patria, gritaría el Libertador.

Y luego, como una trompeta, exclamara a los cuatro vientos: despiértate, raza podrida, pueblo satisfecho en tu insignificancia, contento acaso de ser un mendigo harapiento del sol, resignado como un Job que lame su lepra en un establo.

Otro monumento relacionado con O’Higgins, aunque él no está presente, al menos figurativamente de manera protagónica, es el Templo Votivo de Maipú.

La iniciativa de erigir un templo votivo a la Virgen del Carmen surgió en días posteriores a la derrota sufrida en Cancha Rayada el 19 de marzo de 1818, que fueron jornadas llenas de duda y de temor para los sustentadores de la causa independentista. Se prometió que de obtenerse el triunfo se levantaría, en el mismo campo de batalla, un templo en honor de la Virgen del Carmen. Luego de la victoria en Maipú, el Gobierno de O’Higgins hizo suya la idea, se nombró a los encargados de la obra y se asignaron los fondos necesarios. Como estos fueron insuficientes no hubo mayores avances y tras la abdicación de O’Higgins y, más bien por razones políticas, los trabajos se detuvieron indefinidamente.

La obra solo se reinició en 1885, durante el Gobierno de Domingo Santa María, y los trabajos concluyeron en 1887. Es interesante notar que fue el Gobierno de Santa María, un notorio liberal cuya administración se caracterizó por constantes y graves disputas con la Iglesia Católica, el que reimpulsara la obra. El templo finalmente fue inaugurado en 1892 con la asistencia del Presidente Jorge Montt y altas autoridades del país e invitados extranjeros.

Conocida como Capilla de la Victoria, la construcción resultó gravemente dañada por los sismos de 1906 y 1927, y en 1943. La Conferencia Episcopal decidió la construcción de un nuevo templo. Se convocó a arquitectos chilenos y argentinos a proponer sus proyectos, resultando seleccionado el presentado por el chileno Juan Martínez, el mismo arquitecto que construyó los edificios de la

Escuela de Derecho y de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y el que actualmente ocupa la Escuela Militar, ubicado en la avenida Américo Vespucio, de la capital.

Las obras se iniciaron en 1944 tras la ceremonia de bendición de la primera piedra por el Cardenal José María Caro, acto al que asistieron el Presidente de la República, Juan Antonio Ríos, delegaciones extranjeras y altas autoridades. En 1953 se inauguró el Museo que forma parte del Templo y solo en octubre de 1974 la obra fue entregada por el Jefe de Estado, general Augusto Pinochet, a la Iglesia Católica.

La batalla de Maipú es un elemento constitutivo de la identidad de la comuna del mismo nombre, y el Templo Votivo es parte de ello. No se trata de un monumento “a” O’Higgins, sino de un monumento “de” O’Higgins y de los chilenos a la virgen del Carmen. En todo caso, en su acceso principal se ubica, desde 1959, una estatua ecuestre destinado a recordar a O’Higgins y al general San Martín.

#### CONMEMORACIONES

Sepultado en el Cementerio General y con su monumento en la Alameda capitalina, O’Higgins ya era parte integrante y trascendente de la historia de Chile y también del paisaje urbano de la capital. Pocos años después de la inauguración de su monumento se celebró, equivocadamente, el centenario de su nacimiento.

En Valparaíso se planificaron grandes fiestas para el 20 de agosto de 1876, las que no solo se realizaron en su homenaje, sino también sirvieron para recordar el zarpe de la Expedición Libertadora del Perú.

Ese día, se lanzaron tres salvas de 21 cañonazos cada una, al salir y ponerse el sol, y también al mediodía. El puerto fue embanderado y desde las 6:35 horas se realizaron diversas actividades que incluyeron un desfile encabezado por el Carro de la Victoria, que era seguido por el Carro de la Marina y por el Carro de la República. Todos rodeados por 125 efectivos de la Armada, se desplazaron por un circuito establecido previamente que tenía como punto final al Altar de la Patria. Allí se entonó la Canción Nacional, el himno A los Triunfos de la Escuadra, el Himno a O’Higgins (cuya letra pertenecía a José A. Soffia) y nuevamente el himno patrio. La marcha pasó bajo diversos arcos triunfales levantados ex profeso. Ya en la tarde, en la plaza de la Intendencia, diversas bandas ejecutaron algunas piezas musicales y entre una y otra interpretación se lanzaron fuegos de artificio. Terminada la presentación, las bandas militares marcharon unidas hasta la plaza de la Merced para retornar a sus respectivos cuarteles.

El folleto descriptivo de las actividades concluye explicando el sentido y trascendencia del acto, muy superior a la celebración de un natalicio:

El Centenario de O’Higgins dejará sin duda largos recuerdos en todos los que lo van a celebrar en Valparaíso. Y esta fiesta del patriotismo es también una fiesta de la justicia, porque es el aplauso y la gratitud que el pueblo chileno tributa a su libertador, y con los cuales lava espléndidamente la mancha de ingratitud para con su caudillo y fundador, que hasta hace poco pesaba sobre él.

Todas las corporaciones de la República están invitadas a la gran fiesta de Valparaíso, y se hallarán también en ella S.E. el Presidente con los Ministros del Despacho.

En suma, ella será digna del Héroe a quien se dedica, y del pueblo que la ofrece.



Casaca usada por Bernardo O’Higgins, General del Ejército de Chile

Chile | ca. 1820 | Hilo de oro, Paño | Ancho 49 cm, Largo delantero 42 cm, Largo espalda 89 cm | Colección Museo Histórico Nacional



Postal conmemorativa del Centenario de la Independencia  
1910 | Colección Museo Histórico y Militar

Otra conmemoración trascendente tuvo lugar en 1942 al cumplirse los 100 años del fallecimiento del libertador. Las actividades oficiales fueron determinadas por ley e incluyeron la edición de los primeros tomos del Archivo de don Bernardo O'Higgins por parte del Archivo Nacional, la Academia Chilena de la Historia, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y la Biblioteca Nacional. A ello se agregó la concesión de feriado escolar el día 24 de octubre, la confección y colocación de retratos del Libertador en las salas de clases de todos los establecimientos educacionales fiscales, la realización de diversos actos públicos, conferencias, concursos literarios e historiográficos y la emisión de estampillas conmemorativas.

Los actos oficiales contaron con la asistencia de autoridades nacionales y distinguidas visitas extranjeras.

Otro tanto ocurrió en 1979, al celebrarse el bicentenario de su natalicio. La primera referencia a estas celebraciones data de 1974, cuando se dispuso el estudio de las bases para establecer el mausoleo que albergaría los restos mortales de O'Higgins. Al mismo tiempo se determinó que 1978 sería el "Año del Libertador Bernardo O'Higgins", programándose un cúmulo de actividades a realizar a partir de mayo de ese mismo año: ceremonias cívico militares a lo largo de todo el país y en las representaciones diplomáticas chilenas en el exterior, incluyéndose, en estas últimas, el obsequio de óleos del Libertador y réplicas de su espada a los gobernantes de los países americanos; emisión de sellos postales alusivos y distribución de oleografías que recordaban su vida y obra; exposiciones, conferencias y concursos literarios y artísticos; donación de bustos en ciudades, escuelas e

instituciones; eventos deportivos; condecoración con la medalla "Bicentenario del Natalicio del Libertador Bernardo O'Higgins" a los estandartes de las escuelas matrices de las Fuerzas Armadas y Carabineros y a las banderas de otros países, tales como Argentina, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y Uruguay.

El acto central tuvo lugar el 20 de agosto de 1979, cerrándose el "Año del Libertador" con la inauguración del Altar de la Patria, obra arquitectónica situada en el espacio que hasta ese momento era conocido como Plaza Bulnes, donde se instaló el monumento ecuestre inaugurado en 1872 y, en un nivel subterráneo, la cripta de O'Higgins.

Ese día, los restos del Libertador —que se mantenían en custodia en la Escuela Militar, en cuyo museo hasta hoy se conserva el féretro usado en su repatriación desde el Perú—, fueron trasladados en una carroza fúnebre y luego colocados en una cureña que fue tirada por caballos percherones blancos y transportada por la Alameda. Llegando al sitio, el nuevo y pequeño féretro fue tomado por dos cadetes de la Escuela Militar y dos de la Escuela Naval, quienes encabezaron la procesión que fue seguida por el Jefe de Estado, La Junta de Gobierno y otras autoridades.

Los actos concluyeron con un desfile en el que según los registros de la prensa tomaron parte 25.000 personas pertenecientes a las Fuerzas Armadas, Carabineros, Defensa Civil, clubes de huasos, instituciones educacionales, centros de madres, etc.

Treinta y un años más tarde, en 2010, el mismo sitio, profundamente remodelado, sirvió de escenario central para la celebración del Bicentenario de la independencia.

### O'HIGGINS EN LA MEMORIA DE LOS CHILENOS

La figura y el legado de O'Higgins, como sea que se le juzgue a él a su obra, forma parte de la memoria de los chilenos. Todos lo concen, todos saben de su acción en la independencia o algo más sobre él. Sin duda, es el efecto de una multiplicidad de factores como el cultivo del estudio de la historia, la educación, los monumentos y acto a que hemos hecho alusión y también a que en diversos momentos del desarrollo de la cultura nacional se le ha tenido presente como paradigma. Todo esto ha asegurado su presencia constante desde el mismo siglo XIX. O'Higgins ha estado presente en diversas manifestaciones de la cultura nacional: teatro, poesía, música, pintura y televisión.

En la primera destacan obras como *La Independencia de Chile*, de Jorge Antonio Torres (1856), *La Batalla de Maipú*, de Daniel Barros Grez (1873), la *Trilogía O'Higgins*, de Eugenio Orrego Vicuña (1942) y *Las Tres Batallas de O'Higgins*, de Fernando Debesa (1961) entre otras.

La obra de Debesa, la más contemporánea, se estructura e torno a tres batallas de O'Higgins: la batalla contra la sociedad colonial que lo rechazaba por su condición de hijo ilegítimo; la batalla de las ideas, planteada en contra del absolutismo, y la batalla política centrada en su Gobierno. Se trataba de tres enfrentamientos en los que, derrotado en apariencia al ponerse bajo las órdenes de Carrera en 1814 en el primer caso, al ceder protagonismo a San Martín sus ideas políticas en el segundo y al abdicar en el tercero. A pesa



Bernardo O'Higgins  
Ambrosio Santelices | Tallado en Madera | Alto 69 cm, Ancho 20 cm, Profundidad 23 cm | Colección Museo Histórico Nacional



**Casa Natal de Bernardo O'Higgins en Chillán Viejo**

Autor desconocido | ca . 1930 | Fotografía | 12 x 17,8 cm | Colección Museo Benjamín Vicuña Mackenna

de poder representar cierto fracaso personal, finalmente resultaba triunfador sustentarse en valores espirituales superiores: grandeza, generosidad, amor a la patria, a la igualdad y a la libertad de los hombres. En otras palabras, los episodios mencionados sirvieron para dar paso a objetivos mayores y más trascendentes que el mérito personal.

La crítica de la época valoró el esfuerzo del autor, pero no dejó de señalar algunos reparos, tales como la falta de profundidad psicológica, la insuficiencia de matices e incluso la grandilocuencia y vehemencia de algunos pasajes. Se insistió en que la obra (que fue llevada a las tablas por el ITUCH, el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile y puesta en escena en el teatro Antonio Varas), era interesante y tenía finalidades pedagógicas, pero no para ese selecto escenario, sino que más bien para el Teatro Caupolicán: “Allí logrará cautivar plenamente con el relato sano y ejemplarizador de la obra. Entonces diremos que el ITUCH ha llevado algo más que valores estéticos al pueblo”. En definitiva, aunque criticada en algunos aspectos escénicos, fue una obra que difundió valores patrios.

La poesía, como hemos visto, tampoco ha sido ajena a la figura y legado de O'Higgins. A los versos de Sofía (“Canto

a O'Higgins”), se han sumado otras expresiones líricas. Víctor Domingo Silva, quien alcanzó el Premio Nacional de Literatura en 1954, es autor de “El Mirador de O'Higgins” y “El Abrazo de Maipo”. Por su parte, el también Premio Nacional de Literatura (1948), Ángel Cruchaga Santa María, incluyó en su libro *Rostro de Chile* (1955), sus poemas “Aureola para Bernardo O'Higgins, Niño”, “Rancagua, Ciudad heroica” y “Viene don Bernardo O'Higgins”. Roberto Meza Fuentes publicó en 1954 su “Romancero de Bernardo O'Higgins” y al tanto que el poeta rancagüino, Óscar Castro, lo hacía con *La Comarca del Jazmín*, que tiene a O'Higgins como personaje central en su “Romance de la Plaza de los Héroes”.

Por lo general, se trata de versos que apuntan más a los aspectos militares de la vida de O'Higgins. Según algunos críticos, quien más se ha aproximado a la comprensión íntegra del ser humano Bernardo O'Higgins ha sido Pablo Neruda, quien incluyó en su *Canto General* los versos que conforman su “Bernardo O'Higgins Riquelme”, del que seleccionamos algunas partes:

O'HIGGINS, para celebrarte  
a media luz hay que alumbrar la sala.  
A media luz del sur en otoño  
con temblor infinito de álamos.

Eres Chile, entre patriarca y huaso,  
eres un poncho de provincia, un niño  
que no sabe su nombre todavía,  
un niño férreo y tímido en la escuela,  
un jovencito triste de provincia.  
En Santiago te sientes mal, te miran  
el traje negro que te queda largo,  
y al cruzarte la banda, la bandera  
de la patria que nos hiciste,  
tenía olor de yuyo matutino  
para tu pecho de estatua campestre.

Eres el mismo sólido retrato  
de quien no tiene padre sino patria,  
de quien no tiene novia sino aquella  
tierra con azahares  
que te conquistará la artillería.

Chile se iluminó como un salón  
cuando no estabas. En derroche,  
un rigodón de ricos substituye  
tu disciplina de soldado ascético,

y la patria ganada por tu sangre  
sin ti fue gobernada como un baile  
que mira el pueblo hambriento desde fuera.

Ya no podías entrar en la fiesta  
con sudor, sangre y polvo de Rancagua.  
Hubiera sido de mal tono  
para los caballeros capitales.  
Hubiera entrado contigo el camino,  
un olor de sudor y de caballos,  
el olor de la patria en primavera.

Pero hemos heredado tu firmeza,  
tu inalterable corazón callado,  
tu indestructible posición paterna,  
y tú, entre la avalancha cegadora  
de húsares del pasado, entre los ágiles  
uniformes azules y dorados,  
estás hoy con nosotros, eres nuestro,  
padre del pueblo, inmutable soldado.

Poéticamente, Neruda presenta las principales características de la figura de O'Higgins, los hitos fundamentales de su vida y su función como *Padre de la Patria*. Con todo, la pieza poética referida a O'Higgins que más se ha difundido en el país es también obra de Neruda, y musicalizada por Vicente Bianchi, Canto a Bernardo O'Higgins:

¿Quién será este hombre tranquilo,  
sencillo como un sendero,  
valiente como ninguno?  
Bernardo te llamaremos.

Solo Bernardo te llamas,  
hijo del campo y del pueblo;  
niño triste, roble solo,  
lámpara de Chillán Viejo.

Pero la Patria  
te llama y vienes,  
y se despliega tu nombre,  
Bernardo O'Higgins Riquelme,  
como si fuera  
una bandera  
al viento de las batallas  
y en primavera.

O'Higgins nos enseñaste,  
y nos sigues enseñando,  
que Patria sin libertad  
es pan, pero pan amargo.

De ti heredamos la lucha,  
orgullo de los chilenos;  
tu corazón encendido  
continuará combatiendo.

También la pintura ha destacado preferentemente la imagen heroica de O'Higgins. De partida, los dos retratos que de él confeccionara José Gil de Castro en 1818 y 1819, los cuales han servido como base para fijar los rasgos fisionómicos del libertador, siendo mantenidas en otras pinturas como las de Narciso Desmadryl del siglo XIX y en algunas más modernas como la de Miguel Venegas Cifuentes.

Otra obra interesante es "El Paso de los Andes", de Julio Vila y Prades. En ella se representa a O'Higgins junto a San Martín, montando sus cabalgaduras uno al lado del otro al cruzar la cordillera a inicios de 1817. Si bien se reflejan varias situaciones como la inmensidad de los montes, la presencia de un baqueano —un elemento popular correctamente insertado en términos históricos—, y la cercanía de ambos próceres, aunque en rigor la representación no se ajusta a la realidad, tanto porque San Martín partió desde Mendoza algunos días después de O'Higgins y llegaron a estar juntos en la vertiente oeste de la cordillera y porque figuran montando caballos en circunstancias que fueron mulas. Con todo, esta es por antonomasia "la" imagen del cruce andino del Ejército de los Andes.

Como actor principal de una composición pictórica, O'Higgins aparece en uno de sus momentos políticos de mayor tensión y a la vez de desprendimiento, en la obra de Manuel Antonio Caro, "La Abdicación de O'Higgins". En ella, rodeado de graves personajes civiles y militares, figura tras haber dejado su banda sobre una mesa, extendiendo su brazo derecho hacia ella con la mano abierta mientras su dedo índice izquierdo apunta a su pecho, lo que pictóricamente expresa aquella frase en que señaló que nunca había temido en las batallas y tampoco temía a perder su vida en ese momento. Palabras que fueron retrucadas por los



Salida de Rancagua

Pedro Subercaseaux | 1907 | Óleo sobre tela | 200 x 200 cm  
Colección Club de la Unión, Santiago de Chile



**El General don Bernardo O'Higgins, Supremo Director del Estado de Chile**

Dibujo de José Gil de Castro | Grabado por Robert Cooper | 1821 | Litografía | 21,3 x 13 cm | Colección Museo Histórico Nacional

vivas que también aparecen gráficamente expresados, incluso con el alzamiento de algunos sombreros, no obstante figurar algunos personajes de rostro severo y quizás un tanto huraños. El gesto de O'Higgins, el dejar el poder para evitar un conflicto mayor, es constantemente recordado en Chile. Incluso se ha recordado a algunos presidentes en momentos de extrema tensión política.

Quien más se ha destacado en el arte de representar plásticamente la historia de la independencia de Chile y el rol de O'Higgins en ella, ha sido fray Pedro Subercaseaux. Una de sus imágenes más trascendentes es, sin duda, la que lo muestra en la Batalla de Rancagua, composición que data de 1907, donde aparece dirigiendo a sus hombres para pasar por sobre los improvisados parapetos, sable en mano, rodeados del humo de la pólvora de las armas de fuego y sin temor a las bayonetas contrarias dispuestas hacia las cabalgaduras.

En 1944, Subercaseaux realizó otro cuadro que temáticamente guarda estrecha relación con la anterior, en la que plasmó los minutos previos a la escena recién comentada. Se trata de "Últimos Momentos en Rancagua", en la que se representan los aprestos para la salida desde la ciudad sitiada por los enemigos. Esta obra, que se conserva en la Comandancia en Jefe del Ejército, tiene la particularidad de mostrar una serie de situaciones que evidencian el estudio previo realizado por el artista. Así, podemos ver detalles tales como la bandera de la Patria Vieja y las banderas negras izadas que repre-

sentaban la lucha sin rendición que se daría. También vemos la multitud de elementos que sirvieron para conformar una barricada: puertas, maderos, barriles, carretas y tras ellos la utilización de pequeñas piezas de artillería y los disparos de los fusileros. Además, se aprecian algunos aspectos más humanos, un soldado herido que es atendido solícitamente por dos mujeres y un camarada que se asoma, suponemos para verificar el estado de su compañero.

Subercaseaux, es también autor del "Abrazo de Maipú" de 1908, composición referida al momento que O'Higgins arribó al campo de batalla y saluda al general José de San Martín. Esta obra denota el triunfo obtenido: soldados que vivan a sus comandantes; lanzas, sables y fusiles alzados en señal de victoria, las banderas de Chile y del Ejército de los Andes flameando al viento, al tiempo que una bandera realista es abatida. También aparecen tropas que marchan en formación, suponemos siguiendo al enemigo hacia las casas de Lo Espejo y un soldado herido en la cabeza que se incorpora y dirige su vista a los dos generales Abrazados sobre sus cabalgaduras. Esta escena también ha sido recreada por Rodolfo Gutiérrez Schwerter, más conocido como Zerreitug, en un detallado diorama que mezcla las técnicas de la maquetería, la pintura y el tallado en madera, que se ubica en la estación del metro en la Plaza de Maipú. También se destaca, del mismo autor, el ubicado en la Municipalidad de Rancagua, que se refiere a los hechos del 1 y 2 de octubre de 1814.



Si bien la imagen de O'Higgins cargando en Rancagua es una representación artística anterior a Subercaseaux, pues la encontramos en el monumento erigido en Santiago, la escena compuesta por los pinceles de fray Pedro se ha proyectado en el tiempo por diversos canales y es la forma en que los chilenos imaginan y recrean esos hechos. Así encontramos, por ejemplo, varios sellos postales como los que integraron la serie impresa en 1910 para conmemorar el centenario de la independencia, entre los que figura el abrazo de Maipú o, años más tarde, otro estampado en 1964 para conmemorar el sesquicentenario de la batalla de Rancagua.

La efigie de O'Higgins, basada en los retratos de Gil de Castro, ha aparecido en varios billetes. Así la encontramos en el de 5 pesos de fines de la década de 1940, en el de medio escudo que circuló hasta 1975 y en el de 10.000 escudos que circuló en la primera mitad de década de 1970. Por su parte, el abrazo de Maipú figuró en el de 10 escudos (década de 1970), la batalla de Rancagua en el de 5 escudos (1964) y en el de 10 pesos, también de la década de los 70. Actualmente la figura de O'Higgins está en las monedas de 50, 10, 5 y 1 peso.

#### LOS LIBROS DE HISTORIA

La historiografía ha tenido a O'Higgins como un personaje de primera línea. En 1946 el estudioso José Zamudio publicó su estudio *Fuentes Bibliográficas para el Estudio de la Vida y de la Época de*

*Bernardo O'Higgins*. En él menciona 823 piezas bibliográficas referidas a O'Higgins, agregando otras 95 de carácter documental y 78 que corresponden a la prensa periódica contemporánea. Estos números son bastante indicativos del interés que ambos temas han suscitado en los escritores chilenos.

Al revisar títulos y contenidos, se evidencian dos situaciones específicas. En primer lugar, la existencia de dos grandes líneas temáticas: por un lado los estudios que tienen como tema central la independencia nacional y, por otro, los de carácter biográfico, general o específico, que suelen centrarse en su carrera militar y su acción gubernativa.

Segundo, la existencia de una significativa diferencia entre los textos que datan del siglo XIX y los de las centurias siguientes. Por lo general, los primeros se caracterizan por ser obras dirigidas a estimular los sentimientos de nacionalidad y los valores que conforman la identidad nacional, materias en las que a O'Higgins se asignó un rol de trascendencia: virtudes dignas de imitación, propósito que en líneas generales tiende a desaparecer en el siglo XX. En el siglo XIX hubo interpretaciones diferentes respecto del actuar del prócer, como se puede notar claramente al contrastar dos obras. Una de Miguel Luis Amunátegui, *La Dictadura de O'Higgins* (1853), y la otra de Benjamín Vicuña Mackenna, *El Ostracismo del General don Bernardo O'Higgins* (1860).

Para aquel, el Gobierno de O'Higgins fue el único intento en la historia de Chile por establecer una dictadura, un modelo de

**Papel moneda de cien pesos**  
República de Chile | 1881  
| Colección Banco Central de Chile



Estampilla de 5 centavos, 1911

Estampilla de 10 centavos, 1934

Estampilla de 1 peso, 1952-1956

Gobierno inviable en un estado republicano como Chile; ello explicaría su fracaso y al mismo tiempo dejaría una lección moral: O'Higgins había sido el personaje propicio para establecer una dictadura, pues gozaba de gran reputación, valor, honor e incluso gloria. Sin embargo, para Amunátegui, la integridad moral de la nación fue superior a la de su héroe fundador.

En cambio, Vicuña Mackenna nos presenta al mismo personaje como paradigma inverso y refiriéndose a la proliferación de dictaduras en América calificó a O'Higgins como la “más alta lección de ese sublime ejemplo de salud”, es decir, de republicanismo, y aseveró que por ello “justo es que bendigamos su memoria”.

Estas dos afirmaciones dicotómicas se han mantenido en el tiempo consagradas por la disputa entre O'Higginistas y Carrerinos. O'Higgins es Dictador (pero no tirano), o es Libertador.

Este rol paradigmático asignado a O'Higgins por los historiadores del siglo XIX no era un capricho. En esos años, la historiografía coadyuvaba en el proceso de creación de una identidad nacional. Fue por ello que la ley que creó la Universidad de Chile estableció que anualmente uno de sus profesores debía pronunciar “un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile”. Este fue el origen de los primeros escritos sobre la independencia, entre los que se encuentran: Diego José Benavente, *Memoria Sobre las Primeras Campañas de la Independencia* (1845); Antonio García Reyes, *Memoria Sobre*

*la Primera Escuadra Nacional* (1846); Manuel Antonio Tocornal, *Memoria Sobre el Primer Gobierno Nacional* (1847); Ramón Briseño Calderón, *Memoria Histórico-Crítica del Derecho Público Chileno Desde 1810 Hasta Nuestros Días* (1849); Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, *La Reconquista Española* (1851); Miguel Luis Amunátegui, *La Dictadura de O'Higgins* (1853) y Domingo Santa María, *Memoria Histórica Sobre los Sucesos Ocurridos Desde la Caída de don Bernardo O'Higgins en 1823 Hasta la Promulgación de la Constitución Dictada en el Mismo Año* (1858).

Importante resulta señalar que paralelamente, en la década de 1844, se inició la publicación de la *Historia Física y Política de Chile*, de Claudio Gay, que contiene información sobre el prócer.

Los estudios posteriores que se refieren a O'Higgins evidencian una gran variedad temática y presentan la particularidad de que en la mayoría de los casos su publicación es coincidente con la conmemoración de alguna fecha significativa o, en su defecto, tratarse de estudios generados en épocas de crisis y que responden a valoraciones específicas de sentimientos nacionalistas que encontraban en él, y en su legado, una fuente de inspiración.

Existen muchos trabajos que podríamos incluir en este escrito. Sin embargo hemos optado por proporcionar al lector una visión panorámica de aquellos que, escritos desde 1869 en adelante, consideramos como los de mayor relieve. Como toda selección, ésta adolece de un natural grado de subjetividad.

En primer lugar debemos anotar, por la calidad y valor del material recopilado, el escrito de Benjamín Vicuña intitulado *La Corona del Héroe* (1872), en el que es posible encontrar todos los documentos oficiales relativos al traslado de los restos de O'Higgins y a las ceremonias efectuadas en Lima, Callao, Valparaíso, Santiago y también en las ciudades intermedias entre estas dos últimas, como asimismo infinidad de discursos y notas de prensa, entre otras fuentes documentales.

En un área distinta debe mencionarse el texto de un autor anónimo, publicado en 1869 que llevó por título *Opinión del General O'Higgins Sobre la Libertad de Cultos*, obra de interés, pues en su Gobierno se dieron los primeros signos de tolerancia en materia de religión, cuestión que en la época de publicación del texto era un tema de actualidad.

En los años siguientes se editaron varios escritos más relativos a O'Higgins, especialmente en 1876, cuando erróneamente se conmemoró el centenario de su nacimiento. Diego Barros Arana y Valentín Letelier publicaron por separado sendos textos con un mismo título: *El Centenario de O'Higgins*. Vicuña Mackenna hizo lo propio con *El Anticentenario de don Bernardo O'Higgins. 1776 o 1780*.

A partir de 1910 encontramos varios hitos significativos cuya celebración o conmemoración, según sea el caso, fueron parte de un ambiente propicio para el recuerdo de gestas pasadas. Así nos encontramos con el centenario de la independencia (1910), el de las batallas de Rancagua (1914), Chacabuco (1917) y Maipú (1918), el del falleci-

miento de O'Higgins (1942), y la celebración de los sesquicentenarios de la Junta Gubernativa (1960) y la de las batallas recién nombradas (1964, 1967 y 1968, respectivamente). De este modo encontramos tres estudios de importancia relativos a la batalla de Chacabuco impresos todos en 1917: el de Francisco Javier Díaz, *La Campaña del Ejército de los Andes en 1817*; otro de Alberto Lara, *La Batalla de Chacabuco* y, finalmente, el de Hans Bertling, *Estudio Sobre el Paso De la Cordillera de los Andes Efectuado por el General San Martín en los meses de Enero y Febrero de 1817*.

En lo que respecta a cuestiones biográficas, se destacaron los trabajos de Miguel Luis Amunátegui Reyes, *Don Bernardo O'Higgins Juzgado por Algunos de sus Contemporáneos* (1917), Manuel Blanco, *El general O'Higgins* (1916) y Guillermo Feliú, *La Elección de O'Higgins para Director Supremo* (1917). En ellos se trazan interesantes visiones sobre la importancia de O'Higgins en la historia nacional. Especial mención merecen tres trabajos de Enrique Blanchard Chessi respecto de la abdicación de O'Higgins, que siempre se ha planteado como ejemplo de sacrificio político-patriótico: *La Abdicación de O'Higgins* (1917), y a dos anteriores, del año 1906: *La revolución de 1823. La abdicación de don Bernardo O'Higgins. (28 de enero)* y *Últimas escenas de la abdicación de O'Higgins*.

Un gran esfuerzo de recopilación documental lo encontramos en 1916 y 1920 con la publicación de los dos tomos del *Epistolario de don Bernardo O'Higgins*, recopilado por Ernesto de la Cruz.



Bernardo O'Higgins

Dibujo de Luis Fernando Rojas | Litografía de Pedro Cadot

En la década siguiente (1920), la diversidad temática se mantiene, siendo de notar la coincidencia de que en 1922 y 1923, época en que se planteaba la idea de un cambio constitucional, aparecieran las cuatro entregas que conformaron el trabajo de Eugenio Orrego Vicuña cuyo título es *El Espíritu Constitucional de la Administración O'Higgins*.

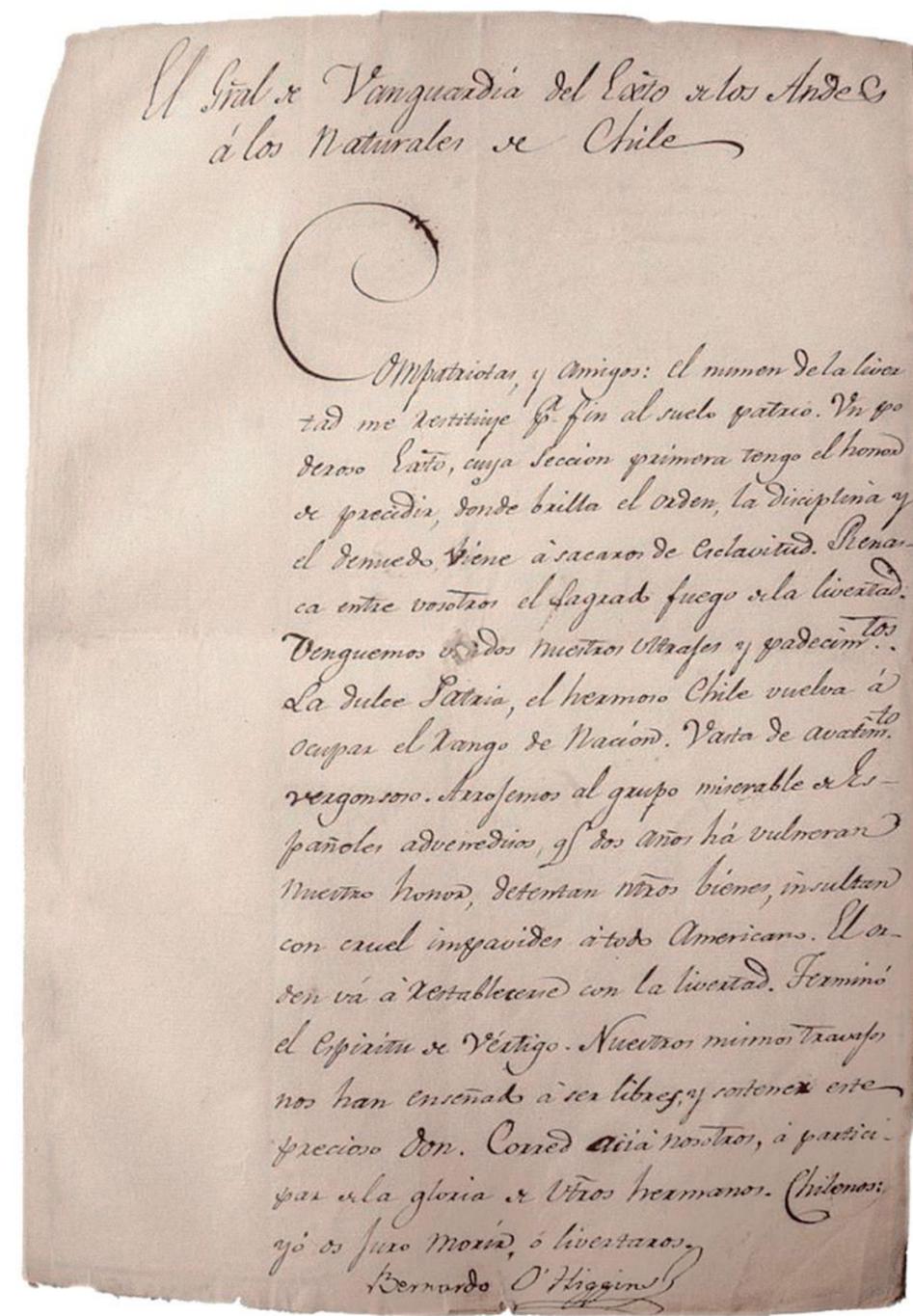
Los años cercanos a 1942 también fueron prolíficos en cuanto a publicaciones relativas a O'Higgins. Así, entre otros, aparecieron trabajos como los de Luis Valencia, *Concepciones O'Higginianas* (1941), y *América y O'Higgins* (1942); Luis Barros publicó *Carta Inédita del Director Supremo don Bernardo O'Higgins Sobre su Abdicación* (1942), Carlos Cabello Reyes hizo lo propio con *Genio y Figura de Bernardo O'Higgins* (1944), Ernesto de la Cruz con su *O'Higgins pintado por sí mismo* (1941). Ricardo Donoso dio a las prensas su estudio *Don Bernardo O'Higgins y el Estrecho de Magallanes* (1942) y Guillermo Feliú publicó *Siluetas Morales de O'Higgins* (1942). En 1945 se conoció el estudio de Roberto Hernández, *O'Higgins y Carrera en la Batalla de Rancagua. 1 y 2 de Octubre de 1814* y al año siguiente de Jaime Eyzaguirre, *O'Higgins*, obra que fue galardonada en un certamen organizado por el Ministerio de Educación para honrar el natalicio del prócer.

En la década de 1960 la producción se centró más bien en consideraciones generales respecto del proceso de independencia, pero la figura de O'Higgins no estuvo ausente. Este año, se conoció el libro de Jaime Eyzaguirre, *Recuerdos de don Bernardo O'Higgins por el General José María de la Cruz*, que contiene tres cartas que éste había dirigido a Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana respondiendo una serie de interrogantes de los historiadores respecto a episodios de la vida del Libertador. Del mismo

autor se hizo una reimpresión del título ya señalado (O'Higgins) y al año siguiente *La Actitud Religiosa de Don Bernardo O'Higgins* (1961). Otro aporte documental significativo fue el de Guillermo Feliú Cruz, quien publicó *Conversaciones Históricas de Claudio Gay con Algunos Testigos y Actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, en 1965, donde figuran los apuntes del investigador francés sobre las entrevistas que realizó, reuniendo antecedentes para su obra relativa a la independencia. Muchos de estos testimonios se refieren, obviamente, a O'Higgins. También en esta década hubo importantes aportes provenientes del mundo militar, especialmente en el Memorial del Ejército, en los que se destacaba la valoración del legado o'higginiano al interior de la institución. Los 140 años de la batalla de Rancagua, celebrados en 1964, dieron origen a obras en las que se comenta o discute la acción de O'Higgins, tales como la de G. L. Olmos, *Batalla de Rancagua, 1814* y la de Galvarino Montaldo, *La Batalla de Rancagua*.

Un repunte en la producción historiográfica o'higginiana se produjo a partir de 1973 y especialmente en los años cercanos al bicentenario del natalicio (1978). Los textos de Luis Valencia, *El Pensamiento de O'Higgins, la Pluma y Espada* (1974), Sergio Fernández, *O'Higgins* (1974) y Adela Carrasco, *Pensamiento de O'Higgins* (1974), También deben mencionarse las apreciaciones críticas y negativas estampadas en la obra *Capítulos de la Historia de Chile*, que en 1973 su autor publicó bajo el seudónimo Ranquíl, la que generó una aguda polémica y críticas en la prensa (incluyendo medios pertenecientes a partidos de Gobierno), en el Congreso nacional y una serie de actos de desagravio de la memoria de O'Higgins.

En lo relativo al bicentenario, los tópicos abordados son variados. En la temática político-institucional destacan los traba-



El General de Vanguardia del Ejército de los Andes los naturales de Chile  
Bernardo O'Higgins | 1817  
| Archivo de la Nación Argentina



#### Monumento fúnebre de Bernardo O'Higgins

Rinaldo Renaldi | 1869  
| Mármol de Carrara |  
Publicado en *La Corona del Héroe*. Santiago de Chile:  
Imprenta Nacional, 1872

jos de Julio Heise *O'Higgins y la Organización de la República* (1978) y *O'Higgins, Forjador de una Tradición Democrática* (1975), los de Fernando Martínez, *La Constitución Política del Año 1818* (1978) y dos estudios de Luis Valencia, *Algunos Aspectos de la Política Exterior de O'Higgins* (1978) y *Orígenes Político-Sociales de las Constituciones de O'Higgins* (1978), agregándose el estudio de Fernando Durán, *Ideas Políticas de Bernardo O'Higgins* (1978). En todos ellos se analiza y valora el rol de O'Higgins en los inicios de la vida republicana, destacándose la impronta dejada por él y sus ideas en la vida institucional, elementos que habrían definido parte importante del acontecer y carácter político de la época que abarcan.

También fueron frecuentes los temas de carácter militar y geopolítico, efecto de una revaloración de la vida militar que, dado el nacionalismo imperante en las esferas gubernativas, destacaba el potencial nacional. Nos referimos a trabajos como los de Alamiro de Ávila, *Cochrane y la Independencia del Pacífico* (1976), Marco Aurelio Reyes, *La Cosmovisión de O'Higgins y la Utilización del Espacio Chileno* (1978), Luis Valencia, *O'Higgins y América* (1978), Sergio López, *Visión Geopolítica del Libertador O'Higgins sobre la Región Austral de Chile* (1979), no faltando un estudio sobre el patriotismo, como el de Joaquín Matte Varas, *O'Higgins. Ejemplo de Amor a la Patria* (1978).

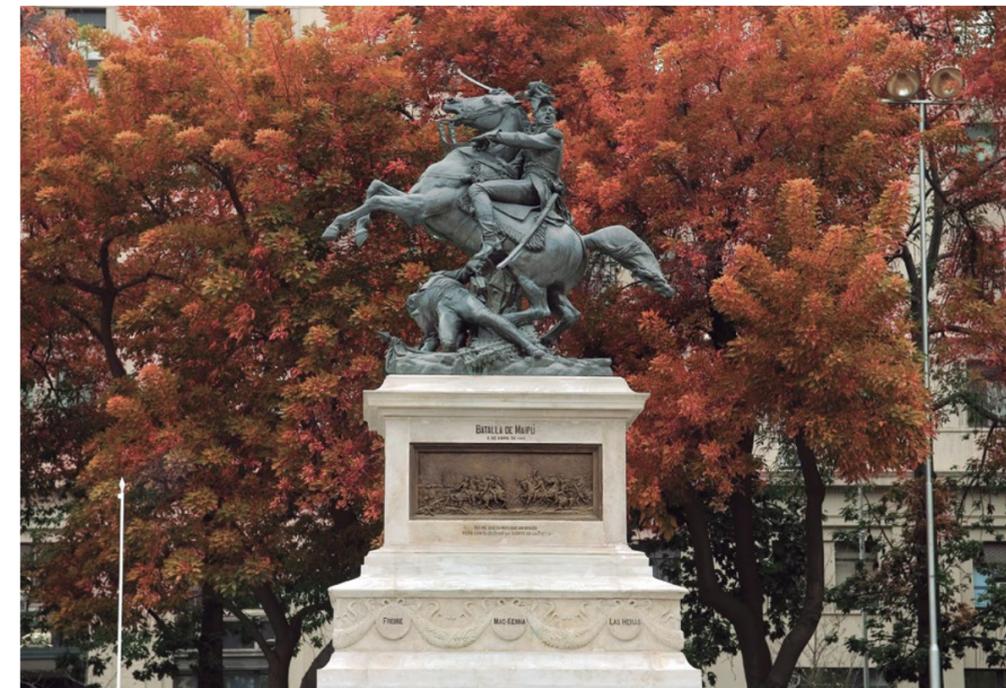
Destacables son también otros estudios especializados como los de Alamiro de Ávila, *Andrés Bello y la Primera Biografía*

*de O'Higgins* (1978), y de Eugenio Pereira, *O'Higgins en el Ambiente Cultural de su Época* (1978).

En esos años, la figura de O'Higgins también sirvió para el potenciamiento de la historia regional. Así es posible encontrar los estudios de Fernando Campos, *O'Higgins y Concepción* (1978), Guillermo Vergara, *Los Avatares de O'Higgins Junto al Maule* (1978), Sergio Fernández, *O'Higgins y Concepción* (1978), y Omar Retamal, *La Casa de O'Higgins en Talca* (1978).

Mención aparte merece la completa, documentada y aún no superada obra de Luis Valencia, *Bernardo O'Higgins. El Buen Genio de América* (1980), la que fue galardonada en el concurso de homenaje al bicentenario del natalicio de O'Higgins patrocinado por la Organización de Estados Americanos (OEA), y que desde su aparición se ha transformado en pieza de consulta obligatoria para todo aquel que investigue o simplemente desee conocer la vida del padre de la patria.

En los últimos años se ha presenciado un descenso en la producción historiográfica relativa a O'Higgins, la que se ha concentrado básicamente en la *Revista Libertador O'Higgins*, del Instituto O'Higiniano de Chile, con artículos que destacan aspectos específicos de su vida y Gobierno. A ello se agregan unas pocas obras mayores como la de Roberto Arancibia Clavel, *Tras la Huella de Bernardo Riquelme en Inglaterra, 1795-1799*, publicada en 1995, en la que el autor entrega los resultados de una investigación rela-



#### Monumento al Libertador Bernardo O'Higgins

Albert-Ernest Carrier  
Belleuse | 1872 | Bronce |  
Plaza de la Ciudadanía |  
Santiago de Chile

tiva a los años de juventud de O'Higgins transcurridos en Inglaterra. Esta obra es la más completa que existe sobre esa etapa de la vida del Libertador y constituye un verdadero ejemplo de los procedimientos a seguir en una investigación historiográfica. A ella se suma la de Renato Valenzuela, *Bernardo O'Higgins: el Estado de Chile y el Poder Naval en la Independencia de los Países del sur de América* (1999), centrada en las concepciones geopolíticas o'higginsianas y en el rol del libertador en la conformación de una fuerza naval que fue capaz de expandir a otras latitudes los afanes independentistas. De carácter biográfico son las obras de Jorge Ibáñez, *O'Higgins, el Libertador* (2001) y de Alfredo Sepúlveda, *Bernardo* (2007), que puede ser definida como un intento por mostrar, como dice el autor, a “una persona, no a una efigie” a través de un estilo narrativo basado en hechos documentados.

Hay obras que abordan una diversidad de facetas del personaje y por distintos autores como ocurre con la publicación de la *IV Jornadas de Historia Militar* publicada por el Departamento de Historia Militar del Ejército de Chile. Una compilación de las exposiciones realizadas en una jornada de estudio dedicada al Libertador (junio de 2008). Últimamente, también en otros libros es posible encontrar apreciaciones respecto del personaje, su legado y su proyección histórico-cultural. Así ocurre con la de Simon Collier y William Sater, *Historia de Chile. 1808-1994* (1998), en la que no solo se trata su aporte a la independencia y a la consolidación de la repú-

blica, sino que también se hacen alcances respecto de su valoración entre 1973 y 1990 en las esferas de Gobierno, aspecto más desarrollado por Cristián Guerrero y Ulises Cárcamo en *Bernardo O'Higgins Entre Izquierda y Derecha. Su Figura y Legado en Chile: 1970-2008* (2013), estudio en que se comprueba que la figura de O'Higgins, así como su legado, han sido altamente valorados por grupos políticos de signos opuestos en una época de profunda crisis y transformaciones políticas.

#### OTRAS FORMAS REMEMORATIVAS

Pero no solamente a través de estos recuerdos es que constantemente se rememora a O'Higgins en Chile. Existen otras formas en que se le ha integrado a la cultura, a la vida de los chilenos.

Una de las más destacadas es la Escuela Militar del Libertador General Bernardo O'Higgins, que fuera fundada por él mismo el 16 de marzo de 1817 como el centro formador de oficiales del Ejército de Chile en pleno desarrollo de la guerra de independencia. “En esta Academia Militar está basado el porvenir del Ejército, y sobre este ejército la grandeza de la Patria”, dijo O'Higgins a propósito de su fundación. En torno a ella no se pueden olvidar dos situaciones fundamentales. En primer lugar, la participación de los cadetes del instituto en la parte final de la batalla de Maipú en 1818 y, segundo,

que el plantel, desde el 20 de agosto de 1945, lleva el nombre del Libertador, asumiendo como propios sus valores y principios.

Ya anotamos la existencia de monumentos y bustos en su honor y calles que llevan el nombre de O'Higgins. Sin embargo, hay que agregar otras formas de recuerdo. Por ejemplo, la geografía política del país, aunque parezca extraño. Pero no lo es si consideramos que por ley de 1883 se creó la provincia de O'Higgins al sur de Santiago, con capital en Rancagua; tampoco si recordamos que a partir de 1948 una buena parte del territorio que Chile reclama en el continente antártico desde 1940 es denominada, por los chilenos, Tierra de O'Higgins, y que en esas lejanas posesiones se encuentra, también desde 1948, la base General Bernardo O'Higgins, misma que en sus inmediaciones presenta un busto del Libertador, el más austral del territorio chileno. También existe la comuna de San Bernardo, poblado erigido en su honor en 1821.

Existen varias evidencias más de esta identificación chilena con O'Higgins. ¿Cuántas escuelas no llevan su nombre? En una rápida indagación las encontramos en Santiago, Punta Arenas, Melipilla, Maipú, Viña del Mar, Puerto Natales, San Felipe, Porvenir, Peñaflo, Combarbalá, Cauquenes, Chillán, San Javier, Vilcún, Valparaíso, Tocopilla, Calbuco, San Bernardo, Puerto Montt y Yerbas Buenas, entre otras.

La Armada de Chile, por su parte, ha contado con cinco buques denominados *O'Higgins*. El primero de ellos era una fra-

gata rusa traspasada a la España de Fernando VII y bautizada como *María Isabel*, la que fue capturada por la naciente marina nacional en 1818 y rebautizada como *O'Higgins* por decisión del Senado de la República. Luego encontramos la corbeta *O'Higgins* que sirvió entre 1868 y 1895. En ella se trasladaron, siendo Arturo Prat miembro de su tripulación, los restos del Libertador desde Callao en 1868-1869. Posteriormente, encontramos el crucero *O'Higgins* (1898-1933), a cuyo bordo se produjo el famoso Abrazo del Estrecho entre el Presidente de Chile, Federico Errázuriz Echaurren, y su par argentino, Julio A. Roca. Un segundo crucero *O'Higgins* sirvió entre 1951 y 1991, y por último, desde 2005 el país cuenta con el submarino *O'Higgins*, de la clase Scorpene.

Esta inclusión de O'Higgins ha llegado al deporte. En 1955 se fundó en la ciudad de Rancagua el Club Deportivo O'Higgins, en el que se fusionaron el Club América y el Club O'Higgins Braden. El primero de estos había sido fundado en 1916 y el segundo en 1954, como resultado de la fusión del club de fútbol del Instituto O'Higgins, de los hermanos maristas, y el equipo de fútbol de la Braden Copper Company.

Otro ámbito en el que es verificable la permanencia de la imagen de O'Higgins en la vida nacional la encontramos todos los años en la celebración del 20 de agosto en Chillán, a la que asisten las más altas autoridades del país, encabezadas por el o la Presidente de la República. No se puede dejar de mencionar la labor



que realiza el Instituto O'Higiniano de Chile, creado en 1953 y cuyo primer presidente fue el destacado senador Humberto Aguirre Doolan. El Instituto difunde el conocimiento de la vida y obra de O'Higgins y cuenta con filiales en Arica, Pica, Antofagasta, Limarí, Valparaíso, Curacaví, Peñaflo, Santa Cruz, Ñuble, San Carlos, Concepción, Los Ángeles, Mulchén y Valdivia, entre otras ciudades chilenas, y en el extranjero en Argentina, Honduras, Israel, Gran Bretaña y Colombia. También se debe dejar constancia de la existencia, desde 1964, del Museo O'Higiniano y de Bellas Artes de Talca, cuyas dependencias resultaron dañadas por el terremoto de febrero de 2010. Afortunadamente sus colecciones artísticas y piezas documentales, entre estas últimas el diploma de la Orden del Sol concedida a O'Higgins en Perú en 1821, se encuentran a salvo.

Últimamente, la televisión también ha contribuido a perfilar interesantes visiones respecto de Bernardo O'Higgins. Durante 2007 se exhibió por Canal 13 el film dirigido por Ricardo Larraín intitulado *O'Higgins. Vivir Para Merecer su Nombre*, que fue protagonizado por el actor Julio Milostich. En esta obra se presentan los pasajes más importantes de la vida de O'Higgins entre 1818 y 1823, agregándose fugaces escenas correspondientes a su niñez y adolescencia. Debemos destacar que se trata de una obra en la que el director no trata de construir un documental, y por ello se introducen escenas respecto de las que no existe constancia respecto de su ocurrencia.

El mismo director, en 2014 presentó por Megavisión su obra *El Niño Rojo*, centrada en la infancia del Libertador, mostrando aspectos menos conocidos, como sus contactos con la cultura mapuche, su relación intelectual con Francisco de Miranda en Inglaterra y su incorporación a la Logía Lautaro. Con esto, Larraín, quien falleció en 2016, completó una obra visual en que abarca toda la vida de O'Higgins.

Como hemos visto, O'Higgins el hombre, murió en 1842, pero O'Higgins el personaje de la historia, el paradigma, el héroe, alabado o criticado, sigue viviendo fecundamente entre los chilenos, considerado como un hombre intrínsecamente recto y amante de su patria.

**Abdicación de O'Higgins**  
(Sobrerrelieve ubicado en la base del Monumento al Libertador Bernardo O'Higgins)

Albert-Ernest Carrier

[Páginas siguientes]  
**Batalla de Maipú**

Juan Mauricio Rugendas |  
1835-1837 | Óleo sobre tela  
| 101 x 143 cm | Colección  
Museo Nacional de Bellas  
Artes



# BIBLIOGRAFÍA

- Academia Chilena de la Historia. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*. Vol. I al XXXIII. Santiago: Universidad Católica, 1965.
- Amunátegui, Miguel Luis. *La Dictadura de O'Higgins*. Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1874.
- Anguita, Ricardo. *Leyes promulgadas en Chile. Desde 1810 hasta el 1° de junio de 1912*. Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1912-1913.
- Arancibia Clavel, Roberto. *Tras la Huella de Bernardo Riquelme en Inglaterra*. Santiago: Instituto Geográfico Militar, 1995.
- Banco Central de Chile. *Iconografía de monedas y billetes chilenos*. Santiago: Origo Ediciones, 2009.
- Barros Arana, Diego. *Historia jeneral de Chile*. Santiago: Rafael Jover Editor e Imprenta Cervantes, 1884-1902.
- Barros Arana, José Miguel. “Bernardo O'Higgins y el Perú”. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* Año 48, No. 92(1981).
- Bindis, Ricardo. *Pintura chilena. Doscientos años*. Santiago: Origo Ediciones, 2006.
- Boletín de las leyes y decretos del gobierno 1817-1818*. Santiago: 1898.
- Boletín de las leyes, órdenes y decretos del gobierno*. Santiago: 1827.
- Campos Harriet Fernando. *La vida heroica de O'Higgins*. Santiago: Escuela Tipográfica La Gratitud Nacional, 1947.
- Campos Menchaca, Mariano José. *Nahuelbuta*. Santiago: Francisco de Aguirre, 1972.
- Cochrane, Thomas. *Servicios navales que, en libertar al Chile y al Perú de la dominación española, rindió el Conde de Dundonald*. Londres: Imprenta de T. Brettell, 1859.
- Cruz de Amenábar, Isabel. *Patrimonio Artístico en Chile. De la Independencia a la República 1790-1840*. Santiago: Origo Ediciones, 2016.
- De la Cruz, José María. *Recuerdos de Don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Andrés Bello, 1960.
- De la Cruz, Ernesto. *Epistolario de Bernardo O'Higgins, capitán general y Director Supremo de Chile*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1916.
- Departamento de Historia Militar del Ejército de Chile, Varios artículos. *IV Jornada de Historia Militar. Libertador General Bernardo O'Higgins*. Santiago: 2008.
- Diener, Pablo. *Rugendas. Su viaje por Chile 1834-1842*. Santiago: Origo Ediciones, 2012.
- Donoso, Ricardo. *El marqués de Osorno Don Ambrosio O'Higgins, 1720-1801*. Santiago: Publicaciones de la Universidad de Chile, 1941.
- Durán, Fernando. “Ideas políticas de Bernardo O'Higgins”. *Atenea*, N° 438 (1978).
- Echaurren, Francisco. *La Corona del Héroe. Recopilación de datos i documentos para perpetuar la memoria del jeneral don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Imprenta Nacional, 1872.
- Escritos y documentos del Ministro de O'Higgins, doctor don José Antonio Rodríguez Aldea y otros concernientes a su persona, 1820-1823*. Santiago: Imprenta Cultura, 1952-1954.
- Espinoza Ruíz, Grover, Antonio. “La reforma de la educación superior en Lima: El caso del Real Convictorio de San Carlos”. Scarlett O'Phelan Godoy (ed.) *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica*. Lima: Instituto Riva Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 1999.
- Eyzaguirre, Jaime. *O'Higgins*. Santiago: Zig-Zag, 1945.
- Fernández Larraín, Sergio. *O'Higgins*. Santiago: Orbe, 1974.
- Ferrada Walker, Luis Valentín. *La Batalla de Maipú y las Cien Águilas*. Santiago: Instituto Geográfico Militar, 2009.
- Fonseca, Juan. “Sin educación no hay sociedad: Las escuelas lancasterianas y la educación primería en los inicios de la república (1822-1826). Scarlett O'Phelan Godoy (ed.) *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Instituto Riva Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001.
- Gómez Alcorta, Alfredo. *Epistolario de Don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Universidad Bernardo O'Higgins, 2011.
- Góngora Escobedo, Álvaro (Dirección). *Chile 1541-2000. Una interpretación de su historia política*. Santiago: Editorial Santillana, 2000.
- Guerrero, Cristián. *1817, De Mendoza a Chacabuco*. Santiago: Lom, 2016.
- Guerrero, Cristián. *Cartas de Bernardo O'Higgins*. Santiago: Historia Chilena, 2011.
- Heise, Julio. *Años de formación y aprendizaje políticos 1810-1833*. Santiago: Editorial Universitaria, 1978.
- Ibáñez Vergara, Jorge. *O'Higgins, El Libertador*. Santiago: Gráfica San Esteban, 2001.
- Laños, Roberto. *Historia de las misiones del Colegio de Chillán*. Barcelona: Tipografía de los herederos de Juan Gili, 1908.
- Leiva, Francisca. “La independencia letrada”. En: Sagredo Baeza, Rafael (editor). *Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile*. Santiago: DIBAM, 2013, pp. 44-65.
- López-Guadalupe, Miguel Luis. “Irlandeses al servicio del Rey de España en el siglo XVIII. Caballeros de Hábito”. María Begoña Villar García (coord.). *La emigración irlandesa en el siglo XVIII*. Málaga: Universidad de Málaga, 2000.
- Majluf, Natialia (editora). *José Gil de Castro. Pintor de Libertadores*. Lima: Biblioteca del Perú - Colección Bicentenario, 2014.
- Martínez Baeza, Sergio; O'Donnell, Pacho. *O'Higgins y San Martín sus cartas: Un Mandato de Fraternidad*. Santiago- Buenos Aires: Corporación América, 2010.
- Martínez Baeza, Sergio. *Epistolario de Don Nicolás de la Cruz y Bahamonde*. Santiago: DIBAM, 1994.
- O'Phelan Godoy, Scarlett. “Sucre en el Perú: entre Riva Agüero y Torre Tagle”. Scarlett O'Phelan Godoy (ed.). *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001.
- O'Phelan Godoy, Scarlett. “Una doble inserción. Los irlandeses bajo los Borbones: del puerto de Cádiz al Perú”. Scarlett O'Phelan Godoy y Carmen Salazar-Soler (eds.). *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el Mundo Ibérico, siglos XVI-XIX*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos/ Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005.
- O'Phelan Godoy, Scarlett. “Una inclusión condicional: Indios nobles, indios del común, esclavos y castas de color entre la rebelión de Túpac Amaru y la Independencia”. Beatriz Bragoni y Sara Mata (compiladoras). *Entre la Colonia y la República. Insurgencias, Rebeliones y Cultura Política en América del Sur*. Buenos Aires: Editorial Prometeo, 2008.
- O'Phelan Godoy, Scarlett. *Bernardo O'Higgins y sus estancias en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, 2010.
- O'Phelan Godoy, Scarlett. “Vida material y entorno social del Palacio de La Magdalena en tiempos de Bolívar”. *La Quinta de los Libertadores*. Lima: Ministerio de Cultura del Perú, 2015.
- Orrego Vicuña, Eugenio. *Iconografía de O'Higgins*. Santiago: Universidad de Chile, 1937.
- Pease, Franklin. *Breve Historia Contemporánea del Perú*. México: Fondo de Cultura Popular, 1995.
- Razuvaev, V. *Bernardo O'Higgins, conspirador, general, estadista*. Moscú: Progreso, 1989.
- Rodríguez S, José Agustín. *La Vida Militar de O'Higgins*. Santiago: Gabriela Mistral, 1975.
- Sagredo Baeza, Rafael. *Historia mínima de Chile*. Madrid: Turner, 2014.
- Sepúlveda Durán, Germán. “La relación fraternal de los Libertadores Bernardo O'Higgins y José de San Martín”. *Occidente: la sociedad, las ideas, el futuro*, Año 53, N° 365(1997).
- Sesiones de los cuerpos legislativos de la república de Chile 1811 a 1845*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1887-1908.
- Tamayo Herrera, José. *Nuevo Compendio Historia del Perú*. Lima: Centro de Estudios País y Región, 1995.
- Téllez Yañez, Raul. *El General Juan Mackenna*. Santiago: Francisco de Aguirre, 1952.
- Toro Dávila, Agustín. *Síntesis Histórica Militar de Chile Graficada*. Vol. 1 y 2. Fondo Editorial Educación Moderna, s. f.
- Unanue, Hipólito. *Guía Política, Eclesiástica y Militar del Virreynato del Perú, para el año 1793 compuesta de Orden Superior. Sociedad Académica de Amantes del país*. Lima: Imprenta Real de los Huérfanos, 1793.
- Valderrama, Jorge. “Antecedentes históricos que sustentan que la Jura y Proclamación de la Independencia nacional se realizó en Talca”. *Anuario Academia de Historia Militar*, N° 29 (2015): 11-26.
- Valencia Avaria, Luis. *El Pensamiento de O'Higgins*. Santiago: Del Pacífico, 1974.
- . *Bernardo O'Higgins, el Buen Genio de América*. Santiago: Universitaria, 1980.
- . *Anales de la República*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1986 (1ª edición 1951).
- Valenzuela U., Renato. *Bernardo O'Higgins. El Estado de Chile y el Poder Naval*. Primera Edición. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1999.
- Vargas Olmedo, Óscar. “Destacados colaboradores del libertador Bernardo O'Higgins”. *Revista Libertador O'Higgins*, Año 5, N° 5 (1988).
- Varios Artículos Escogidos Bicentenario. *Revista Libertador O'Higgins*. Santiago, 2010.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *Vida del Capitán General don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1976.
- Vicuña Mackenna, Carlos. *John Tomas. Diario de viaje del general O'Higgins en la campaña de Ayacucho*. Santiago: Editorial Universitaria, 1917.

# AGRADECIMIENTOS

*Proyectos de esta envergadura exigen la colaboración de numerosas personas e instituciones, a las cuales es indispensable reconocer y valorar. En primer lugar, quisiéramos mencionar al Ejército de Chile, y en particular a su Comandante en Jefe, general Humberto Oviedo Arriagada, quien lideró esta iniciativa desde un principio. Asimismo, es importante destacar la activa participación del Departamento Cultural, Histórico y de Extensión del Ejército, en particular al coronel Eduardo Villalón y a Claudia Arancibia, y también el Museo Histórico y Militar y el Museo de la Escuela Militar.*

*Del mismo modo, agradecemos la labor de la Universidad Finis Terrae y de su Decano de Comunicaciones y Humanidades, Álvaro Góngora, quien como editor de este libro convocó a importantes historiadores nacionales y extranjeros. Al Rector de la Universidad Finis Terrae, Cristián Nazer, y a los vicerrectores Roberto Vega y Oscar Sastré, le agradecemos también por su apoyo constante al proyecto.*

*Red Cultural fue otra de las instituciones que lideró este proyecto, a través del trabajo de coordinación de Magdalena Merbilháa y Bárbara Bustamante, quienes velaron para que cada uno de los procesos se ejecutara adecuadamente.*

*Mención especial merecen las instituciones que colaboraron en el financiamiento de esta publicación, como el Banco Santander, a través de su presidente Claudio Melandri y de Gema Swinburn, y la Mutualidad del Ejército y Aviación, por medio de su presidente Alberto González y su gerente general Patricio Díaz.*

*El patrocinio otorgado por el Museo Histórico Nacional fue vital para el desarrollo de este proyecto, porque nos permitió acceder a su colección y contar con las imágenes de numerosas obras y objetos que ilustran las páginas de este libro. Un especial agradecimiento a su director, Pablo Andrade, y al jefe del Departamento de Colecciones, Luis Alegría.*

*En la búsqueda de obras, objetos y fotografías que nos permitieran ilustrar los diferentes capítulos, recurrimos a varios especialistas, quienes guiaron nuestras pesquisas y revelaron valiosas imágenes. Entre ellos, destacamos especialmente a Hernán Rodríguez Villegas, director del Museo Andino, a Isabel Cruz de Amenábar, historiadora del arte y autora del libro **Patrimonio Artístico de Chile**, que fue una referencia obligada para esta publicación, a Verónica Griffin, especialista en la obra de Pedro Subercaseaux, y al coleccionista Raúl Ibáñez.*

*Otras instituciones que facilitaron las imágenes de piezas de sus colecciones fueron: Museo Nacional de Bellas Artes, Museo del Carmen de Maipú, Museo de Artes Decorativas, Archivo Nacional, Biblioteca Nacional, Memoria Chilena, Banco Central, Club Hípico de Santiago, Club de la Unión de Santiago, Palacio de La Moneda y Casa de la Libertad, Sucre, Bolivia.*

Pedro Maino



MUTUALIDAD  
DEL EJÉRCITO Y AVIACIÓN

dibam | DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,  
ARCHIVOS Y MUSEOS  
EL PATRIMONIO DE CHILE



MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

**BERNARDO O'HIGGINS**

**Comandancia en Jefe del Ejército de Chile**

**Universidad Finis Terrae**

**Red Cultural**

**Edición**

Álvaro Góngora

**Investigación y textos**

Cristián Zegers, Álvaro Góngora, Roberto Arancibia, Rafael Sagredo,  
Scarlett O'Phelan, Cristián Guerrero

**Coordinación**

Magdalena Merbilháa y Eduardo Villalón

**Producción**

Pedro Maino

**Diseño**

Yvonne Blanco y Adolfo Torres

**Producción gráfica**

Iván Grbac y Daniel Baeza

**Fotografía**

Darío Tapia

© Textos: Red Cultural y Universidad Finis Terrae, 2018

© Diseño: Origo Ediciones, 2018

© Imágenes: Origo Ediciones, Museo Histórico Nacional, Museo Nacional de Bellas Artes, Museo de Artes Decorativas, Museo del Carmen de Maipú, Casas de la Libertad, Sucre, Bolivia, Banco Central, Biblioteca Nacional, Memoria Chilena, Archivo Nacional, Museo Histórico y Militar, Museo Escuela Militar

ISBN 978-956-316-460-2

Derechos reservados. Esta publicación se encuentra protegida por la Ley 17.336 sobre Propiedad Intelectual. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o medio electrónico, mecánico, óptico o químico, incluidas las fotocopias, sin previa autorización expresa y escrita del Banco Central de Chile.

Impreso en Origo China 此書於2018年01月於中國完成印刷。



**PATRIMONIO  
CULTURAL DE CHILE**